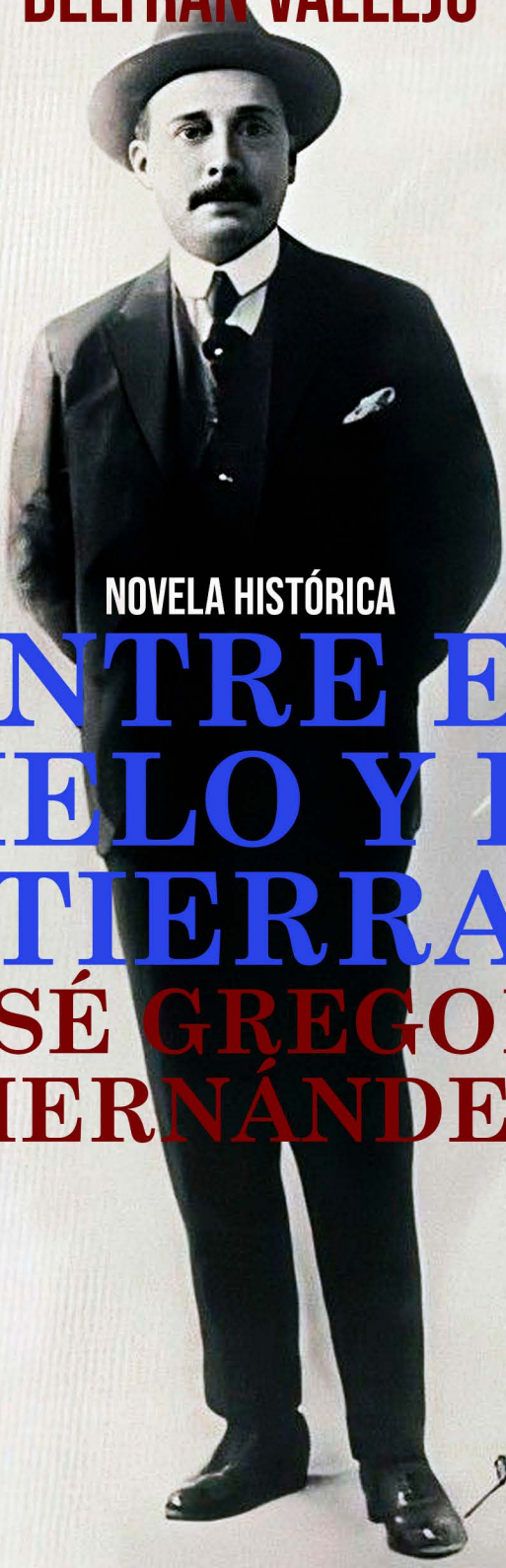
BELTRÁN VALLEJO



NOVELA HISTÓRICA

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ

Sultana del Lago

EDITORES



EDITORES

Entre el cielo y la tierra

José Gregorio Hernández

Beltran Vallejo

Beltran Vallejo
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2024.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798328882361

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Prólogo

"Para que haya arte y para que haya ciencia, hace falta una inspiración que se base en dos ingredientes principales: un don divino y un buen conocimiento… de la disciplina en la que se trabaja"[1]

El noble empeño de ser cada vez más humano, sin duda, es el camino de una personalidad excepcional o de una santidad social, tratándose del bienaventurado José Gregorio Hernández Cisneros (1864-1919) quien comprende en medio de un país rural, famélico, enfermo y atrasado, lo que significa el "prójimo: es *cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar*"[2]; lo que realiza virtuosamente como *médico* que combina la técnica y lo espiritual, corazón y cabeza, esmero y desinterés. Y, a conciencia del paciente, decía: *lo que usted tenga a bien dar*; pronunciado así, con su ejemplaridad, "que el trabajo individual llevado con tesón y sin pretensiones figurativas o económicas, puede llegar a cambiar positivamente nuestra sociedad"[3].

En ese servicio fidedigno se hizo científico y catedrático y escritor (con conocimiento profundo de filosofía y teología) y miembro fundador de la Academia Nacional de Medicina; más, fue políglota (hablaba: inglés, francés, alemán, italiano, portugués, dominaba el latín, el hebreo) y amó el arte,

[1] Mendívil Giró, José Luis, y María del Carmen Horno (2012:15). https://www.google.es/books/edition/

[2] Benedicto XVI, "Dios es Caridad", numeral 15. (https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals)

[3] Eleazar Ontiveros Paolini (2020:8). (https://blogacademiademerida.org.ve/wp-content/uploads/2020/11/

como modo de vida que lo aproximó a la belleza celeste: era pianistas, pintor, buen bailarín, sastre de sus propios trajes, de una gran elegancia y de un alma inspirada… *a imagen y semejanza de Dios*.

Estas grandiosas habilidades de prohombre que también serena amorosamente los ímpetus, práctica la contención de sí mismo y evidencia una extraordinaria humanidad; las habría heredado de la educación de sus padres: de don Benigno Hernández, el boticario del pueblo, la filantropía; y de la madre, doña Josefa Cisneros, un corazón devoto del Santo Rosario. Devoción que distingue a José Gregorio del "evolucionismo", que se asumía como verdad única, y que él concibe como parte de una *Creación* que no excluye lo extradivino (dogmas) de lo divino (sabiduría superior); y por lo que diría, verbigracia, que las causas descubiertas de una enfermedad no niegan la existencia de un conocimiento supremo, más profundo o al menos inalcanzable.

Y de los dones del ahora *beato*, la sagrada admiración de sus pacientes lo concibió "angelical" y con vítores de santo de toda una sociedad, tras su partida, se fue haciendo familiar en Venezuela la petición milagrosa –a su nombre– y en islas Canarias hasta hacerse latinoamericana y universal con pruebas corroboradas por el Vaticano de ciertas curaciones que no tienen explicación científica.

El "médico de los pobres", portante vívido de una abnegación cristiana, que pedagógicamente se siente en esta novela, es claro ejemplo, como afirma el Apóstol Santiago, de que "*no hay fe sin obra y viceversa"*.

Enrique Díaz
Doctor en Educación e investigador, diplomado en Teología. Autor del libro *Bioecodocencia. Dialógica, Pedagogía y Política.*

I: LA SANTIDAD SOBRE UN ESCRITORIO

El eco de las campanas invade todo en aquella mañana de abril de 1988, recorriendolos pasillos de los edificios y metiéndose entre cortinas y vidrios para reinar en los despachos con amplios escritorios sobre los que descansan varios tratados de derecho canónico, y hasta se deja ver un periódico con una primera plana que dice" excomunión de Lefevre" que fue revisada por un hombre de mirada serena que mueve ahora las cortinas del ventanal desde donde se vislumbra el bronce de un David. Hacia lo recóndito de las calles fuera de ese Vaticano, las lavanderas romanas cantan y dicen chistes vulgares mientras el tránsito vehicular es como la pisada de aquel Goliat derribado por la honda de ese mismo David que se cuela en la admiración que generan los monumentos de ese santo lugar.

Ese hombre es el Cardenal Pietro Palazzini quien penetra con su mirada el cielo de aquel día sobre el este de la Ciudad Eterna. Ese anciano encorvado es perfectamente hablando un ser del Vaticano. Él es todo Vaticano, y eso quiere decir décadas y décadas perteneciendo a un antro de poder, de supremo poder humano que no lo tie-

ne más nadie en la tierra: en sus manos, en ese edificio, en sus pasillos, más allá de sus cortinas se designa con el rol de santo a seres muy humanos, demasiado humanos. Él preside la Congregación para la Causa de los Santos con las formas del conservadurismo y de la tradición que se aferran en ver a unos enemigos interiores, y pues ahí también prevalece la aridez en este hombre de bordes montañosos en su alma donde no se permite la llegada de los vientos de cambio, y así su interior es seco. Al lado del cardenal está el arzobispo Traian Crisan, un rumano también de décadas y décadas de carrera en el Vaticano, y que hace tiempo no toma café, pero hoy rompe esa disciplina impuesta por su médico ante inquietudes generadas por su examen del corazón, aunque se sintiese heredero de aquel transilvano que se volvió famoso por su afición a la sangre y que era eterno. cuando se rinde al silencio, ya sea el de un abismo, ya sea el de un desierto.

Entra en el despacho el croata Fabijan Veraja portando sobres y carpetas con mucha documentación. Éste es un sobreviviente del estalinismo, y desde esos tiempos se vino de su Croacia y se hizo máximo letrado y magister de la Pontificia Universidad Lateranense, y éste sí es un hombre de mucho oído para historia de evangelios, y mientras más intachables mejor como el primer sueño de un recién nacido.

Los presentes esperan a otro que se ha retrasado más de lo normal. La asistente del cardenal, tan anciana como él, entra al despacho con el esperado anuncio:

—Aquí está Monseñor Petticon.

—Pues que pase ya. —Así se expresó el Cardenal con sequedad y molestia.

Sin percatarse de que su retraso incomodó, entra Anton Petticon con su rostro siempreamable. Su tardanza se debió a que no tuvo precaución con el tráfico propio de la capital romana y no salió con prontitud de su residencia. Así que este Anton Petticon es más cercanoen creer que el catolicismo a lo largo de los tiempos es como el agua de un molino sin treguaen su labor o como aquel libro sin fin que abre páginas tras páginas en pro de la eternidad. Ypara hoy Petticon sabe que la agenda de trabajo trata de una decisión que puede ser históricacomo lo es la creación de otro santo o para colocarle mejor dicho a cierta persona ya fallecida la etiqueta de santo después de muchos años de trajinar un proceso que cumplió las etapas donde el candidato se ganó los títulos de venerable y de beato.

Pero esos sacerdotes no estaban solos en ese edificio: afuera del despacho del Cardenal Palazzini hay un ejército de hombres y mujeres que se cruzan en sus trabajos de abogados, secretarias y

secretarios, escribientes, historiadores, teólogos, filósofos y hasta la Guardia Suiza en tareas de seguridad y ceremonia. No hay nada más mundano, aburridamentemundano, que este lugar de donde han salido santos y santas, y véase que los santos no vienendel cielo, sino de varios escritorios y de varias oficinas con su fausto y sus olores de secretosque no pueden abrirse por los pecados de los poderosos en sus acumuladas fortunas de todo tipo y cuentas bancarias más allá del Vaticano entre el frío de montañas suizas o en las blancas arenas de alguna isla del caribe o del pacífico.

Palazzini toma asiento, igual lo hacen los otros, y extiende varios papeles mientras les hace un recordatorio que los acompañará desde ahora. Se trata de varias notas referidas a un mandato del Papa Juan Pablo II que data del año 1983 denominado "Divinus perfectionis magíster", y que comprende una revolución en materia de canonización como tarea que no se debe prolongar por décadas ni siglos, sino que se agilizará con menos teología, más gerencia y más ciencia y menos debate entre un abogado defensor y un fiscal acusador que durante años obligaban a que la santificación se sujetara a un juicio sin fin para ver si el diablo estaba escondido y así descubrirlo detrás del supuesto candidato a la santidad, y esa revisión canónica sobre el personaje solía llegar a

extremos de lo absurdo al chequear antecedentes con teología pura y menos con vida pura, y eso es durante décadas hasta que elpersonaje en cuestión o ardiera con el sol de los tiempos o que hiciera el movimiento del péndulo entre la luz y oscuridad durante años y años, y quizás el candidato saliera con la piel de santidad o quedara como sombra, y es verdad que hay tantas sombras en esa edificación vaticana como formas incomprensibles de personajes que no se sabe por qué son santos o no se sabe por qué no son santos.

Así que el enfoque que se intenta imponer ahora es el histórico — dijo el Cardenal mirándose a través de un espejo mientras se acomoda los lentes después de limpiarlos.

—Además de lo excepcional de sus virtudes. —Intervino el padre Veraja al tratar decomplementar el anterior criterio.

—Señores, se trata del hijo de una Venezuela de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Se trata que en aquellos tiempos era un país atrasado, analfabeto y muy enfermo, y muy lleno de supersticiones. —Intervino el arzobispo Crisan.

—Y de una Venezuela donde la religión católica no la estaba pasando bien desde que un Antonio Guzmán Blanco expulsó al arzobispo y a muchos sacerdotes.—Lo interrumpió el Cardenal Palazinni.

—Más peligroso para su candidatura como santo es que esa Venezuela supersticiosalo sigue envolviendo y no deja de estar sobre él. Todavía está preso de cultos y ceremonias no santas de los venezolanos.—Agregó el hasta ese instante silencioso Monseñor Petticon.
—¿Cómo? —Preguntó el Cardenal.
—Los informes que vienen de Venezuela son avasallantes sobre eso—dijo Petticon,y los demás asientan con la cabeza.
Estos hombres de iglesia tienen sobre el mesón un nombre sobre el que se revisa la condición de cristiano excepcional, y se intenta evaluar hasta dónde ese hombre intentó imitar a Cristo, lo que para muchos es la más firme condición para ser santo.
La señora Bianca entra con ceremonia a anunciar lo que hay para el almuerzo, ya queel Cardenal le gusta estar informado con mucha antelación de los platos que va a degustar.
—¿Qué hay, Bianca?
—Carpaccio.
—¿De carne o pescado?
—Pescado.
—¿Macerado con aceite de oliva?
—Sí, por supuesto.
—El día es largo. Merecemos un buen almuerzo—dije Petticon ya acomodándose para la co-

mida. —¿No será que estamos confundiendo y mezclando a Satanás con la voz delpueblo? Quizás eso que llamamos rituales sea la voz de los que desde hace varias décadas lo quieren en los altares, y no precisamente con María Lionza.
—Aquí hay testimonios. Aquí hay voces de la gente hablando de sus virtudes. Y aquí está este sobre, el del milagro. —Interrumpió Veraja las cavilaciones del Cardenal.
—¿Y cómo el pueblo detectaba antes a un santo o cómo lo identifica todavía? Durantesiglos ha sido con la exhalación de fragancias sobrenaturales, la incorruptibilidad del cuerpo y los sempiternos milagros —Intervino Crisan.
Veraja coloca en el centro del mesón todo lo concerniente al milagro del candidato.
—Pues fíjate que todavía no vamos a revisar eso. No sé, pero quisiera dejarlo para laúltima etapa. Quisiera más bien conocer su lado humano. Admito que tengo una gran curiosidad por este venezolano. —Intentó el cardenal imponer su criterio momentáneo.
—Lo que yo digo es que pesa sobre él un culto indebido. —Recalcó Peticcon. —Creoque debemos afincarnos más en las normas sobre el procedimiento de canonización.
—Recordemos que el estudio sobre las condiciones para que este candidato sea santificado

se debe acompañar de un análisis de las características de la sociedad donde vivió él. —Enfatizó el Cardenal.

Entra un viento fuerte que levanta las cortinas cuando uno de los prelados intenta imaginar al candidato a santidad. Ese viento hace su entrada al interior del aposento de los fabricantes de santos con los olores de las calles aledañas mientras hablan y recorren páginas y páginas que traen gritos de hace varias décadas atrás cuando una inmensa multitud de habitantes de una Caracas pequeña y achatada trae sobre sus hombros un ataúd cubierto con la bandera de Venezuela y de la Universidad Central. ¡José Gregorio es nuestro! ¡José Gregorio es nuestro! Así gritan miles que traen el féretro de su santo, y se trata de una masa de gente consternada en un instante de profunda y electrizante emoción ante el cadáver de un hombre sobre el que se tenía la seguridad de que fue excepcional y que había alcanzado una naturaleza que merecía devoción, y así la urna pasó de brazo en brazo y fue tocada y besada por muchos, y algunos intentaron hacer algo más y otros lo evitaron, y es que todos sabían que lo que iba ahí era un santo, un soldado de Dios. Lágrimas, cantos, rezos. ¡José Gregorio es nuestro! Dice el pueblo, ¡y qué gigantesco pueblo! A un lado está el sobre del milagro; eso quedó para después. Esos hombres se disponen a pres-

tarle más atención a la actitud vital del venezolano. El cardenal cita al dominico Giordano da Rivalto: "Si deseamos conocer realmente a un santo y su grandeza, no prestaremos atención a sus milagros, sino a su vida pues es en ella donde se reconoce la auténtica grandeza de los santos", y así el cardenal le pregunta al arzobispo Crisan:

—¿Los promotores de la santidad de José Gregorio han invertido muchos recursos y dinero en esta causa?

—No tengo eso a mano, pero sí procuramos que los gastos de esa gente no sean onerosos.

El ladrillo del tercer piso del Palacio de las congregaciones se torna muy brillante y afecta a algunos turistas que tapan sus ojos ante del cielo, y suena un tocadisco de donde sale la voz potente de un Enrico Caruso interpretando a Fedora para recordar que cada quien respira sus creencias menos cuando se piensa que las ideas envejecen bajo las nubes, y así cada quien se hace verdad enriquecida con la desilusión, y el pasado se usa como portaestandarte para avisarle al futuro a lo santo y seña.

II: ¡TE LO PROMETO, PAPÁ!

Isnotú es un pueblo que vive encantado en muy adentro de los andes venezolanos. Es un pueblo perdido, pero no desdichado, en donde los niños juegan todo el día y corren hacia los manantiales mientras las madres lavan su poca ropa y algunas cantan. Esos niños corren hacia el rancho de paja y llegan hasta el gallinero para ver si pusieron un huevo y celebrarlo a viva voz en ese Isnotú que más bien es una aldea con plaza y donde alrededor están los cultivos de los habitantes bajo un cielo muy blanco donde también la niebla pretende aprisionar el caserío entre sus frías manos.
De la única escuelita de aquel pueblo sale un adolescente llamado José Gregorio Hernández. El jovencito sube una cuesta muy empinada para regresar a su hogar. Unos muchachos que están en su conuco observan que de su figura sale un brillo llamativo como si estuviese bañado en oro y se hace como un sol. Los muchachos creen que no hubo nada extraño, sino que se dejaron encandilar por el astro de repente, y que ahora vence al cielo enlechado y lo amarilla tras la figura de aquel jovencito en camino hacia su casa. José Gregorio es un niño muy inteligente, muy lector y sobre todo muy devoto católico. Su maestro,

Pedro Celestino Sánchez, un viejo maracucho que el destino lo sacó de su profesión marinera al sobrevivir de un naufragio, terminó en Isnotú fundando una escuela. Él le tenía mucho afecto a ese José Gregorio que nunca dejó de asistir a sus clases porque le gustaba su método donde imperaba la imaginación con la dinámica de relatos y anécdotas, y aquel pedagogo no dejó de reconocer que ese muchacho tenía una personalidad donde se integraba la inteligencia con una religiosidad serena y reflexiva que le daba un comportamiento con madurez mental muy adelantada a su edad, y donde combinaba su devoción y sus rezos inculcados por su familia y en especial por su madre y sus tías, y ese hablar respetuoso y comedido como conducta serena y prudente donde flotaba una aureola de algo divino a lo dios Apolo, el que acompañaba, según los tiempos antiguos, a los jóvenes firmes, sin equívocos, sin debilidades, ordenados y equilibrados.

Llega José Gregorio a su casa y sus hermanitas que están jugando lo ven y se ponen nerviosas porque pareciera que el muchacho está enfadado; pero es que siendo niño es seriosote, o se hizo muy hombre desde la tierna infancia. No es que sus hermanas le temen, sino que lo respetan porque siempre anda distanciado, alejado y encerrado en sus lecturas. Ellas dicen que "su hermano

"sí estudia" e intentan no molestarlo. No es que le temen, sino que lo respetan demasiado. José Gregorio entra a su habitación. Se lava las manos y el rostro. Se seca. Se sienta en la mesa y abre los libros y su cuadernillo. Vuelve a su rutina de hace unos días que es la de copiar íntegramente en ese cuaderno cada una de las páginas del "Modo breve y fácil para oír misa con devoción" y la "Novena a nuestra Señora de las Mercedes". Su lectura es acuciosa; y la rigurosa copia de ese texto él la disfruta porque se impregna de cada palabra santa, de cada descripción de la ceremonia religiosa donde su imaginación se llena de cada detalle de la misa, y hasta siente el incienso sobre él y se deleita con cada cántico ceremonial, y ese "amén" que le llega muy adentro a través de su cuadernillo donde va quedando ese esfuerzo de bien escribir haciéndose disciplinado en esa caligrafía que surge de la transcripción textual de aquellos rezos.

José Gregorio siente más ruidos en la habitación de su madre. Abre la puerta y ahí están todos los adultos de su familia. Su mamá Josefa Antonia está en cama convaleciente de su último parto donde perdió mucha sangre. José Gregorio se acerca ante el llamado con la mirada que le hace ella antes de acariciarle el cabello y sonreirle, y le hace varios comentarios de halago sobre su

aseo personal, y sus palabras ahora se dirigen a ratificarle sus enseñanzas como madre desde su más tierna infancia. Le recuerda que debe seguir cultivando las conductas más humildes y serviciales para con los pobres y más necesitados, porque eso le agrada a Cristo. José Gregorio cree que se está como despidiendo. Su madre le acaricia el rostro y él besa su mano diciéndole que se va a mejorar. Ella le contesta recordándole que sea disciplinado con sus lecturas, que perfeccione su escritura, que no desatienda la gramática y los números; y sobre todo que en ningún día olvide la oración, y que no se distraiga en realizar la lectura del catecismo. Su madre lo abraza, pero sin escapársele ninguna lágrima. Sus tías lo distancian del lecho de la enferma, mientras un médico venido de una lejana población le realiza una cura infructuosa. Benigno, el papá de José Gregorio, llega de su botica con un compuesto para ver que se logra. Y mientras sus tías lo abrazan, José Gregorio sigue viendo a su madre, pero esta vez recordando cuando la acompañaba en la iglesia doméstica que ella y sus tías habían instalado en la casa. Recuerda la vez que ella le enseñó las oraciones al levantarse y acostarse. Recuerda de ella su enseñanza del ángelus tres veces al día, y al final de la tarde no faltaba el Rosario, como tampoco las imágenes de la Virgen del Rosario y

de Nuestra Señora de las Mercedes en la mesita al lado de la cama de la enferma. Ahí está su mamá rodeada de preocupación y de lágrimas de sus parientes. Solo el médico y su esposo no lloran pues tratan de salvarla. Ahora sí llega el momento en que todos lloran, y María Luisa, la tía paterna de José Gregorio, abraza al niño. De esa manera José Gregorio se topa por primera vez con la muerte que se lleva a su mamá.

Un año más tarde, Don Benigno entra a la casa y apaga la lámpara de kerosén. Abre la puerta de la habitación de José Gregorio y lo encuentra sumido en sus lecturas sobre la vida de los santos.

—¿Creí que irías a la iglesia?

—¡Bendición!–Se levantó el muchacho y lo abrazó como todas las mañanas en un primer gesto de respeto hacia el padre.

—Dios te Bendiga.

—Me desperté tarde. Es que estuve leyendo hasta muy noche y practicando la caligrafía porque estoy haciendo este manuscrito papá.

—Déjame verlo. Se intitula "Modo Breve y fácil de oír misa con devoción". Veo que organizaste las enseñanzas de tu madre. Vale la pena publicarlo de alguna manera. Voy a hablar con el padre para esto.

—¿Tú crees papá que pueda ser leído por los demás? A mí me gustaría.

—Es tu primera publicación. Pero quiero hablar contigo de otro tema: ayer hablé con tu maestro. Me convenció de que haga todo lo necesario para que continúes tus estudios, y por supuesto eso no lo puedes hacer aquí en Isnotú. ¿Entonces, quieres continuar tus estudios?

—Sí papá.

—¿Estás dispuesto a irte para Caracas?

—Sí papá, pero no le diga nada a mis tías. Ya le veo sus lágrimas.

—Pues creo que quieres construir tu vida como hombre de bien. Ellas comprenderán. De mi parte, tienes todo mi apoyo. Si tu mamá estuviera viva, también comprendería y estuviese ahorita preparando tu viaje. Tu maestro, el señor Sánchez me terminó de convencer; él te estima mucho. Me dijo que tienes una inteligencia sobresaliente, que eres un niño prodigio, brillante. Me hizo una sugerencia que es factible pues me dijo que te envíe a estudiar bachillerato en Caracas en el distinguido colegio de don Guillermo Tell Villegas. Yo conozco a Villegas Ruiz, el que es de Betijoque, y ya le voy a escribir para arreglar tu llegada a ese colegio.

Don Benigno abraza a su hijo. Él había presentido que se iba a inclinar por seguir lo que su mamá y sus tías querían, que es dedicarse enteramente a Dios. Pero él tiene otras ideas sobre su mucha-

cho tan amado cuya vida en flor es apreciada por todos en ese hogar, y es por eso que la difunta madre centro su atención y su proceder para que ese niño se encaminara en la religión como practicante firme y convencido, poseedor de profundos valores de una fe sólida. En cambio, Don Benigno, aunque muy religioso también, quiere que su hijo tenga su vida más aferrada a lo terrenal, pero siempre haciendo el bien con humildad y sin vacilación en la atención de las enfermedades. No es que quisiera que su hijo se distanciara de la misticidad, sino que más bien desea que cultive sus conocimientos y con ellos ayudara al prójimo sin distinción y con gravedad.

—¿Y qué quieres estudiar tú?

—Papá, quisiera irme a estudiar leyes.

—Sí, entiendo tu pasión por la lectura; pero permíteme darte este consejo: tú ves mi ocupación de años como boticario en el pueblo, y te has dado cuenta que más que un boticario soy la sanación aquí. Este pueblo no tiene médico, José. Yo también estoy viejo y enfermo.

¿Por qué no estudias para curar? Para ti, que eres un muchacho devoto de la fe católica, sería bueno hacer ese trabajo. Mijo, lo que Venezuela necesita son médicos. Así como necesita curadores de almas, necesita también a los que curan el organismo. Cuerpo y alma, José Gregorio, cuerpo y alma.

—Y Cristo también fue como un médico–dijo José Gregorio, imaginándose en esa tarea de salvación.
—El mejor—Reafirmó Don Benigno dándose cuenta que lo convenció sin mucho gasto de palabras.
—Entonces papá me iré a Caracas a estudiar medicina.
—Y me prometes que regresarás a tu pueblo a ejercer la profesión.
—Te lo prometo, papá.
—Pienso en los detalles del viaje. Estoy al tanto de que dos amigos míos viajarán para Caracas dentro de una semana.
—¿Quiénes son esos señores papá?
—Ellos son los generales Jesús Romero y Francisco Vásquez. Ellos tienen que viajar allá porque son diputados al Congreso Nacional. Sé que no tendrán inconveniente de llevarte. Por cierto, yo te hablé de ese Vásquez, muy amigo mío, que estuvo en la Guerra Federal con Falcón y con el que llamaban Zamora. Además, irás con una carta de recomendación de Don José Ramón Aizpurúa, otro amigo mío, y que te dije que es un renombrado escritor de la vida del Libertador.
Don Benigno abraza a su hijo. Entra su mente en la preocupación de ese viaje larguísimo, y que será muy duro para este muchacho que jamás ha

salido de Isnotú, pero está convencido que va en buenas manos.

Cuando don Benigno se aleja para coger lápiz y papel y hacer el presupuesto del viaje de su muchacho, José Gregorio abre su libro de oración. Se pone de rodillas y de su boca sale un rezo a Nuestra Señora de Las Mercedes. Mientras ora, piensa en Josefa, su difunta madre, que junto con María Luisa, su tía, le enseñaron esa y otras oraciones a La Virgen del Rosario. Se persigna. "Mi papá dice que si mi mamá estuviera viva apoyaría mi viaje. ¿Y mi tía María Luisa y mi tía Ana estarán de acuerdo?" Mi tía Sor Ana Josefa llegó después que mi mamá se murió. Ella estaba en un convento, pero se tuvo que venir porque escuchó que un señor llamado Antonio Guzmán Blanco mandó cerrar todos esos lugares. Ese señor tiene ese poder porque es Presidente de Venezuela, dijo mi papá. Mis dos tías son las que me cuidaron en mi orfandad de madre junto con mi papá que se volvió a casar. Con ellas sigo rezando y teniéndole amor a esa misa, a su olor, a esas palabas que dice el padrecito, y las solemnidades de la misa calan hondo en mi ser porque se reverencia a Dios, a Cristo, a los santos, y no encuentro más entretenimiento que lo religioso, y ese amén, ese amén, ese amén que es como una gota que cae en mi frente y hasta ahí siente como un resplandor en su cabeza; lo siento o me lo imagino. Y mi pensamiento se va

más atrás en el tiempo cuando mi mamá y mi tía María Luisa me llevaban a escuchar misa en la iglesia del pueblo, y desde ahí me quedó gustando estar en misa. A muchos niños no le gustaba, pero a mí me encantaba rezar con mi mama y mi tía, y le pedía a su mamá que me diera la moneda para que yo mismo entregara la limosna. Después salíamos de misa y llevábamos una canasta con la que llegábamos a algunas casas de gente muy, pero muy pobre, más pobre que nosotros, y tocábamos las puertas y de su interior salía algún viejecito o viejecita, y con mucho candor le entregábamos el pan o la fruta o la medicina o la ropa, y eso lo hacían todos los domingos, y yo observaba a mi mamá y a mi tía María con esa belleza en la mirada, en las manos, en sus voces haciendo la obra de caridad, acariciando el cabello de la niña enferma o de la anciana en cama; y cuando nos alejábamos se escuchaban las bendiciones, y así entiendo lo gratificante que es ayudar a los desvalidos, ayudar a los más necesitados porque mi mamá y mi tía me lo decían todos los días, y además demostraban lo tan bien que se sentían, y en cada lugar quedaba una oración.

José Gregorio piensa en la posible tristeza de las tías cuando se enteren que dentro de una semana se irá a Caracas a estudiar. De repente, la tía María Luisa y la tía Sor Ana Josefa entran en la casa. Se percatan que la mesa de estudio de su sobrino no está acomodada, lo cual in-

dica que está en la casa. Allí están abiertas unas hojas de Historia Sagrada.

—¡José! Prepárate que vamos a rezar el ángelus. ¿Dónde está tu papá? –Preguntó su tía María Luisa.

—Creo que fue a hacer unos arreglos para el viaje de la semana que viene.

—¿Por fin tomó la decisión de que continúes los estudios? —Preguntó su tía Sor Ana.

José Gregorio se sorprende pues creía que sus tías no estaban al tanto de esa posibilidad de él viajar. Y se sorprende más con la tranquilidad con que su tía comenta, ya que pensaba que iban a entristecerse. Su tía Maria Luisa se da cuenta de su extrañeza y le dice:

—José, hace días hablamos con tu papá y con tu maestro, y estamos conscientes de que debes continuar tus estudios y que debes hacerlo en un buen colegio. Tu mamá así lo hubiera querido, y todo sea por la gloria de Dios que sabemos que guiará todos tus pasos.

Llega el día del viaje. La familia está reunida para despedir al niño José Gregorio. También se encuentran varios vecinos y amistades, y varios niños del pueblo. Los amigos de su padre lo vinieron a buscar. José Gregorio acompaña las lágrimas de sus tías y la de sus hermanos. Todos lo abrazan. Su papá lo abraza de último y se los

entrega a sus compañeros de viajes. Hay lágrimas en los vecinos y amigos. De repente, en el cielo se distancian las blanquísimas nubes y surge un sol radiante. Y mientras se alejan los viajeros, el sol se coloca entre ellos y con su brillo los baña en oro. Uno de los niños señala hacia ese brillo pues otra vez ven que José Gregorio entra en el sol.

III: SALIENDO DEL PÁRAMO

El viaje asume un duro frío que cala hasta los huesos. Sin embargo, con todo y el ruido de sus dientes tiritando, para José Gregorio se trata de una aventura deseada porque por fin sale más allá de la única calle de Isnotú, y ve paisajes que desde ya se aferran a su interior, y ve la lagartija sobre la piedra y el frailejón es una planta íntima de estas montaña a las que él pertenece. José Gregorio y los señores atraviesan caminos llenos de fango, y los senderos que recorren no tienen fin. Y se adentran en una niebla donde desaparecen, y José Gregorio ya no se ve así mismo ni ve a sus acompañantes, y sólo escucha sus voces, chistes, y comentarios sobre la familia y de lo que harán cuando lleguen a Caracas. Los viajeros siguen recorriendo el interior de la blanquísima niebla, y a José Gregorio lo llaman por su nombre y pega un grito creyendo que se pierde, hasta que escucha unas risas. La cara del muchacho se pone roja y redonda. Pierde respiración y está azul. Se detienen para que José Gregorio pase el mareo y la asfixia, y él se pone a llorar creyendo que el viaje lo va a matar. Los amigos de su papá lo abrigan y le dan un alimento. Se tienen que detener. El muchacho tiene su primera experiencia con el mal del páramo. Escucha el viento y

deja de estar somnoliento, ya que lo aviva, le dice que no se duerma. Otras personas pasan e intercambian saludos y preguntan por el niño, y al verlo comprenden lo que tiene. De repente, a José Gregorio se le ocurre mirar hacia atrás; es como que de su interior le hubieran hecho una advertencia, y ve una figura alta y alargada como que si la estuviesen jalando hacia arriba; se trata de un hombre, porque parece un hombre, y es oscuro, y no se aprecia su rostro, más por lo oscuro que por la distancia. José Gregorio adelanta el paso de la mula porque se había retrasado un poco paraver hacia atrás a aquel hombre. Ya en compañía de los amigos de papá, voltea, pero a esa figura se lo tragó la niebla, pero no le teme a esa imagen fantasmal.

Hasta que por fin llegan hasta el puerto trujillano de La Ceiba que está a orillas del Lago de Maracaibo, y allí montan en piraguas para llegar hasta la ciudad del mismo nombre del lago. El jovencito tiene el primer impacto de entrar a un lugar tropical y bien diferente al frío sitio de su infancia, bien diferente a su pequeño pueblo de las montañas. El calor del muelle de Maracaibo lo arropa, y es una sensación corporal que lo aturde debido a la alta temperatura y la humedad. José Gregorio nunca había visto a tanta gente en algún lugar como ahora ve a este muelle hirviendo de seres de todos los colores y de todos los ropajes,

y allí también son diversos los olores y sonidos en múltiples sensaciones. Todo es grito, carrera y desorden. Todo es grosería y risas al ver a los hombres borrachos y a las mujeres también. En Maracaibo tienen que pasar la noche y la opción es alojarse en un hotel. Los diputados amigos del papá de José Gregorio tienen uno en mente, y se dirigen al centro de la población. Es entre la calle Colón y la calle Comercio que ubican un hotel llamado "Pabellón". Ellos estuvieron en otras oportunidades, y les gusta ese lugar porque es ventilado. José Gregorio escucha con atención unas nuevas palabras como mobiliario y clientela, y escucha la buena opinión de los diputados sobre ese lugar porque es muy "higiénico" como palabra que se le queda en su mente así como la frase "aseo minucioso". Mientras comen en el restaurant del hotel, escuchan comentarios de las personas que están en otras mesas, y un hombre vestido de blanco alza su mano para brindar por un "Zulia que es un gran pueblo y acaso una nación", y los que están en esa mesa aplauden, así como otros que están en mesas vecinas. José Gregorio se da cuenta que esa frase y esos aplausos provocan disgustos en los amigos de su papá que murmuran cosas que él no entiende muy bien. Diría su padre que eso es política. Pero leyendo una prensa llamada *El Mensajero*, mientras espe-

ran lo que pidieron al mesonero, los diputados se dan cuenta que el ambiente marabino está exaltado contra Caracas y hay disgusto en la población, y José Gregorio escucha la lectura de una página: "Guzmán Blanco le arrebata a Maracaibo su aduana marítima, expropia después sus salinas, hostiliza su marina mercante, encierra a sus hijos en oscuros calabozos, y sirviéndose para instrumentos de su venganza de aquellos mismos a quienes el pueblo confiara el noble encargo de guardar sus derechos y sostener su soberanía, hizo del Estado un feudo,despojándole de su autonomía, burlándose de su honra, mancillando su dignidad, y usurpando para otros la importancia mercantil que había alcanzado, hízolo tributario de otro Estado".

Ese es el ambiente en la mesa, y eso los obliga a apurar su comida para llegar a sus habitaciones y partir de esa ciudad lo más temprano posible. En verdad, los señores diputados no quieren ser reconocidos allí de que son congresistas amigos del tal Guzmán Blanco.

Al día siguiente, ya están de vuelta en el muelle y su tormenta de gente, gritos, olores y bullicios, y José Gregorio sube con su pequeño equipaje a un buque mitad vapor, mitad velero, y hasta escucha que se llama "Progreso", y zarpan hacia Curazao. El paseo se le hace interesante a José Gregorio

al transitar el Lago de Maracaibo para salir a mar abierto, hacia el Caribe con destino a esa isla donde estarán unos breves momentos porque los viajeros hacen la transición en ella para tomar otra embarcación con destino al puerto de La Guaira. Al desembarcar en ese puerto, sólo les queda atravesar el Ávila por el "camino de los españoles". José Gregorio baja violáceo de la montaña y terminó dorado viendo otros paisajes, otras vidas, otras gentes en disipación de cierta ceguera. Otras señales luminosas entran en él porque está cambiando con tantas cosas distintas. José Gregorio sabe que comienza una nueva vida para él después de este largo recorrido donde pareciera que nace de nuevo. Pero mientras más se aleja de su casa, José Gregorio siente que la lleva muy, pero muy adentro. Su hogar y su familia se van con él a la capital de Venezuela.

IV: CARACAS LA MEGALÓMANA

José Gregorio llega a una Caracas que, debido a la megalomanía europeizante de Antonio Guzmán Blanco, se aleja de lo ruinmente colonial con todo y restos de la devastación del terremoto de 1812, y que ahora ese señor hace experimentos con algunas edificaciones que se aproximen a la París anhelada por el autócrata. Los amigos de su papá deciden recorrer con él los cambios que han surgido en la capital, y cuando se detienen frente a una edificación "neoclásica", como creyó escuchar José Gregorio, a él con la boca abierta casi lo atropella un coche de dos ruedas y un caballo, y pasa otro con dos caballos y pasa otro coche y otro y otro. Sólo le queda al muchacho abrir bien los ojos para que en verdad no lo pisen porque no sabe cruzar la calle, porque viene de un pueblo que no tenía calle y él nunca había visto coches de ese tipo sino carretas, y adelanta los pasos con la gente que lo llevan al que será su colegio al cruzar Puente de Hierro. Al llegar a la esquina de San Francisco, se impresiona ante la cantidad de coches de alquiler apostados ahí. Los viajeros detienen el paso para entrar en una farmacia donde José Gregorio quiere una galleta helvética que vende un viejo hebreo que está en

Caracas desde el asalto al Congreso, y el General Francisco Vásquez se lleva a José Gregorio y al cuñado de su papá a su residencia pues para mañana disponen llegar hasta el colegio donde lo recibirán con las cartas de recomendación más una cierta cantidad de dinero. Pasan cerca del Teatro Municipal que se llama Guzmán Blanco, y ahí hay más coches a la espera de los que están dentro de ese edificio asistiendo a alguna función. Pero José Gregorio, con todo y su corta edad, también tiene la suspicacia de darse cuenta de que ese teatro tan imponente, tan llamativo y de donde salen mujeres muy elegantes y de la mano de señorones con sombrero de copa y levita, hay un enjambre de mendigos y de hambre. Antes de que oscurezca, y por recomendaciones de amigos, van a otra obra de ese Guzmán, y es la Plaza Bolívar donde levantan la cara y vuelven a abrir la boca impresionado ante la estatua ecuestre de Simón Bolívar, y hay más personas que vienen de otros lugares de Venezuela y de diferentes condiciones sociales entre damas y vendedoras ambulantes, entre ricos y pobres, indios y catires, y hasta extranjeros junticos y con la cabeza en alto admirando al Padre de la Patria sobre un caballo. El recorrido siguió por un bulevar a lo parisino también. Hasta llegan a otra plaza llamada casualmente plaza Guzmán Blanco, y esta vez no está

la estatua del Libertador o de otro prócer de la independencia, sino de ese Guzmán tan odiado por los maracuchos, pero es admirado por esos que dicen que ese presidente está cambiando a Caracas porque quiere que se parezca al París de sus amores.

—Aquella que vimos del padre Bolívar se llama estatua ecuestre. ¿Y cómo le llaman a esta estatua del señor Guzmán? –Preguntó José Gregorio a cualquiera que le pueda contestar.

—A ese vergajo lo llaman "el saludante"–dijo una vieja que está echándole escoba a la plaza y con su mascada de tabaco.

José Gregorio Hernández es admitido en el colegio Villegas. El propietario de ese plantel lo compró recientemente y le colocó su apellido, pues antes se llamaba Colegio La Paz. Su nuevo dueño es un hombre de larga barba llamado Guillermo Tell Villegas, un valenciano alto, de ancha y despeinada frente y largos bigotes, larga barba y todo en él es largo como lo es su trayectoria en el poder político inestable de esos tiempos de caudillos, alzamientos y revoluciones, siendo esto una realidad que se debilitó poco a poco desde que está en el poder un Guzmán Blanco, además de que se llama Guillermo Tell como aquel personaje de la leyenda suiza que disparó una flecha atravesando una manzana sobre la cabeza de su

hijo dando comienzo a una revuelta independentista. Es este Guillermo Tell Villegas un vocero del pensamiento positivista, y que para pregonarlo abrió este liceo y se dejó de revueltas y de agites políticos para hacerse director de ese plantel, y por supuesto también es un operador social de ese Guzmán Blanco de aires europeos, positivistas, cientificista y racionalista.

Con el pasar de los días, José Gregorio se va tornando en personaje conocido y llamativo, sobre todo en los profesores y directivos del liceo. En las conversaciones de pasillo, ellos lo ven pasar y comentan entre sí, sobre todo los del área científica:

—¡Qué jovencito tan ordenado, tan educado! ¿Han visto cómo en sus cuadernos organiza sus clases? –Comentó el de matemáticas.

—Es muy colaborador con sus compañeros; los corrige, los orienta. Es un modelo de alumno— dijo el de Química.

—Sí. Es bien peculiar el muchacho. –Se metió en la conversación el profesor de Historia —Hace unos días me acerque a una conversación que él tenía con unos compañeritos que hacían una investigación sobre la peste en la edad media, y allí les dijo que si Venezuela sigue así como la vio en su viaje desde su montaña para acá, con mucha pobreza, hambre, desnutrición y abandono, aquí

puede llegar una gran epidemia como la Peste Negra que asoló a Europa.

—¡A caramba! Tenemos en el Liceo uno que predice el futuro.—Comentó con cierta sonrisa el de Biología, como que constatando que no es muy "normal" el muchacho.

—Yo diría que no alardea de dones proféticos, sino que es muy lector y revisó las condiciones sociales que imperaban en el feudalismo y las comparó con nuestra Venezuela.

—Apreció así el profesor de Historia, y todos dirigen su mirada hacia el final del pasillo donde está José Gregorio, muy arregladito él.

Llega el propio director Villegas exhibiendo una palmeta, y los muchachos del salón a correr. José Gregorio ve en algunos de los traviesos el pánico bien pintado en los ojos. El salón de José Gregorio retornó a la calma, y así creen los compañeritos que la amenaza se alejará; pero mala suerte tiene ellos porque esa aula fue seleccionada por el director que entra con su palmeta férrea y horrible de 8 pulgadas de largo sobre la que se centran todas las miradas. Villegas se para frente a los alumnos blandiendo su palmeta, y dice tajantemente que ¡orden y progreso! El director mira a su alrededor chocando con las miradas esquivas y las caras miedosas de los alumnos, y José Gregorio esconde su rostro abriendo un libro, pero

el director Villegas para nada se fija en él y más bien camina entre los pupitres y se aproxima a los más tremendos, a los que él vio más agitados, y de ahí atrapa a uno antes de que se levante de la silla y salga huyendo, y lo coge por la nuca y le grita ¡pon la mano! y ¡paaaaaaa! "¡Pon la otra! y "¡paaaaaaaa!". Y el niño pega un grito, llora y se frota la mano con el pantalón, y el muchacho se come y se come las lágrimas, y nadie se ríe en el salón, aunque dé ganas porque la amenaza sigue y ésta vuelve a gritar con más dureza que ¡orden y progreso!

Y el director logra imponer su "orden" y gira en redondo dirigiéndose a otro muchacho y lo agarra por la nuca también, y le dice:

—¿Dígame cuánto es 6x6?

—Señor director, es 16 señor.

—No avanzaste nada Felipe Bautista. Les vuelvo a decir, para que no lo olviden nunca, que es "orden y progreso", y ¡paaaaaaaaa!

José Gregorio baja la cabeza. Recibe también el impacto de una pedagogía dolorosa, pero con el transcurso de los días también se dará cuenta que el lugar tiene otras formas para aprender y enseñar, y claro que lo que hizo el director fue un autoritarismo brutal, pero necesario en aras de lo que ese señor Villegas cree que se denomina "orden y progreso", y dicho ideal impregna cada rin-

ción de ese colegio donde José Gregorio adquiere conocimientos distintos a la fe y a la oración, y allí recibe más grados de cultura porque en toda esa escuela la lectura es la reina de cada aula y de cada clase de los buenos profesores que fueron contratados por Villegas para seguir y ejecutar sobre las mentes de los niños la primacía de la razón y de la libertad que ella genera o que acompaña el pensar y el imaginar. El Director va de salón en salón distribuyendo libros de gramática castellana, de aritmética, de geografía de Venezuela, de urbanidad y buenas maneras, y también de Historia Universal. José Gregorio abre el que le llega a sus manos, y además tiene la suerte que le tocó un libro de catecismo y el de lengua francesa, y son como 185 textos que el director Villegas reparte entre su alumnado porque cree que la lectura hay que masificarla en toda Venezuela, como él le dijo a ese tal Guzmán Blanco que debe crear escuelas en cada pueblo como educación pública, universal y gratuita, y por ahí va su ideal de progreso para así quitarle al país esos lastres del analfabetismo y violencia.

Una buena mañana, el colegio recibe muchas personalidades. Dicen que es gente distinguida y culta: hay periodistas y abogados, hay escritores y políticos. El director está muy emocionado con la presencia de un caballero llamado José Martí, y

mucha gente lo rodea porque es un famoso hombre de letras y lo llaman "el apóstol de la independencia de Cuba", y José Gregorio está entre los alumnos del colegio que también reciben a ese personaje quien, apenas al pisar suelo caraqueño, preguntó dónde está esa plaza que tiene la estatua del Padre de la Patria. Recibida la información, hasta allá fue a parar y ante la figura del Libertador se puso de rodillas y le rindió homenaje diciéndole a los presentes que él es cubano, pero que Bolívar no sólo es el padre de la patria venezolana, sino también de una patria grande que es Latinoamérica, y él también se siente hijo del padre Bolívar. Este José Martí tan popular fue invitado por varios de los admiradores que él tiene en Caracas para que dicte una conferencia, y el lugar escogido para tal iniciativa es el colegio de don Guillermo Tell Villegas, y éste también se atreve a invitar a los alumnos para que escuchen la elocuencia de ese señor que habla de manera poética especialmente a los jóvenes, que como José Gregorio, escuchan las palabras aladas de este poeta soldado que les transmite el significado del paso del tiempo,

…hasta que de repente alguien de los presentes pega ¡el grito de Yara! y lanzan un viva a Carlos Manuel de Céspedes, y los espías del presidente Guzmán toman nota de estas proclamas y que

a veces el orador se apasiona en demasía con el tema de la libertad. Al llegar esa información a oídos de Guzmán, entonces los días de ese José Martí están contados en Venezuela. Pero mientras tanto, el director Villegas lo invita a dar clases de literatura y de francés en su colegio.

Una mañana les toca a todos los alumnos hacer formación. Les dijeron que el director va a presentar una novedad. El Doctor Villegas y todo su personal directivo y docente, más el maestro de música Juan Bautista Calcaño, se disponen a cantarles lo que ellos denominan el himno nacional de Venezuela, y así un "Gloria al Bravo pueblo que el yugo lanzó". Siente José Gregorio la emoción que embarga ese canto. Sus compañeritos escuchan y perciben los gestos de solemnidad del maestro y del director del colegio, y se calman y atienden la canción. José Gregorio también siente la solemnidad de la letra y de la música porque también sacaron el piano al patio. Él, que viene de un lugar tan lejano, y donde su mundo no salía de la única calle de su pueblito, siente con ese canto que pertenece a algo que se llama patria. En ese instante, donde él y sus compañeros escuchan por primera vez ese himno nacional de Venezuela, se les inculca lo que el director les dice que se llama venezolanidad. Entonces José Gregorio entiende que sus raíces no están nada más en el caserío

donde nació, sino que él es hijo de un país que tiene un pasado heroico, tal como se transmite en ese canto que les presenta el maestro de música en esa mañana soleada. Y el señor Villegas les dice que ese himno está plasmado en un decreto presidencial del muy nombrado Antonio Guzmán Blanco, el tan temido por las monjas porque cierra sus conventos, y el tan odiado por el cura de la parroquia porque quiere imponer que la verdad no está en la religión, sino en la ciencia, y que el país no debe oscurecerse ni encerrarse, sino abrirse al progreso técnico y material, y para imponerlo ya expulsó al arzobispo.

José Gregorio Hernández es poseedor de una gran capacidad para aprender tanto lo teórico como lo práctico, y para aprender tanto la ciencia como el arte. Sus días en el colegio son para inundarse de conocimientos, para leer mucho y escribir mucho también. Todo lo ve y aprende, sea teoría o sea práctica, sea ciencia o arte; ya sea Matemáticas, Física, Química, Biología, Literatura, Historia, poesía, música y pintura. Le dicen los maestros a José Gregorio que todos los días se está demostrando que la educación que se necesita es la técnica, y él recuerda que sobre eso no se hablaba en su casa porque allí estuvieron pendientes desde lo más temprano de sus días en que educara fundamentalmen-

te su espíritu con las palabras de Cristo. Dicen los maestros, y él entiende el tono de esas voces magistrales, que ya sea un médico, ya sea un abogado o ya sea un agricultor o un carpintero, la persona debe conocer a fondo su profesión, su ocupación, y ese mensaje se le queda grabado en su voluntad para siempre.

Uno de sus maestros les dice a todos en el aula de clase:

—Quizás algunos de ustedes también enseñarán en un aula.

—¿Y qué es lo primordial para enseñar? —José Gregorio no desaprovecha la oportunidad de hacerle esa pregunta.

—Lo primordial es la enseñanza objetiva de las cosas. —Respondió el profesor. — Lo primordial es conocer en detalle los fenómenos. No se busca memorizar datos ni nombres, sino comprender desde la apreciación objetiva del fenómeno.

Al salir José Gregorio de la lección de Biología, se va derechito para la clase de música donde se encuentra con el maestro Calcaño que se complace con su presencia porque es disciplinado y quiere manejar con rápido virtuosismo el teclado del piano. José Gregorio abre su voluntad de aprender ese instrumento y leer la música y sentirla como un puente de comunicación con Dios. Va todos los días a recibir su lección de piano

inmediatamente al terminar sus clases en el aula. No pierde tiempo pues quiere aprender a tocarlo cuanto antes navegando en las composiciones de Louis Gottschalk, sobre todo con la ejecución del Le Trille , y mezcla los géneros musicales de la tradición europea con lo popular venezolano.
Y cuando canta, Calcaño lo escucha recitando un "Yo soy el buen Pastor del salmo 23":
El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar. Me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas.
Me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre.
.Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan. Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos.
Me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa.
Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor por años sin término.

Y del canto al piano vienen las invitaciones a fiestas y agasajos para que deleite a los presentes con sus ejecuciones de piezas de Ramón Delgado Palacios, lo que entusiasma a sus amigos a bailar el vals de ese compositor y en terminar sus presen-

taciones con Salvador Llamosas y sus "Noches de Cumaná".

V: CONOCIENDO A DOÑA PEPA

Está de visita en el colegio la esposa de Guillermo Tell, Doña Josefa Perozo de Villegas, una dama que frecuentemente recorre el plantel para observar las actividades pedagógicas y el desenvolvimiento del alumnado, además de visitar por supuesto a su esposo. En amena conversación con varios profesores, Doña Josefa ve hacia los lados de la capilla del colegio. Allí se detiene en José Gregorio Hernández en su rutinario rezo de todos los días, una conducta que ha llamado la atención entre los docentes y alumnos, y todos respetan ese proceder de ese muchacho de los andes. A Doña Josefa también le llama la atención, y un profesor se percata:

—Ese joven vino de Trujillo, Doña Josefa. Es muy respetuoso y educado, y también muy disciplinado en lo religioso. Es muy solidario en el salón, además de que es aplicado con sus lecciones.

—Caramba, quiero conocerlo.

Esperan unos breves instantes, hasta que ven que José Gregorio se persigna terminando sus oraciones. Los profesores y Doña Josefa se acercan al muchacho e intercambian saludos.

—Joven. Esta dama quiere conocerlo.

José Gregorio siente pena. ¿Quién es esta señora tan elegante, tan imponente?

—Mi nombre es Josefa Perozo de Villegas. Mi esposo es el propietario de este colegio. Tus profesores hablan bien de ti. Veo que le rezas al Santo Rosario.

—Si señora. Soy devoto.

—Bien, hablemos de eso.

A partir de ese momento, Doña Josefa entabla amistad con el muchacho, y se da cuenta que a pesar de su edad José Gregorio tiene una sólida formación religiosa. La señora lo manda a buscar en reiteradas ocasiones para regalarle libros de religión, y el joven se contenta con estos obsequios. Él lee con fervor esos textos, y lo hace en la noche porque procura acompañar esas lecturas con el silencio nocturno. José Gregorio acompaña a la señora a las misas en la iglesia de San Mauricio, muy cercana al colegio.

—Aquí estoy Doña Josefa. Como le dije, no tengo clase en la tarde.

—Pues en eso quedamos. Me acompañarás a hacer un recorrido para realizar unas obras de caridad. Hoy vamos a visitar unos enfermos. Aquí les llevo sus medicinas.

En esas actividades, siente José Gregorio una plena satisfacción que se eleva desde su interior al ver los ojos agradecidos del anciano humilde y

de la hermosa niña a quienes se les entrega medicinas, alimentos y dulces. Él se siente muy bien acompañando a Doña Josefa en su labor caritativa. Eso es lo que le entusiasma a José Gregorio: ayudar al necesitado, auxiliar al desvalido. Siente plenamente como un candoroso calorcito en el cuerpo al apretar las manos de la gente agradecida que tiene alivio en su enfermedad. Doña Josefa se da cuenta que está ante un muchacho con un inmenso hábito de lectura universal, casi que una voracidad lectora; ante eso, le entrega varios textos literarios, entre novelas y poemas, y se percata también que está ante un joven talentoso musicalmente, y le regala varios libros de música, y también le lleva algunos libros de idiomas con los que José Gregorio inicia su rápido aprendizaje del inglés y del francés, y hasta del italiano.

Con el transcurso de los días, de las semanas y meses, Doña Josefa toma al joven José Gregorio bajo su completa influencia, y es que siente respeto y admiración de esa manera recta de él ser, y por su carácter reflexivo y por su conducta apegada a la religión. Ella nunca había visto en ese colegio un muchacho tan colmado de virtudes y tan diciplinado con todo lo que tuviese que ver con la fe católica. José Gregorio también recibiría de parte de ella la llave que le abriría la puerta de más sociabilidad y para una deliciosa activi-

dad mundana. Doña Josefa llega a la casa de sus amigas de la alta sociedad acompañándose con el muchacho. Ya a esas amigas les había hablado de este tímido jovenzuelo muy aplicado en sus estudios y lleno de fe católica. Una de las amigas de Doña Josefa ha invitado a unos músicos para celebrar un cumpleaños, y es ahí donde Doña Josefa le dice al jovencito:

—¿No quieres bailar muchacho?

—Disculpe, pero es que no sé bailar.

—¿Quieres aprender?

—Pues claro Doña Josefa.

—Yo mismo le enseño.

Esa noche José Gregorio comienza el aprendizaje del baile. De ahí en adelante avanza con mucha rapidez porque también demuestra que tiene un oído musical fino y ahí mismito coge el ritmo de varios géneros musicales. No será la última vez que Doña Josefa lo lleva a conocer amistades y a practicar el baile que se torna para él en un momento también de espiritualidad.

VI: CONOCIENDO A DON GUILLERMO

El joven José Gregorio es interrumpido en su lectura silenciosa en el aula. La secretaria del despacho del director le solicita al maestro de la clase que al finalizar la misma envíen al jovencito a comparecer ante la autoridad del plantel. Durante el trayecto, José Gregorio sospecha cual debe ser el contenido del posible reclamo o la posible sanción porque ayer, ante todos los alumnos, tuvo su primera deliberación con el profesor de Biología, y en su intervención mantuvo firme sus creencias religiosas contenidas en el Génesis de la Biblia. Sin embargo, claro que deliberaron, pero con mucho respeto, serenidad y con calificadas expresiones de ambos lados, lo que mereció el aplauso del alumnado y de otros profesores y del personal de limpieza que se detuvo a escuchar el intercambio de posiciones, pero con la delicada situación de que se contradecía la autoridad académica, toda una revolución. Ahora José Gregorio se da cuenta de que él como estudiante se extralimitó, y entra al despacho del director bajando la cabeza y apenado por expresar a viva voz y de manera tajante su fe católica, apostólica y romana.

Don Guillermo se voltea y lo mira, pero no con severidad, sino con condescendencia. Don Guillermo Tell Villegas fue gobernador de Barinas y Diputado, subsecretario de Interior y Justicia, y ministro también de Interior y Justicia, y hasta de Relaciones exteriores, y todas esas funciones durante el mando del Mariscal Juan Crisóstomo Falcón. Villegas fue hasta magistrado de la Alta Corte Federal, pero también fue revolucionario de esos que capitanean montoneras a caballo, y en uno de esos alzamientos llegó a ser presidente de la República, pero interino, supliendo momentáneamente a un miembro de la familia Monagas, la dueña de Venezuela en aquellos días agitados del señor Villegas. Pero ese hombre, de tan intensa existencia y de tan abultada labor pública, que viene de asumir todas las responsabilidades del ejercicio del poder, una buena mañana decidió retirarse de esa vida y dedicarse a divulgar el conocimiento, y abre para eso un colegio en Caracas para divulgar también su pensamiento filosófico basado en la convicción de que el saber verdadero está en la Ciencia, y es seguidor a carta cabal de la corriente de pensamiento positivista que implantó Guzmán Blanco en su creencia de que Venezuela pudiera convertirse en la Francia de América, y este Villegas está en la misma tónica de entender que la religión católica es responsable del atraso de los pueblos, aunque

no ha caído en el radicalismo anticlerical, que es lo que se respira dentro de la intelectualidad que asume al catolicismo como destructor de la individualidad y que es pernicioso como atraso colonial. Para sus adentros, José Gregorio ruega de que el señor Villegas no le venga con esa retórica, así tenga sobre su escritorio al propio Comte o tenga algunos papeles regados del Instituto del Saber, una cofradía positivista radicada en Caracas.

Don Guillermo le sonríe. Se da cuenta del nerviosismo que tiene el muchacho que hace algunas horas se levantó en un salón de clase para argumentar sus convicciones religiosas de cómo surgió Adán y Eva. Su esposa, Doña Josefa, le comentó que José Gregorio sobresale entre los demás alumnos por su silencio respetuoso, su educación, y como joven proveniente de un hogar que lo aleccionó muy bien en lo que es la buena conducta, el respeto y el decoro.

— Jovencito, mi esposa habla bien de usted.

—Estoy a las órdenes de su señora esposa.

—Me enteré del diálogo público que tuvo con su maestro de Biología.

—Lo lamento. No quise…

—No, está bien. Siéntese. Cálmese. Usted es un muchacho serio. Es el más disciplinado de la escuela. Lo llamé para anunciarle mi decisión de designarlo inspector de la disciplina en los pre-

dios del plantel. Usted es la persona indicada.
— Señor, no lo voy a decepcionar.
—El plantel que yo regento se siente complacido con su presencia aquí. He visto sus notas, es el mejor. Ya me informaron que pronto le darán un premio. Además, finalizado el año, tiene usted asegurada las medallas de aplicación y de buena conducta.
José Gregorio se sonroja. Está cumpliendo lo que tenía concebido desde que llegó a Caracas: ser el mejor estudiante y regresar a su pueblo para darle satisfacciones a su familia.
—Me informaron que es bueno en aritmética, muy bueno. Le tengo otra propuesta. La estamos estudiando, pero ya concluiremos en solicitarle su servicio como profesor de matemáticas.
De repente, se le abre a José Gregorio varias oportunidades gracias a sus capacidades y aptitudes. Unió sus manos. Quiere admitir con humildad esas buenas noticias que lo perfilan como el mejor del colegio. No esperaba tanto en tan poco tiempo.
—Usted tiene apenas 17 años, pero es un hombre hecho y derecho—Don Guillermo se complace en darle esos anuncios—. Usted será un hombre muy preparado. Me dijeron que quiere ser médico. ¿Tiene otra inclinación?
—Sí, señor. Deseo ser un buen católico, fervientemente.
—En el colegio hay claridad de que tenemos un

alumno como usted que no pierde un domingo para ir a la iglesia y que reza antes de cada comida y sus compañeros lo acompañan. Sabemos que usted es un joven muy católico. Eso también es tomado en cuenta por mi esposa a quien le generas mucho afecto. Además, me permito decirle esto para que usted se vea en otro escenario más allá de su fe. Su personalidad tan vertical me inclina a decirle que un joven como usted está destinado a sacar a su país de la incivilización en la que vive. Venezuela es un lugar muy atrasado. Hay mucha gente allá afuera embrutecida. Un joven como usted, al formar parte de una élite esclarecida, le tocará mañana sacar a esa gente del atraso. ¿Está de acuerdo conmigo?

—Señor, sé de la importancia que tiene la Ciencia para el progreso de la humanidad; pero que yo llegase a ser alguien esclarecido, como dice usted, yo no creo porque al graduarme de médico me regresaré a mi montaña para curar a la gente de allá.

—Sé que usted es un muchacho humilde. Pero lo estoy midiendo, joven. Usted no será un médico cualquiera.

José Gregorio sale del despacho de Don Guillermo con mucha alegría por todos sus halagos. El director lo acompañó hasta la puerta y lo despidió con un apretón de manos. Ha quedado en su

mente las palabras finales de la máxima autoridad del plantel y fundador del mismo quien le ha dicho que está destinado a realizar grandes cosas. "Pues bien, así será". Entra un instante a la capilla del colegio. Se arrodilla ante la figura de Cristo y dice: "Mi señor, he entendido perfectamente lo que me dijo don Guillermo, y si es tu voluntad que tenga que dedicar mi vida a una obra sobrehumana, pues te juro que me pondré a la altura de todas las expectativas que me han dicho y me pondré a tus órdenes, siempre. Juro que incluso hasta con ese reto también tendré una vida simple, dedicada a cumplir tus preceptos. Te lo juro mi Dios".

José Gregorio cierra los ojos mientras se persigna. Debe entonces cumplirle a Dios, cumplirle a su padre y cumplirle al director del colegio. Sale de la capilla y mientras anda por el pasillo se van acumulando las palabras y las enseñanzas, y se cruza en su cerebro la "investigación" y otros términos como "deducción", "problematización" y "combatir las concepciones idealistas y espiritualistas de la realidad", y que "la fe en la racionalidad es lo primordial", y a esto último él se responde que "el conocimiento no se reduce a simple medir ni a simple pesar".

A la semana del aquel encuentro, ya a todos los salones se les informa del nombramiento como inspector de disciplina que le hicieron a José Gregorio. A los pocos días, los compañeritos se

dan cuenta que José Gregorio tomó en serio su tarea: en su labor no ve amistades, ni juegos ni intimidación tampoco. Cumple a cabalidad su tarea para que la indisciplina escolar no impere, y para eso le llama la atención y hasta sanciona y denuncia a los que pretenden armar el desorden en las aulas. En cierta ocasión, Juan Francisco, uno de los más alto de la escuela, tenía el hábito de pegarles a los estudiantes más frágiles a quienes encontraba a solas y los humillaba. A pesar de que José Gregorio es de pequeña estura, decide buscar al grandulón y ponerlo en cintura. Lo encuentra con otros compañeros y le señala sus faltas y las sanciones disciplinarias de las que será objeto. Juan Francisco se sorprende ante la altanería del pequeño José Gregorio y le lanza un manotazo. José Gregorio le evade el golpe y lo empuja con fuerza cayendo de espaldas al suelo. Ya la sorpresa de Juan Francisco se torna en mayúscula y se intimida ante la determinación y coraje del pequeño andino. Se pone de pie y baja la cabeza mientras José Gregorio sigue la reprimenda exigiéndole que mejore su conducta o será expulsado del plantel. Desde ese día impera una mayor tranquilidad ante la presencia de esta pequeña, pero viril autoridad. El andino no sólo reza y va a misa, no sólo es el mejor estudiante, también sabe imponer el orden y la disciplina.

VII: LLEGÓ EL FERROCARRIL

Los esposos Villegas van camino a encontrarse con José Gregorio en una tarde llena de expectativas y movimientos en una Caracas sacudida por un Antonio Guzmán Blanco que pretende convertir una Venezuela famélica en un país modernizado por su mano de caudillo omnipotente y benévolo. Don Guillermo y su esposa invitaron a José Gregorio a que los acompañara en una ceremonia organizada por el palacio presidencial de donde salieron varias invitaciones a ciertas personalidades del país para que estén presentes cuando aparezca Guzmán montado en el ferrocarril que realizará el trayecto La Guaira y Caracas. El presidente de la república quiere adornar ese día histórico con un sinnúmero de figuras que lo acompañen en ese fausto. Y sobre todo para que él, montado en el ferrocarril, se proyecte como el gran civilizador de Venezuela porque trae el progreso sobre rieles en tierra oprimida por las masivas necesidades en su tiranía y en su violencia que piensa suavizar con toneladas de metal. En verdad hay una multitud en el lugar donde esperan a esa locomotora que ya partió de la Guaira con un gran ´sequito, y que después de casi tres horas no tardará en llegar a la capital. Ahí el pue-

blo caraqueño, expectante con lo que se avecina, será testigo del gozo de un Guzmán Blanco que entendió que para modernizar esta brava tierra venezolana es necesario integrarla y acabar con el terrible aislamiento bárbaro que imperaba entre los pueblos y caseríos del interior del país, y para eso volteó hacia lo que es la moda del ferrocarril. De esta manera, para su endiosamiento y casi equiparándose con Simón Bolívar en pleno centenario de su natalicio, no le importaba endeudar a su patria y abrirla en canal para que entren los grandes capitales británicos, pues serán a ellos a quienes les entregará una concesión de 99 años para la explotación de la línea ferrocarrilera, y esta "gloria le costará un ojo de la cara a la república", como así se lo escuchan los esposos Villegas a unos políticos discutiendo en una esquina y a quienes nadie les hace caso porque todos corren hacia el lugar donde llegará el tren con Guzmán en el puesto de mando sobre una calle donde reinan los cohetes, varias bandas musicales y muchos borrachos extenuados que terminan de largo a largo sobre la tierra, y más allá mujeres de la mala y buena vida que pasan reidoras mientras los maestros de escuela le tapan los ojos a los muchachotes, y el humo de la venta ambulante y un enfermo con la panza grandísima y los soldados uniformados a la europea y aquellos se-

ñorones de levita y detrás de ellos sus esposas que hablan de la moda parisina, y José Gregorio ahora está viendo a un pueblo que no sabe que es modernidad, pero sí sabe de alborotos, y éste es civilizador y de lo poco que se habla allí es del Libertador, aunque toda esta hecatombe de gente y este tren es para homenajear a ese Bolívar que nació hace cien años, pero sustituido por el otro "Libertador" de Don Antonio Guzmán Blanco, el del atraso y del progreso en un mismo ser de luz y oscuridad, y como tal es un hombre de conflicto en su persona que arrastra a toda una nación bajo el reino animal sometiendo existencias vegetales ante los ojos de José Gregorio que hizo presencia en esta fabricación de un país en uso.

Al llegar a lugar de los invitados, los Villegas y su compañía se encuentran con otra ilustre figura de la educación, también acompañado por familiares. Se trata del Rector de la Universidad Central de Venezuela, Aníbal Dominici, con uno de sus hijos, Santos Aníbal Dominici, un jovencito nacido en Carúpano y menor que José Gregorio. Ambos muchachos se estrechan las manos mientras los demás esperan que reviente el sonido del ferrocarril y que aparezca. Esos muchachos se caen bien y se sientan juntos en las sillas de los invitados, aunque no debieran hacerlo, y de inmediato se comentan entre sí todas sus impresiones.

—El señor Villegas no me dijo tu nombre—se adelanta José Gregorio para abrir conversación con el hijo del Rector.
—Mi nombre es Santos.
—¿Y ustedes son de aquí de Caracas?
—No. Mi familia es de Carúpano.
—¿Eso queda hacia el Golfo de Paria, verdad?
—Sí. En el oriente venezolano. ¿Y de dónde eres tú?
—Pues de extremo a extremo. Yo vengo de los Andes, de un pueblito llamado Isnotú.
Los muchachos voltean hacia la esquina de la carretera de donde viene una multitud que dejó de hacer sus ocupaciones sólo para estar presente cuando llegue Guzmán sobre una serpiente de hierro mientras la gente aclama al nuevo Bolívar. ¡Ahí viene el Tren! ¡Ahí viene el tren! Gritan por ahí.
José Gregorio atiende los vítores del caos de gente que se aproxima peligrosamente a los rieles del ferrocarril, y todo es para exaltar al Guzmán Blanco que trae consigo la luz del progreso. Santos Aníbal y José Gregorio se han desprendido de los esposos Villegas y del Rector de la Universidad, y los dos corretean con la gente y se adentran en la multitud para mirar más de cerca la llegada del ferrocarril en un final del día cuyo significado penetra hasta con dolor y demás sensaciones de

algo acerado, metálicamente moderno, y la mirada del andino se va hacia el cielo cerúleo, y es un chico tembloroso por su existencia monótona del páramo sustituida por la vida pintoresca, musical, con silogismo y deducciones, pero sin abandonar "el Dios te Salve María, llena eres de gracia", y el placer se hace vibraciones chillonas y dolorosas en su naturaleza encantadora.

¡Viva Antonio Guzmán Blanco! ¡El hombre que por fin trae el progreso para Venezuela!"

"Chinchin". "Chucu, chucu, chucu".

— José Gregorio, el tren tiene nombre. Creo que lo lleva escrito adelante, y como que se llama Nasmyth, Wilson. Co.

— Ese no es el nombre de ese tren, sino el de la compañía que lo fabricó. Seguro que esa empresa viene de Manchester, de allá de esa Inglaterra donde nació la revolución industrial.

VIII: EL BACHILLER

Un año después, 1882, acto de graduación.

Dice el maestro de ceremonias: "Bachiller en filosofía José Gregorio Hernández Cisneros". El alumnado, familiares, personal directivo, todos los presentes saludan ese anuncio con un gran aplauso. José Gregorio está pleno de felicidad.
Interrumpe el maestro de ceremonias los aplausos para informar que José Gregorio también es galardonado como el mejor alumno de la promoción con las más altas calificaciones, y se le otorgan las medallas por aplicación y buena conducta. Su padre no pudo venir, pero los esposos Guillermo Villegas lo abrazan como si fuese su hijo. Es un cariño sincero lo que estos señores le demuestran, y es ese amor el que lo nutre para amar a otros porque el amor tiene capacidad reproductiva, y desde ese instante ya sabe que su vocación será el servicio al `prójimo donde su fe será compacta, brillante y a raudales, y entre felicitaciones y rostros trata de escuchar las melodías interiores de aquella misa que siempre lleva muy dentro de sí.
A los pocos días ingresa en la Universidad Central de Venezuela. José Gregorio tiene la esperan-

za que allí hallará el conocimiento del laboratorio y que hará prácticas anatómicas frecuentemente; pero no será así, ya que se encontrará con que la totalidad de sus clases serán teóricas, y "un médico no aprende con teoría", se decía el mismo José Gregorio. Entonces determinará hacer su propio esfuerzo en leer e investigar con más ahínco para no quedar con los vacíos formativos que le presenta la universidad. Se inquieta y entristece José Gregorio porque allí no se hacen disecciones anatómicas. ¿Y entonces, cómo puede saber lo que tiene un cuerpo humano sino verá ni tocará lo que tiene adentro dicho organismo? Lo que puede iluminarme son dos cosas, dice él: la fe en mi Dios y el conocimiento, y como quisiera hacer de esas fortalezas una alianza plena, casi que perfecta, que no se repelan nunca.

Uno de sus profesores le dice:

—Le llegó su turno. Recite la lección.

José Gregorio no tiene problemas con el francés el cual traduce con facilidad. Le queda entonces tragarse página por página el libro de anatomía de Fort; y todo lo demás de medicina operatoria y cirugía también tendrá que estudiarlo exclusivamente de la página de los libros, hasta que encuentra a un profesor llamado Nicanor Guardia, médico y científico apasionado. Desde que se conocen profesor y alumno traban una maravillosa amistad. En

ese diálogo, José Gregorio abre su entendimiento a una forma sublime de amor por la Ciencia que el profesor Nicanor Guardia transmite con su pasión por el conocimiento científico. José Gregorio creía ver que de ese profesor salían lágrimas de fervor ante la Ciencia, y a él no le queda otra que contagiarse de ese anhelo por descubrir los nuevos secretos de la naturaleza. Y así, estudiante y profesor entablan una amistad que se alimenta cotidianamente en la biblioteca, en la prensa, en el cafetín, en el camino hacia la residencia, en cualquier sitio donde José Gregorio se llena de pasión por el descubrimiento científico, y eso se lo transmite su profesor Nicanor a cada momento, dentro y fuera del aula.

——¿Su especialidad médica, profesor Guardia, ¿cuál es? —Preguntó José Gregorio Hernández en un momento en que la confianza de ambos abre la oportunidad de conocerse mejor.

—Soy dermatólogo, mi especialidad es la dermatología. Soy especialista en dermatología formado en el Hospital de San Luís en París.

Formado en París, piensa José Gregorio que allí está la cuna del saber científico. ¿Por qué no llegar hasta allá? Y en la continuidad de las clases del profesor Guardia, el muchacho de Isnotu recibe las lecciones sobre cómo hacer el diagnóstico considerándolo como un instante difícil y

determinante en la tarea de todo médico, y como elaborar la indicación terapéutica y otros componentes clínicos de la Medicina, y con Nicanor Guardia comprende José Gregorio que su existencia debe someterse a un destino prodigioso y a un fin que le aportará grandeza: la de combatir a la muerte con reciedumbre.

Años más tarde escribiría José Gregorio su profundo agradecimiento por la huella inspiradora y santa que ese hombre dejó en él: "El señor doctor Guardia las posee todas; la bondad natural, que compadece los sufrimientos ajenos; la generosidad, que ennoblece el espíritu y le proporciona mil goces inefables; la santa caridad, que llena el alma de los más excelsos sentimientos, genera las acciones grandiosas que inmortalizan al hombre. Y practica la amistad de una manera tan perfecta que los elegidos sienten por él un amor profundo y un respeto ilimitado. ¡Oh, cómo corre la pluma fácil y ligera al escribir las palabras que nos dicta el corazón!..."

José Gregorio Hernández se encuentra en una universidad que, a pesar de su pobreza, de su falta de dotación, de su mucha teoría, ha entrado el viento huracanado de un ideario positivista convertido en gobierno y culto laico. Allí escucha en las cátedras expresiones como "verdad científica" y hechos comprobables", y las escucha en los

lugares donde meriendan los estudiantes, en los jardines, en los pasillos, en la biblioteca de donde ve salir a un señor rodeado de alumnos y profesores, y le llama tanto la atención que pregunta quién es el personaje, y le contestan que es "nada más y nada menos que Adolfo Ernst". Tomando un café con Nicanor Guardia, José Gregorio le pide información sobre ese señor cuyas cátedras de Botánica e Historia Natural siempre están repletas de estudiantes, así no estén inscritos en esas asignaturas; hasta la de Zoología es un bullicio de estudiantes que quieren escuchar las ideas modernizadoras, según lo que dicen de este hombre cuyo pensamiento barre con toda la tradición.

— ¿Es botánico ese señor? —Le preguntó José Gregorio al profesor mientras observa el aula donde está dando Adolfo Ernst su clase magistral.

—Es botánico y es también naturalista, zoólogo, es de todo; un científico pleno.

—¿De dónde viene? Es extranjero.

— Él vino de Alemania. Él mismo contó que llegó a Venezuela en el 61, y que bajó de un barco que zarpó de una ciudad llamada Hamburgo. Desde 1861 está aquí, pero ya es tan venezolano como tú y yo.

—Tiene muchos seguidores.

—Ese es un revolucionario o un profeta de la ciencia. No sólo aquí tiene influencia, también la tiene en el gobierno por todo lo que está aportando a este país; está dejando un legado de fundaciones científicas en Caracas, fundó el Museo Nacional, debes ir a verlo, y ahorita está impulsando la creación de la biblioteca nacional. No hace mucho estuvo en Bremen en una exposición internacional de agricultura.
—Profesor. ¿Me permite ir a escucharlo?
— Bueno, ojalá que lo que vas a oír no te incomode.
—No entiendo profesor.
—Anda y escucha.
José Gregorio Hernández entra al salón. Se abre paso porque quiere escuchar muy directamente lo que pregona el científico. La voz de Adolfo Ernst es suave, pero profunda; así es la voz de los sabios, piensa él. Y por fin logra escucharlo:
"Las viejas especies no se extinguen, solo evolucionan".
"Todo ser vivo evoluciona progresivamente, lentamente, gradualmente. Todo ser vivo se inicia como una forma simple, y progresivamente cambia y se hace más complejo".
"Los caracteres de un ser vivo lo heredan sus descendientes".
Ya José Gregorio ocupa la primera fila de los que

están de pie que también están tomando nota de las expresiones de aquel maestro, como si fuesen reporteros de alguna noticia. Y José Gregorio se atreve a preguntar:

—Profesor, ¿qué provoca en los seres vivos esas transformaciones? ¿Para qué evolucionan?

—Joven, su pregunta da en el meollo de todo este asunto evolutivo. Evolucionan los seres vivos para adaptarse al ambiente en el que viven. Cuando el entorno físico cambia, los seres vivos adquieren nuevas necesidades, y eso implica nuevas funciones en el organismo,

y progresivamente se van generando las modificaciones que serán transferibles de una generación a otra.

Los presentes miran a José Gregorio y miran al científico. Alguien aplaude y todos los presentes aplauden, y los que estaban sentados se levantan a aplaudir. José Gregorio intenta hacer otra pregunta:

—¿Y en todo eso que usted dice, donde está la voluntad de Dios? ¿En toda esa evolución, Dios no tiene alguna ocupación?

José Gregorio trata que el científico lo escuche, pero es que nadie lo oye. Los aplausos continúan, y la clase magistral del profesor Adolfo Ernst ha terminado. El científico sale, y con él la masa de estudiantes, y José Gregorio ha quedado muy

pensativo y solo en el salón. En esas cavilaciones se pregunta ¿por qué debe ser este tipo de conocimiento más importante que el conocimiento de las cosas sagradas? Y ahonda en sus reflexiones y se vuelve a preguntar: ¿no es mejor creer en los misterios que dar razón de ellos? Desde que llegó a Caracas sólo escucha el irrespeto a la religión católica y no hay sentimiento de reverencia. Y cita en voz alta una frase de San Bernardo de Claraval contra el filósofo Pedro Abelardo: "*Ventosa loquacitas, turpis curiositas, turpis vanitas, turpis quaestus"*. Quizás es verdad lo determinado por ese santo: la ciencia humana simplemente debe servir de apoyo y ser auxiliar de la ciencia sagrada. Mira hacia una pizarra del salón vacío y se dice así mismo que la fe es inmutable. Todas las cosas son imágenes de Dios. Vuelve a su interior con San Bernardo: "No podemos penetrar en el misterio de la voluntad divina, pero nos está permitido sentir sus efectos y experimentar sus frutos". El Génesis bíblico es muy claro, pero en esta universidad y en esta Caracas no lo quieren ver. Pero aparece otra cita en su mente, y es de San Agustín:

«El universo fue creado en un estado no totalmente completo, pero fue dotado de la capacidad de transformarse por sí mismo desde la materia informe a un orden verdaderamente maravilloso

de estructuras y formas de vida». ¿Estará en esas palabras la respuesta que alivie mis angustias? Yo creo en Dios y creo en la Ciencia, y jamás negaré a Dios.

José Gregorio no quedó solo en verdad; al final del salón está una persona. José Gregorio no lo distingue bien, pero viste de negro y es alto y delgado. José Gregorio cree haberlo visto en alguna parte. El hombre se levanta y le grita: ¡Dios no existe! Después, aquella figura se sale del salón por una puerta lateral. José Gregorio queda en silencio, y ahora sí está muy solo.

José Gregorio revisa el plan de estudio de Ciencias Médicas impuesto por Guzmán Blanco, quien hasta en la universidad llega su influencia y poder. José Gregorio revisa el plan con otros alumnos, y ahí está la Anatomía General, la Anatomía Descriptiva, la Fisiología e Higiene, la Patología General, la Medicina Operatoria y Cirugía, la Patología Interna, la Obstetricia, la Química Inorgánica, la Terapéutica, la Química Orgánica Animal y Vegetal, la Medicina Legal y la Toxicología, y se escucha una voz en el aula con los "principios anatomo clínicos, fisiopatológicos y etiopatogénicos",… y repitan conmigo, y ahí viene el coro. Pero hasta en ese recitar, José Gregorio escucha "la forma como se entiende la enfermedad en el hombre", y "podemos entenderla de manera anatomoclínica, y ahí

nos centramos en la lesión corporal o se asume "la enfermedad con un criterio fisiopatológico, y ahí nos detenemos en la parte metabólica-energética del organismo. Y podemos entender la enfermedad etiológicamente". Otro día y otra voz en el aula, más solemne que la de ayer, le dice a José Gregorio que "similia similibus curentur" o "lo semejante se cura con lo semejante". Y al otro día el profesor le pide a José Gregorio que lea lo que dice el Doctor Wormald en su libro *La podredumbre o gangrena del hospital*: "En su página 60, por favor". José Gregorio se pone de pie. Los alumnos se disponen con atención a escucharlo que *"…* todo temible de la infección miasmática del aire es cuando los heridos están ya enfermos de antemano…*"*

Y después de esa clase, entra a la siguiente donde lo espera el Doctor ángel Rivas Baldwin quien dirigió su examen de Bachillerato en el colegio del señor Villegas, y por eso cada vez que se encuentran en esa clase se dan un abrazo. José Gregorio alza la mirada porque de frente está una pintura del doctor José María Vargas y recuerda entonces que el doctor Rivas le comentó que fue alumno de ese sabio. Al salir de clase, el doctor Rivas saluda a otro profesor, también médico.

—Calixto, esté es José Gregorio Hernández, uno de los preferidos de Villegas en su colegio. José,

éste es el doctor Calixto Ortega, también alumno de José María Vargas.
—Mucho gusto muchacho. Verás clases conmigo mañana.
—Me dijeron que también usted forma parte de los asesores del nuevo presidente Juan Pablo Rojas Paul.
—Sí, y antes me mandaba llamar el presidente Guzmán. Y en el caso de éste, tiene mucha inclinación por la ciencia médica europea; creo que es un médico frustrado. Pero es bueno su interés. Voy a presidir la comisión que va a dirigir la fundación de un Hospital Nacional aquí en Caracas. El presidente quiere un modelo de Hospital como el parisino "Lariboisiere": con consultorios, salas de hospitalización, farmacia, jardines y hasta una capilla en su interior.
—¡Qué suerte tuvo Venezuela con estos europeizados! —Comentó entre risas el doctor Rivas. —Se llamará Hospital José María Vargas; tiene que llevar el nombre de nuestro maestro.
Al regresar a la Universidad, se encuentra con muestras de alegría en los pasillos. Algunos de sus compañeros lo detienen para felicitarse entre todos. José Gregorio no entiende, hasta que llega el doctor Guillermo Morales, recién llegado de Europa y de los EEUU, quien está asumiendo la jefatura de la Cátedra de Medicina Operatoria y

Obstetricia, y lo hace con el anuncio la llegada de nuevos tiempos para la enseñanza de la medicina en el claustro universitario, ya que los estudiantes realizarán trabajos de medicina operatoria en cadáveres. José Gregorio se une a la alegría de sus compañeros, y observa al doctor Morales, que también será su profesor.

—Les dije jovencitos que voy a impulsar la cirugía experimental en Venezuela—dijo Morales.

—Profesor, ahora sí aprenderemos a ser médicos de verdad—Le manifestó uno de los estudiantes.

IX. VISITANDO A LOS DOMINICCI

Santos Aníbal interrumpe su lectura por su hermana.
—Santos, Salvador me informa que en la puerta está un joven preguntando por ti; es de la universidad.
—¿Dijo cómo se llama?
—José Gregorio.
—Por fin vino. Ese es un nuevo amigo que por cierto más parece cura.
—¿Cura?
—Parece, pero no es cura. Dile a Salvador que lo haga pasar. Lo invité a cenar. Él también quiere ver la biblioteca de mi papá, que me dio permiso, por cierto.
La hermana de Santos Aníbal regresa con José Gregorio, y todos sonríen.
—José, te presento a mi hermana Elisa.
— Un placer señorita—acompaña José Gregorio el saludo con un beso en la mano, lo que sonroja a la muchacha y causa risas en Santos.
—Pasemos a la biblioteca donde te dije que te ibas a deleitar.
—Los dejo señores. Ya viene Sara con jugo y torta.
Al alejarse la joven, José Gregorio algo apenado exclama:
—No sabía que tenías hermana.

—Sí, pero no vinisteis por ella. Te dije que mi papá tiene un tesoro en esta biblioteca. Él está agradado con tu visita.
—Pasemos a la biblioteca donde te dije que te ibas a deleitar.
—Los dejo señores. Ya viene Sara con jugo y torta.
Al alejarse la joven, José Gregorio algo apenado exclama:
—No sabía que tenías hermana.
—Sí, pero no vinisteis por ella. Te dije que mi papá tiene un tesoro en esta biblioteca. Él está agradado con tu visita.
En la casa del rector de la Universidad Central de Venezuela entra el sol para darle brillo al interior. La brisa del Ávila danza entre las cortinas y mueve el manto que cubre la mesa principal. Es la casa de Aníbal Dominici la que pasea José Gregorio donde campean jarrones, cuadros y sobre todo libros y documentos ordenados, pero multiplicados en jurisprudencia y periódicos del lejano Carúpano con varios números de *El Bien Público*. Y camina José Gregorio en ese interior hecho biblioteca en cada rincón, y entra donde en verdad está la biblioteca, y sus ojos dan vueltas sobre esos libros en todas partes, unos de Hacienda y otros de Aduana, y allí el código Civil y el Código de Comercio, pero los temas van elevándose tan arriba que suben hasta la Filosofía y la Historia

en esa biblioteca descomunal, y ninguno es un libro extraño para José Gregorio que los toca, los abre, hojea, revisa, lee para halagar su mente en ese paseo entre fuentes del saber que lo ilusionaba como cuando era un niño lector. También hay libros de literatura y de Geografía, los de historia antigua y de viajes, y su mano es una pradera en esas páginas que se abren como follaje.

—Mi padre tiene en su escritorio varios apuntes. Ten cuidado al pasar por aquí.

—¿Escribe mucho tu papá?

—Sí. En estos momentos está escribiendo sobre la vida del general José Eusebio Acosta, de por allá de Carúpano. ¿Tú querías ver los libros de medicina?

José Gregorio no le responde porque su mirada se ha detenido en un piano. Va hacia él. Después de acomodarse José Gregorio, Santos Aníbal llamó a su hermana para entretenerse con este andino que por lo que se ve, además de buen estudiante, es pianista. Al estar cómodos en la biblioteca, arranca José Gregorio con un vals, y los presentes se dejan llevar por la melodía que los transporta a un baile de salón, donde José Gregorio le pide a la joven que le conceda la pieza, y ella requiere el permiso del hermano que accede, y así la pareja entra en un vertiginoso desplazamiento cuando encadenan sus movimientos al formar

círculos en rondas y cadenetas en esa fluidez continua y libre.
—Y toco a Brahms, también.
—¿Y qué es lo que no sabes? —preguntó Santos.
—Y eso que no has probado mis platos.
—¿También cocinas?
—Y confecciono mis trajes.

Al decir eso, quedan impresionados los presentes ante este joven con tantas facultades que exhibe, hasta que Elisa le pregunta:
—¿Y usted también baila?
—Me gusta el baile. Soy capaz de bailar toda la noche.
—Bueno, eso lo veremos. Pronto lo invitare para una fiesta aquí. Es bueno que venga porque Santos Aníbal y sus otros amigos son muy aburridos y tiesos como unos témpanos de hielo.
— No la decepcionaré, señorita.
¿Qué hace ese anciano desvalido tirado en la calle? Va a llover. Será terrible para él, piensa José Gregorio de regreso a su residencia.
—Venga. Déjeme ayudarlo. Lo llevaré a que recupere algo de fuerza, se tome una avena y pase este aguacero que se avecina como tormenta. Venga conmigo. No se empape. A su edad y con esa debilidad cogerá más que un resfriado.
—Bendito sea. Que persona buena es usted. ¿Cómo se llama joven?

—Me llamo José Gregorio Hernández.
—¿A qué se dedica usted?
— Pienso dedicarme. Estoy estudiando medicina en la universidad.
—No. Usted será más que un médico.
De repente José Gregorio queda extrañado por lo que le acaba de decir el anciano que lo mira fijamente, y a su vez se percata de los ojos muy azules del viejo como si fuese un cielo profundo que entra dentro de él y baja por sus arterias, y por sus venas y fibras, por sus músculos y huesos. Reacciona ante el azul ultramar o es un azul cerúleo o celestial que emana de los ojos de este anciano que no ha vuelto a hablar más, y José Gregorio tampoco, y ambos quedan sin habla y sin lengua. Ya no es necesario hablar en esas sensaciones interiores sin código. No es necesario hablar cuando hay fe y entrega. El amor no tiene palabras, y sólo es necesario arrodillarse ante la revelación bajo el sol de una playa interminable de arenas blancas y perennes que no se sienten en los pies que más parecen posarse sobre alfombra. La lluvia pasa y amanece. El anciano se va con un morral lleno de alimentos, ropa buena y un rezo que han hecho los dos antes del viejo irse. ¿Quién era este anciano apacible que le habló de su futuro? Se le vuelve un misterio aquel viejo que no olía mal, no olía a calle ni a sucio, y sí salía de él

un olor a pipa de hogar cálido y de familia unida, o un olor a pipa de lector comulgando con su sabiduría, o el olor de la pipa del buen capitán sobre barco que se aleja con tripulación experimentada y serena porque el navío está en buenas manos. Antes de irse, José Gregorio se dio cuenta que el anciano se ríe y le ve los dientes completos, y escucha que le dice: "el que sabe sembrar, siembra hasta en el mar". El anciano se aleja de él dejando un vientico fresco que hasta trae mariposas verdes, azules y amarilladas, y al verlo de lejos siente José Gregorio que este encuentro no es fantasía, sino que ha sido un instante en que la nieve se derrite, y piensa que no pondrá obstáculos para recibir la gracia de Dios. Una luz quiere entrar en mí, y ella no es indiferente a mis sombras y oscuranas, y así aspira entrar en mí y pretende abarcarme. ¡Ah! Pondré todo de mi parte para que me llene completo. La semilla ha caído en mi suelo; ella es fuerte y bravía contra cualquier tipo de suelo, yo mejoraré las condiciones del mío para que esa semilla dé el mejor de los frutos; y para eso me esforzare con el agua, con el arado y eliminaré cualquier plaga o cualquier hongo. Me esforzaré como el mejor agricultor. Soy un hombre de Ciencia y racionalizo con el método posible; pero eso no impedirá mi sumisión al misterio y mi anhelo por los sacramentos. Ayudaré al próji-

mo como acto de mi propia libertad. La verdadera libertad es entregarse al cuidado de los demás. La verdadera libertad es la más dulce de las esclavitudes. No deseo ser perfecto, pero tampoco es apropiada la humildad excesiva. No quiero esos impedimentos para ir al encuentro del Otro. No le voy a tener miedo al cuerpo, ni miedo al riesgo ni al desacierto. Pero en mí no pasará la ausencia de reflexión, el vacío de compasión, la dejadez de la inmoralidad y la ausencia de control; esos obstáculos serán hechos a un lado para yo ir directo a mi libertad. Pero todavía tengo desconfianza, mi Señor; es desconfianza de mí. Esto debo superarlo para facilitar la acción de la gracia de Dios. A veces tengo sentimientos de culpa; no sé de qué, pero son sentimientos de culpa. Dios tuvo misericordia de mí a pesar de las veces que miro mi corrupción y fealdad. ¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa? No son pecados ni maldades ni ponzoñas. Libertad para elegir lo bueno o lo malo; eso no es veneno, sino libertad de equivocarse, y así voy al encuentro con Él. Entonces, para acertar debo saber vivir. Pero insisto en preguntarme ¿por qué tanto miedo? ¿Por qué tan inseguro? ¿Por qué tan agobiado de incertidumbre con mi fe? De repente me entra un vigor. Debo dejar el miedo atrás, ponerme de pie con mi fe y con mi amor a Cristo y a buscar el reino de Dios y punto. Debo buscar-

lo con prontitud y empeño, no importa las dudas, los riesgos, la inseguridad. Voy en búsqueda del Reino de Dios, y lo demás no me importa.

José Gregorio mira hacia el techo de su habitación mientras es envuelto en esas reflexiones y voces interiores con imágenes y cielo azul de la sonrisa del anciano, más la clase en la Universidad y el rostro de sus tías, el abrazo de su padre, la biblioteca del señor Aníbal y la sonrisa de Santos mientras él toca el piano, y piensa que debe vencerse a sí mismo y ordenar su vida. Nada de afectos caóticos, ni antipatías ni disvalores. Sé simplemente justo. José Gregorio traspasa ese techo y está de frente con el cielo estrellado, y entre estrellas juega su cuerpo desnudo y dispuesto para un encuentro inusitado, y la noche cambia de su habitual oscuridad hacia un blanco que se torna amarillo, y después rosado y él regresa a su lecho de repente.

José Gregorio se levanta de la cama. Se asea. La luz del sol de las primeras horas de la mañana le acaricia el rostro. Entra en la cocina y prepara el desayuno. Se levantó con hambre de todo y también calienta el café. Un ejército espiritual entró en batalla en este hombre. No sólo siente a Dios, también lo comprende como concepto, y comprender a Dios no es como salir de una escuela con una lección aprendida, sino es como salir del vientre de

la madre con el instinto de querer respirar y llorar para ver que la vida es cuerpo, alma y realidad circundante. Entender a Dios es esperar que la lluvia termine. Entender a Dios es despedirse del moribundo, y despedirse con una lágrima para siempre. ¿Cómo puede ser eso en ti, José Gregorio? ¿Cómo puede ser eso cuando el racionalismo niega la fe y el milagro? Al final de esas cavilaciones rugosas, cavilaciones en cascadas de alta cima, José Gregorio recita unas palabras de Abraham cuando pedía hablar con Dios: "He aquí que me atrevo a hablarte, yo, yo que soy polvo y ceniza". "Te hablo, yo que soy tu criatura". "Te pido una relación personal". Y entonces José Gregorio es presa de una tremenda angustia que lo eleva, pero temblando y temiendo como aquel niño que escucha un grito acampanado y severo de aquel padre al que siempre le baja la mirada, y todo aquel que quiere ver a Dios, y que casi logra su propósito, termina aterrado. El miedo a lo divino, piensa José Gregorio, al final salva.

X: LA FILOSOFÍA DE SER MÉDICO

—¿Sabías que en la Colonia el médico era un "vil oficio"? —Le preguntó José Gregorio a Santos Aníbal mientras ambos amigos se encuentran navegando en el océano de libros de la biblioteca del Rector—Era un oficio vil porque era mecánico. Era un oficio trabajado físicamente, y para los mantuanos el comerciante, el artesano y demás oficios realizados con esfuerzo y con sudor no eran ocupaciones "nobles", sino actividades de castas sin linaje, sin nobleza. El mantuano no trabajaba, sino que vivía de la renta de sus posesiones.

—¿O sea que el médico era como un carpintero del cuerpo? – Preguntó Santos.

— Sí. Los mantuanos consideraban que ese oficio no era propio de "blancos distinguidos", sino de los pardos; era propio de una vil casta. ¡Cómo han cambiado las cosas sobre eso! ¡Cómo cambió la percepción que se tiene de un médico! — exclama reflexivamente José Gregorio.

— No veo que se modificó mucho. Mi papá dice que hay poquísimos médicos en este país. ¿Será que todavía está desacreditado ese oficio? Yo también seré médico, pero quizás tú y yo nos to-

pemos con algún rastro de prejuicio colonial por ahí-dijo Santos.

—Lo que digo es que hoy las élites reconocen que el médico es necesario para que se salve esta nación, porque el médico no parasita, sino que es vital para que Venezuela salga de su marasmo-– Explicó José Gregorio.

—Debes reconocer que la figura del médico se agiganta con los vientos del pensamiento "positivista" —dijo Santos analizando a su amigo.

—No es nada más como doctrina. El médico es el verdadero salvador de esta patria en estos años finales del siglo XIX. A este país no sólo lo está hundiendo la perenne guerra civil, la pobreza, la ausencia de producción; también lo está hundiendo las enfermedades— Explicó José Gregorio.

—Creo que estamos asumiendo la profesión más comprometida de Venezuela—Reflexionó Santos.

— Tienes toda la razón. Estás comenzando tus estudios de medicina, y yo te llevo unos tres años, y ya te puedo decir que mi existencia toda estará determinada por mi oficio de médico. Mi vida y mi destino es y será el curar a los enfermos. Yo estoy construyendo mi destino, y ese destino es mi conducta como médico. Siento que toda mi naturaleza como persona tiene que ver con mi oficio de médico. Eso es curar a los enfermos, darle protección, darles salvación. Siento que la

relación médico-paciente es entregarse en la procura de curar al enfermo y que además no sufra mientras padece la enfermedad. Para eso debo colocarme en el lugar del paciente, empatizar con él y saber preguntarle, y entrar en su alma; sí, entrar en el alma del enfermo.

Y muchos años después de estas reflexiones, un paciente ya desahuciado escuchaba a lo lejos el llanto de unas personas, y sentía de a poquito que la vida se le disipaba. Hasta que sintió muy adentro de él que estaba alguien más; y ese alguien es un hombre blanco, de bigote negro, cabello negro y bata de médico, que le sonríe. El paciente respira y trata de decir algo, y los familiares que están cerca gritan ¡milagro! La luz del sol entra con fuerza por la ventana.

Vuelve en sí José Gregorio; es que sueña despierto.

—¿Y el papel del paciente, José Gregorio?

—El papel del paciente es todo. El paciente debe involucrase en toda la estrategia que corresponda a su cura; el médico debe hacerle comprender eso. El enfermo debe participar muy activamente en la piedad curativa; ahí está el éxito del acto médico; de lo contrario, es un médico autosuficiente condenado a un fracaso que puede costar una vida o a deteriorarla más.

—Yo también quiero ser médico, y seré médico tan pleno de entusiasmo como tú, José Gregorio.

—Santos, esta profesión de la medicina marca nuestra existencia. Estamos construyendo una identidad hermosa que se fundamenta en ayudar al prójimo. Ten dentro de ti el pensamiento hipocrático, ése que dice así: "Curar a veces, aliviar a menudo, consolar siempre".

—José Gregorio, te siento apasionado con ser médico.

—Creo que muchos tienen y tendrán poca comprensión sobre este oficio. ¿Sabes lo que significa el que un médico sea capaz de pensar y de realizar su trabajo en medio del sufrimiento de un enfermo? Un médico debe tener el temple suficiente para actuar eficazmente ante la sangre, ante el dolor, ante el llanto, ante el grito de desesperación. Santos, nos tocará enfrentar la muerte varias veces; nos tocará verle la cara a la muerte y no salir espantado. El medico es diferente a toda otra ocupación porque posee una esencia de salvación de la vida; el médico no es una ocupación más.

—Entonces, hay que prepararnos para vivir con esa profesión de manera apasionada y con sus retos, con sus frustraciones, también con sus limitaciones.

—Y pensar que una misma enfermedad será diferente en enfermos distintos; ese es el reto apasionante de la medicina. Y que la mayor satisfacción que conseguiremos no será material, ni pecuniaria,

sino que el ejercicio de la solidaridad será nuestra máxima satisfacción. Porque el enfermo no sólo buscará en nosotros una medicina para superar su mal físico, sino que también buscará en nosotros una mano fuerte, una palabra de aliento y alguien que lo escuche; buscará el alimento de su esperanza. Es como cuando el ladrón Dimas le habló a Cristo en el momento de la crucifixión de ambos, y Cristo le dio unas palabras de esperanza ante la muerte: "hoy estarás conmigo en el paraíso".

—Asumes esa comprensión sobre la profesión médica que más parece que escucho una clase de filosofía.

—El ejercicio reflexivo de nuestra profesión me despierta algo de filósofo. Todo buen médico debe de llevar algo de filósofo por dentro.

—Ahora entiendo por qué le pediste prestado a mi padre algunos libros de filosofía.

—Ahí no encontré a Hipócrates, sino a Aristóteles, a Platón y otros aportes que están sirviendo de fundamento para mi comprensión filosófica sobre la razón del quehacer médico. Y también encontré a Homero que habló de médicos en la guerra de Troya y que atendían a los enfermos sin importarles si eran griegos o troyanos. Hasta en la mitología griega se habla de que Apolo llegó a curar a Ares, el dios de la guerra, que era su enemigo.

—¿Cuál tú crees que deben ser las mayores fortalezas de un médico: el conocimiento científico y técnico?

—Las principales fortalezas son ser solidario, no tener prejuicios y tener nobleza. Solidario porque ese es su destino inevitable; no tener prejuicios, por rigor; y tener nobleza, porque si no lo es pues sería inútil su ocupación.

— ¿Quién te enseñó a valorar tanto la solidaridad para que forme parte de la profesión médica, José Gregorio? ¿Algún maestro, tus padres? Me dijisteis que tu madre falleció y tu padre asumió el rol de madre también, y que tienes varios hermanos, incluyendo los del segundo matrimonio de tu papá, y que tienes unas tías muy piadosas que fueron las que más te influenciaron en eso de la religión.

—En lo que respecta a la medicina y la solidaridad, te confieso que mi padre me dejó su ejemplo y sus orientaciones, y sé que seguiré contando con él cuando regrese a Isnotu ya graduado. Mi padre supo siempre aconsejarme. A veces me trató con sequedad, pero no lo hacía para mortificarme, sino para inclinarme a la práctica del bien y el estudio constante. De él aprendí lo que es el sacrificio de la profesión de médico. A pesar de tener unos estudios de farmacéutico elemental, atendía a los pacientes de Isnotú y sus alrededores con máxima solicitud. Nunca se negó a cargar

con el fardo de sus medicamentos para escalar las montañas y atender a los pobres campesinos. Son pocos los hombres que he conocido como él.

—Bueno, yo también aprendo de ti, de tus reflexiones sobre la profesión de la medicina. Por supuesto, hay médicos que no cumplen a cabalidad con su rol, y se distancian de los pacientes y a su vez los pacientes se distancian de ellos.

—Así es. Son esos que no se centran en el bienestar de los pacientes porque no tienen la vocación de ser médicos y trabajan por rutina o porque su único interés es percibir ganancias. De esa condición, también son los distanciados, los vanidosos, los narcisistas y endiosados que agreden y ofenden a los pacientes. Hay médicos carentes de alma, fríos en el diagnóstico, distantes en los tratamientos, incomunicables en el pronóstico. Son esos sabelotodos que miran encima del hombro y de lejitos a pacientes y demás mortales; no bajan de su altar y exigen idolatría.

José Gregorio Hernández siente un calor en el cuerpo, pero no quiere que Santos se dé cuenta. Se distancia un poco de él, le da la espalda mientras siguen hablando, y se toca la frente y siente como fiebre, y eso que está hablando de curar enfermedades. Le está pasando algo y es que derramó una lágrima frente al lecho del paciente que le sujeta las manos y él lo abraza, y cuando mira

su rostro es el de Jesucristo. José Gregorio le acomoda la cabeza sobre la almohada y se persigna, y vuelve a ver el rostro del paciente, y ya no es el rostro de Jesucristo, sino su propia cara, y piensa que "Dios es la evidencia invisible".

—José, ¿el conocimiento per se contribuye siempre a la felicidad humana?

—Pues claro que no; pero en mi caso, haré que sea así. En nuestro caso, como futuros médicos, será así.

XI: ENAMORADO PERO NO CORRESPONDIDO

— Me transmites perfectamente tu pasión como médico. Te creía como distante de ese calor. Te escucho y siento que la profesión médica corre por tus venas. Pero te voy a interrumpir un rato para preguntarte sobre otra pasión.

— ¿A qué te refieres?

—¿Tienes novia allá en tu pueblo? Mejor dicho, ¿estás enamorado de alguien o alguna vez te has enamorado?

—No, no dejé novia allá. Pero sí me enamoré aquí, estando en el liceo. Me enamoré de una belleza que se llama María. Su nombre completo es María Gutiérrez Azpúrua. Me enamoré locamente de ella. Todavía la quiero.

— ¿Y qué pasó?

—Fue un amor no correspondido. Ella no sentía lo mismo que yo sentía.

—Cuéntame.

José Gregorio acompaña a su profesor de música en una visita a la casa de los Azpúrua. El profesor Carcaño quiere que lo acompañe a una lección de piano a domicilio. Son recibidos por don Ramón Azpúrua que estaba esperándolos.

—Juan, bienvenido. ¿Este es el muchacho de quien me hablaste, el del talento musical?

—Sí. Este es José Gregorio Hernández. Quise que me acompañara en esta lección.
—Pasen adelante.
José Gregorio toma asiento. Observa los cuadros y los muebles que resaltan la distinción del hogar. Siente que más allá hay un jardín con alguna fuente o estanque, pero le da pena pedir permiso para verlo. De repente aparece una muñeca de ojos cuya belleza le agita el latido del corazón. ¡Qué niña tan bella! Se dice así mismo José Gregorio al sentir el impacto del brillo de unos ojos que lo llevan al columpio en un jardín intemporal bajo un cielo rosado de nubes con un blanco brillante y esa niña cuya sonrisa explota en mariposas, hasta que José Gregorio se despierta brusco de esa ensoñación como encantado, como embrujado, como atravesado por una flecha de esas que llaman de Cupido o de " amor a primera vista"; pero la niña cambia a seriedad su mirada que se torna firme y severa porque no le gusta como la observa el muchacho abobado, y ella deja de sonreírle a esa visita de enamorado pendejo o algo así. Aunque ella volvió a encantarlo en otro día de visita de ese José Gregorio que se entusiasma y se pone gago con la breve conversación donde ella le dice que se llama María y María para allá y María para acá, y regresó José Gregorio a su dormitorio y se acostó boca arriba pensando en

la mirada de María, en los bucles de María, en la boca de María, en los zapatos de María y hasta en los deditos de María, y se hizo la madrugada y llega tarde a clase pues pasó la noche entre dormido y despierto porque cuando dormía soñaba agitado y montado en un caballo, y salvando a María de algún peligro hasta que llegaba él, el héroe.

Y pasan los días y sigue visitando a María con su profesor de música, y el entusiasmo de José Gregorio por aquella linda niña crecía y era enorme al cubrir buena parte de su ocupación mental. Llegan a estar a solas en el jardín, y José Gregorio le hablaba de Isnotu, del frailejón en las alturas andinas y del frío de los ríos de montaña. Le dijo que iba a misa todos los domingos y que reza siempre. Le habló de lo que leía y escribía, y le habló del piano y de su virtuosismo con él. Pero muchas veces la niña María lo dejaba con las palabras en el aire y se iba a perseguir a cualquier animalito que se adentrara en el jardín o le interrumpía sus narrativas de niñez al decirle que tiene sueño, que mañana le cuente. Y a pesar de ese desinterés notable, José Gregorio sigue entusiasmado, encantado, enamorado y aprisionado de un sentimiento tan tierno, pero que con el transcurso de las semanas y meses se vuelve doloroso porque la niña lo atendía por cortesía, pero no le correspondía. Hasta que una tarde viene a solas, viene sin su maestro.

La señora de servicio, acostumbrada a su presencia, lo deja pasar, y le dice que la niña María está en el jardín y que espere un momento, pero José Gregorio se levanta y va hacia el jardín y encuentra a la niña María conversando muy animada con otro jovencito que ha venido a visitarla, y nota José Gregorio que los gestos de María, la sonrisa de María, la jovialidad de María no se comparan como cuando ellos están ahí en ese mismo lugar del jardín, pues ella está muy fresca, cristalina, amable, dulce, con una mirada abrumada ante ese galancito y por unos breves momentos los jovencitos unen sus manos, y José Gregorio comprende de inmediato esa unión de manos. Retrocede entonces. Baja la cabeza. Y sin avisar, abandona la casa de los Azpúrua para no volver jamás. No le da a su profesor de música ninguna explicación de por qué no quería volver ahí. Y durante días y días se hunde en la tristeza y la amargura. Saborea el desamor. Siente que cada latido de su corazón es un dolor. Recoge su libro de oración. Se arrodilla y lo abraza, y llora con mucha fuerza. Se come sus lágrimas. Llama a Dios con ahínco pidiéndole que no le abandone. Comprende que el amor más puro, más fuerte y más fiel, es el amor a Dios.

—Yo no me he enamorado así todavía—dijo Santos.

—Te confieso que me sentí frustrado. A veces creo que soy un incapaz con las mujeres.
—No creas eso. Le caes bien a las chicas.
—¿Verdad? Creo que exageras. Lo que sí te digo es que ese amor no correspondido me dolió mucho. Yo no le echo ninguna culpa a ella; no le atraía y punto. Yo le escribí y ni se molestó en contestarme. Repito, no la culpo. Ella no estaba obligada a sentir algo por mí y yo no tenía ese derecho de ser amado por ella. Pero como duele el amor no correspondido. Hubo momentos que me sentí tan mal que para mí la vida no tenía sentido si no tenía el amor de María. Pienso en ella y todavía me deprimo.
—Te sentisteis rechazado. —Comentó Santos Aníbal.
—Sí, me sentí rechazado. Eso me dejó una herida, pero también me impulsó a echar pa lante y ser alguien en la vida.
—Con tu ejemplo, con lo que me dices, procuraré no enamorarme a lo loco. Los dos amigos terminan su conversación con risas y un cocorrón.

XII. LA VISITA EN EL DÍA, LA VISITA EN LA NOCHE Y ALGUNAS IMAGINACIONES

Santos Aníbal le devuelve la visita a su amigo al llegar hasta la dirección que le dejó. Toca la puerta y lo recibe el propio José que vive alquilado en una casa de amplia sala. José Gregorio le dice que de las clases privadas que él está dictando, de matemáticas y de idiomas, gana suficiente dinero para pagar ese alquiler, sostenerse en Caracas y mandarle a su familia. En esa visita, Santos Aníbal lo encuentra de sastre.

—El señor Germán, el dueño de esta casa, me enseña con mucha paciencia. Y como ves, me desenvuelvo con las tijeras, las agujas y los dedales.

— Esta es la casa de Germán Puyou, el dueño de la camisería francesa, una tienda para gente rica.

—Sí, el señor Germán ha sido muy atento conmigo, no sólo con alquilarme un cuarto de su casa, sino que como me vio interesado en sus habilidades de sastre, pues me enseña su trabajo con mucha paciencia si supieras. Ve este patrón de corte. Yo hago todas las tareas
específicas de la costura de mi ropa; ahí me voy con la costura de los bolsillos, de las mangas.

—Y tú eliges las telas, ya veo.

—En la elección de la tela se inicia todo; ella determina mi trabajo. Del patrón de papel se pasa a la tela y me ayudo con el jaboncillo y paso a cortarla, como ves. ¿Estás viendo cómo se pasa el hilo? Así se marca la zona donde se va a coser. Santos observa como afina y como ajusta su técnica, y de ahí en adelante cada vez que lo visita verá los retoques que le hace a sus trajes, y lo verá a la moda porque José Gregorio se informa de ella y se vestirá elegante como un europeo y hasta también habrá oportunidades para excentricidades; sin embargo, el traje que quiere colocar en su cuerpo es el de sacerdote, y es así que en su tarea de sastre va tejiendo también su devoción católica donde quiere entregar su vida a la fe y ser amado y protegido por Dios cuando piensa que algún día tenga que colocarse la sotana, decir la palabra en la misa, entrar en la iglesia y dar los sacramentos sintiendo el reconfortante olor a incienso como es reconfortante rezar en la silenciosa noche donde no se siente solo ni apagado, sino que se siente muy acompañado y libre de amar a plenitud a su Señor que ahora tiene el rostro de aquel padre que lo convenció de que estudiara medicina, y es así que la imagen de Dios es la imagen de su padre en Isnotú atendiendo la botica del pueblo.

De repente, a altas horas de la noche le tocan la puerta. José Gregorio no quiere abrirla porque pre-

siente quien es el que está del otro lado, y que por cierto continúa en su pretensión de entrar y vuelve a tocar la puerta, y José Gregorio se tapa los oídos. Espera un instante hasta que por fin no siente los nudillos y se dirige hacia la puerta y pega su oído y escucha que "Dios es una invención del hombre". José Gregorio despega su oído de la puerta y piensa que el que está detrás de ella es otro virulento ateo como los que ha encontrado en esta Caracas, y quizás sus padres no lo habrían enviado a estudiar aquí si hubiesen tenido información de esta corriente de opinión, y de repente regresa el silencio y vuelve a pegar el oído en la puerta con la esperanza de no escuchar al ateo, pero mal para él porque alguien dice que "Dios es una hipótesis ya no necesaria de sostener".

José Gregorio Hernández se levanta bien temprano. A las 5 de la mañana está calentando su café y preparando la espuma y la hojilla para afeitarse frente al espejo del baño. Se mira en él, pero ahí está un rostro enjuto y enfermizo de un René Laennec que viene de hacer una auscultación al enfermo con un instrumento creado por él mismo y que se llama estetoscopio, y que es por donde escucha los ruidos que se producen en la cavidad del pecho. José Gregorio se ve como Laennec en el instante cuando describe la neumonía lobar, la tuberculosis y el enfisema. El estudio de los

logros de Laennec lo lleva a identificarse con el considerado padre de la neumología. En el espejo sale de la misa del domingo agarrado de la mano de Madame Argou, su esposa, y en la entrada de la iglesia lo esperan varias personas humildes que quieren obtener de él su compromiso de una visita médica. Pero un par de semanas después tose en su casa de Kerlouarnec y saca su pañuelo. Está muy complicado de salud; la tuberculosis lo está carcomiendo. Años de trabajo y estudio a lo largo de su vida como médico están a punto de extinguirse debido a la misma enfermedad que acabó con la vida de su madre, de su hermano, de su tío, y con la vida de sus mejores amigos. Es un momento de tristeza que agobia a José Gregorio con el solo hecho de imaginar a Laennec muriendo de tuberculosis en los brazos de su amada, y lo imagina también en plena medicina práctica al lado del paciente en los hospitales de París donde pasó su vida entera, y será el hospital su tumba en el momento en que de manera accidental se autoinocule la tuberculosis con un instrumento de disección contaminado, y así José Gregorio interactúa sus emociones y sus ideas con imágenes del pasado de ese hombre ejemplar como científico prodigioso y sacrificado.

XIII: EL GRADUADO

Año de 1.888. Después de 6 años de estudios universitarios, José Gregorio solicita el examen oral con el propósito de obtener el título de Bachiller en Ciencias médicas. Para lograr eso, debe pasar por un examen especial ante un jurado calificador. Con mucha confianza en sus aptitudes y conocimientos, el 13 de junio sale del despacho de las autoridades académicas después de introducir sus documentos de rigor para solicitar dicho grado de Bachiller. A los pocos días, su solicitud fue aprobada. Le nombran un jurado y le fijan fecha para tal examen; ése se hará el 19 de junio. Para ese día, se presentará elegante y con una gran confianza no sólo en sus conocimientos, sino que en sus manos lleva también un rosario y se siente muy acompañado de su fe. Después del rezo mañanero, salió de su casa con una sonrisa pintada en el rostro.

Los presentes tienen la seguridad de que José Gregorio dará una buena demostración de sabiduría y de preparación médica completa. En presencia de dicho jurado y del rector Aníbal Dominici, le toca cumplir la tradición de escoger por suerte los temas de ese examen. El futuro bachiller introduce su mano en el interior de una tela donde están unos sobres, y de allí saca dos

y se los entrega al jurado sin abrirlos. En dicho sobre están los temas a desarrollar en el examen: uno de los temas es ¨la doctrina de Laennec sobre la unidad del tubérculo frente a la Escuela de Virchow que sostiene la dualidad; y el otro tema escogido al azar es el de la fiebre tifoidea típica, de rara presentación en Caracas.

José Gregorio desarrolla los argumentos que imperan en el histórico debate entre la doctrina unicista de Laennec sobre el tubérculo y la doctrina dualista de Virchow que concibe a la tuberculosis y a la neumonía caseosa como entidades distintas. Y el jurado toma nota de sus conclusiones, y así mismo el expositor los lleva a imaginar que ese aporte viene del sufrimiento y del martirio de un Laennec que descubre el carácter infeccioso de esa enfermedad a costa de su propia vida cuando dice: "Me he infectado; cuidado con las disecciones de cadáveres que han muerto de tisis, porque la tisis es contagiosa", y José Gregorio tiene a su auditorio fascinado con sus conocimientos y su don de gente, y continúa con el segundo tema que seleccionó al azar, el de la fiebre tifoidea en Caracas, donde concluye que "si existiera es de presentación excepcional, ·y cuidado con las heces fecales deyectadas en el agua donde se transmite la Salmonella que es la bacteria que ingresa por la vía digestiva para causar fiebres altísimas,

diarrea, cefalea, hemorragia y perforación intestinal y muerte". Con esta exposición, junto con la anterior, hace que los presentes vislumbren un mundo hasta ese momento desconocido, cruento, pero desconocido, como lo es el de la infección bacteriológica, y todos ahí se han puesto de pie para aplaudirle. Antes de terminar, agrega José Gregorio que a Laecnecc le advirtieron de que se apartara de los cadáveres de los consultivos, pero aquel no hizo caso en su afán de desentrañar los misterios de la enfermedad y salvar vidas.

En instantes, el dictamen del jurado es unánime, y ya José Gregorio es bachiller en Ciencias médicas, y el 26 de junio introduce los recaudos para solicitar el título de doctor, y el 29 vuelve a ese salón donde cinco profesores examinadores lo esperan para que haga la disertación sobre "medios para distinguir la locura real de la locura simulada" y sobre "El lavado de estómago, una operación inocente y de gran utilidad en las operaciones de este órgano en las que esté indicado", y también expondrá lo referido al " cálculo vesical y cuándo está indicada la litotripsia". En la sala no solamente están el jurado y los invitados especiales, sino también un nutrido público de alumnos y profesores que pidieron estar presentes y escuchar a este José Gregorio famoso en la universidad. El jurado delibera brevemen-

te. La decisión es unánime y es anunciada por el secretario de la Universidad, el profesor Vicente Guánchez: "aprobado y sobresaliente por unanimidad".

XIV: ¡ABAJO EL MANGANZÓN!

José Gregorio y Santos Aníbal acompañan al rector de la Universidad Central a un evento social de gobierno. Fue una invitación que el doctor y profesor universitario Calixto González le hizo al Rector. El doctor Calixto saluda al recién graduado José Gregorio Hernández con mucha efusividad pues fue su profesor en algunas asignaturas. El doctor Calixto les comenta que el Presidente de la República, Juan Pablo Rojas Paúl, es un hombre bien distinto en comparación a los presidentes anteriores debido a su condición civil, algo que no se veía desde hace muchos años. Precisamente el único hasta ese momento era José María Vargas, y que éste asumió la alta magistratura al ser elegido por el Consejo Federal bajo la sombra de Antonio Guzmán Blanco que ahora está en Francia disfrutando de su fortuna y representando a Venezuela en Europa. Se trata de la inauguración del Hospital Dr. José María Vargas, el primero en Venezuela con esa condición de hospital público (Recuerda José Gregorio la conversación de hace unos años cuando conoció al doctor Calixto y éste le habló de ese proyecto al doctor Ángel Rivas). A diferencia de los jolgorios y faustos del mandatario anterior, los presen-

tes veían una actividad tranquila, sin oropeles, a pesar de que es un hecho histórico donde por fin se construye una edificación para atender gratuitamente la salud de los caraqueños. Los jóvenes José Gregorio y Santos veían a un hombre delgadísimo, de largos bigotes y barba que dirige una ceremonia con los discursos de rigor. El nuevo presidente también es muy diferente a su antecesor porque no tiene los ademanes napoleónicos de aquél, ni se siente ungido como aquél.

En la parte final de su discurso inaugural, Rojas Paúl exclama: "¡Paz, legalidad y concordia!".

El rector les dice a los muchachos:

—Pues esas son las más grandes ausencias de esta Venezuela; esas palabras no existen en esta nación: "paz, legalidad y concordia".

—Don Aníbal, casualmente hoy este señor presidente habla de esa paz y de esa concordia, y en la Universidad se comentaba lo de un manifiesto proclamando un alzamiento-

—Expresó José Gregorio.

—Sí, sé de ese manifiesto. Fue escrito por Joaquín Crespo en su hacienda en Trinidad desde donde prepara una insurrección. A este Rojas Paúl no lo quieren dejar gobernar. Es un hombre de los nuevos tiempos, un hombre moderno. Hacía falta un gobierno civil con esa visión. Hoy inaugura este hospital, pero ayer también inauguró el cable

submarino con Europa. Pero los hombres de a caballo no lo quieren porque no es de ellos.
—Es diferente a ellos, Don Aníbal--dijo José Gregorio.
—Tan diferente que también es diferente al hombre que facilitó su presidencia y que sufrirá un gran disgusto cuando se entere que el que dejó en su silla trajo de regreso a las monjas francesas de San José de Tarbes, y está remodelando iglesias, retornando curas y monjas, finalizando la guerra que tuvo Guzmán con la iglesia católica.
—Pues eso es bueno que retorne la iglesia para que regrese la palabra sagrada a este país— Exclamó con mucho sentimiento José Gregorio.
—Vas a formar parte de una comisión para visitarlas. Ellas van a trabajar aquí y ya están atendiendo enfermos en su convento.
José Gregorio ve con atención a este Rojas Paúl y escucha los comentarios sobre él, y le reconforta su imagen de hombre de poder y también hombre de modernidad y de progreso, además de su respeto religioso al promover el regreso de las monjas a Venezuela, y piensa que es perfectamente posible armonizar lo moderno con la tradición católica, armonizar religión con ideas de progreso científico y tecnológico. Sigue pensando eso José Gregorio de que Ciencia y Religión no son contrarios y se entrega al sopor de la noche y

al aburrimiento de la ceremonia, y cierra los ojos un instante en una Caracas que dejó de dormir por los gritos de una multitud lanzando piedras a algunas casas y comercios, pero la algarabía no se distrae mucho con eso y llega hasta donde está el "manganzón", que es una gran estatua del benemérito Guzmán Blanco, y sobre su cuello amarran un mecate y jalan y jalan hasta que lo tumban de su pedestal rompiéndose en pedazos, y la muchedumbre grita de contento exclamando "¡abajo el tirano!", "¡abajo el manganzón!", y de ahí se dirigen a la plaza de San Jacinto donde derriban la estatua del propio padre del Benemérito, y no cansados con eso se enrumban hacia el Palacio Federal y hacia la Municipalidad para así destruir los retratos de los guzmanes que se les atraviese, y más tarde diría un amargado González Guinán que "…donde la demolición borró una inscripción o destruyó un inocente monograma quedó un edificio, o un puente, o un acueducto, o una carretera, o un ferrocarril, o un colegio, o una escuela, o un paseo, o una plaza, alguna obra de utilidad u ornato. Rojas Paúl destruyó bronces, incineró retratos y borró inscripciones, pero no pudo destruir obras".

¡Qué diferente!, piensa o sueña despierto José Gregorio al recordar aquel día cuando esa misma gente esperaba a Guzmán Blanco en su llegada

de la Guaira con el tren. Ayer era ¡viva el nuevo Libertador! y hoy es ¡abajo el manganzón! Se entrega José Gregorio a su entretenida imaginación donde viaja a días futuros donde navega por momentos que no han llegado. Se detiene un instante a reflexionar cuando, al final de su discurso, Rojas Paul recibe una carta escrita con el puño y letras de Guzmán Blanco donde le recrimina el haberlo destituido de la negociación de un nuevo empréstito con franceses y británicos. Al leer el escrito, el presidente se expresa en voz alta: "ese hombre se está enriqueciendo y chupándole la sangre a los venezolanos". El evento termina y José Gregorio se despide de los Dominici cuando se impone una noche estrellada.

Desde la ventana de su dormitorio, José Gregorio Hernández observa una gran estrella que está a la derecha de un ciprés en medio de la noche fría y tintineando como si estuviera mandándole señales. José Gregorio sonríe ante el astro. Al instante, voltea hacia la mesa donde se encuentra el libro que hojeó la noche anterior; el texto es del filósofo musulmán Averroes. Lo toma de nuevo y vuelve a mirar el cielo estrellado. Y sus ojos se posan sobre las páginas del libro reflexionando sobre lo que se dice ahí. "No se puede prohibir la especulación al que es apto para ella". Entonces Dios no prohíbe el conocimiento, sino que aúpa a los hombres a que tengan capacidad

para que lo busquen, y que obtengan la felicidad también, y todo eso a través de la filosofía.

Al día siguiente, José Gregorio lee la prensa mientras espera ser recibido por la familia Dominici. Él vino a despedirse. Siente tristeza porque ellos han sido su familia en todo este tiempo de Universidad, y Santos Aníbal es como un hermano para él. Santos es el primero en aparecer en la sala. Le trae panecillos, café y más prensa. Santos espera que el planteamiento que le va a hacer su padre a José Gregorio evitara su viaje. Entre los dos ojean el diario deleitándose con el café y los panecillos.

—En Londres es asesinada Martha Tabram en manos de un criminal que la policía apoda Jack el Destripador— dijo Santos.

—Un hombre ha muerto golpeado por un meteorito—Le respondió José Gregorio.

— El pintor Vicent Van Gogh se cortó una oreja. —Respondió a su vez Santos Aníbal con otro titular de periódico.

—Samuel Adams comercializa su producto llamado chicle. ¿Qué opinas de ese chicle? —Le preguntó José Gregorio— No te leeré otro titular. Te leeré este poema de Rubén Darío que salió publicado:

"Oh, ¡mi amigo!, el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías...

Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo! ¡Hasta la vista!"
—El gran Rubén Darío. Ahí viene mi padre y mi hermana. Espero que aceptes lo que te va a proponer mi papá.
Don Santos abraza a José Gregorio. También la joven Elisa lo abraza. Es la que tiene una mayor cara de tristeza.
Don Santos le hace un ofrecimiento:
—Joven, usted es un recurso humano muy brillante. Caracas necesita de usted. Y es por eso, y por todo su desempeño universitario, que yo le ofrezco mi ayuda económica para que monte aquí su consultorio.
— ¡Cómo le agradezco su gesto Dr. Domínici! Pero debo decirle que mi puesto no está aquí. Debo marcharme a mi pueblo. En Isnotú no hay médicos y mi puesto está allí donde un día mi padre me pidió que volviera para aliviar los dolores de la gente humilde de nuestra tierra.
—Tenía el presentimiento que escucharía la rectitud de tus principios y de tu compromiso. Para Isnotú va un tronco de médico—Le respondió el Rector estrechándole la mano.
José se despide de Elisa con un beso en la mejilla y de Santos Aníbal con un apretón de mano también.

XV: EL RETORNO

De regreso a Isnotú haciendo el mismo recorrido de hace unos años atrás; ahora desanda sus pasos. Esta vez José Gregorio Hernández es un joven madurado, exitoso y fortalecido por dentro y por fuera, y lleno de expectativas con su profesión. Tiene energías en ebullición dentro de él y que agitan su voluntad emprendedora, pero ecuánime, equilibrada, honesta y principista, y así regresa a su casa con muchas ganas de ver a su familia. En ese tránsito, llega a Puerto Cabello y de ahí zarpará hacia Curazao, y de Curazao a Maracaibo para continuar su periplo de regreso aventurero por tierra. No tiene prisa, y este viaje él lo convierte en cierto turismo de exploración, de aventura, y también pretende que sean días de aprendizaje como médico. En Puerto Cabello hace su recorrido de las calles empedradas de la zona colonial, Pero ese paseo se le hace desagradable ante la suciedad reinante, la estrechez de sus calles y su hediondez de aguas sucias, basura y heces fecales, y todo eso lo escandaliza. En sus conocimientos está la convicción de que la suciedad y la falta de higiene personal o colectiva es una fuente de enfermedades. La limpieza, la salubridad, la higiene y el lavado de manos son

para José Gregorio unos muros de contención de las enfermedades, y de Puerto Cabello José Gregorio teme lo peor como foco insalubre. En su otra faceta, no pierde la oportunidad de ir a misa y se une a los feligreses de la iglesia del Rosario y conversa con algunos. Al terminar la misa, sale muy inconforme con las palabras del sacerdote; piensa que la palabra en la misa debe conmover, persuadir y convencer para construir como un ladrillo la casa de la espiritualidad y de la fe. ¿Cómo es eso posible con este curita que no sabe sermonear? Un sacerdote debe sentir en lo más profundo de su ser lo que contiene su verbo.

Al otro día va en búsqueda de una amiga de Caracas que está en Puerto Cabello. Se trata de Clara Counturier con quien da un paseo buscando lugares más agradables. Después de almorzar, visitan amigas de ella y José Gregorio las ve pálidas y frágiles. Se despide de sus amistades, todos encantadas de él y que le suplican que se quede en ese puerto pues le dicen que tendrá más fortuna que allá para donde va que es un caserío perdido en los andes.

Al día siguiente llega a Curazao que es como una feria de embarcaciones del nuevo y viejo mundo. Al poner los pies sobre la calle empedrada, José Gregorio disfruta el completo cromatismo del lugar con su colorido borracho y viscoso, y hasta sen-

sual. Eso es lo que encuentra en esa población con sus casas pintadas en hileras con una diversidad de colores como un arcoíris, además de que chocan en sus oídos las expresiones del papiamento, y casi lo aturden los guacamayos agitados y los gritos de los vendedores. Pero no quiere dar vueltas a tientas; más bien quiere quedarse, aunque sea un par de días en la isla, y de su maletín saca un cuaderno de notas con direcciones de amigos cercanos al mercado, y llega hasta ellos. Le abren la puerta un conocido de Caracas, el señor René Araujo, que lo recibe con afecto; lo estaba esperando. José Gregorio le avisó de su visita. Ya cómodo en su habitación, y terminada la merienda, le dice al señor René que le gustaría visitar el hospital. Para él es una buena idea. Como todo está cerca, decide encaminarse hacia allá para ver como es el trabajo médico en Curazao. Es recibido por el director de hospitales de Curazao, el doctor Langskberg, que ya tenía referencias de su llegada, y le habían informado que el que está frente a él fue el mejor estudiante de la última promoción de la escuela de medicina de la Universidad Central de Venezuela, y que es una "lumbrera", y Langskberg conoce el significado cabal de esa expresión porque maneja el castellano hablado en Venezuela. De inmediato el curazoreño le quiere sacar provecho a la presencia de ese recurso médico talentoso que le vino

de otro país, y con él recorre el hospital de la isla. José Gregorio Hernández expresa su agrado ante la limpieza de esas instalaciones, la pulcritud de los pasillos y habitaciones y la blancura de las sábanas. Entra con Langskberg en un cuarto de enfermo

—Doctor Hernández, vea este caso: este paciente sufrió una fractura de fémur. Se le produjo una llaga y lo tuvieron en su casa más de un mes entablillado. Huele muy mal esa llaga. Lo tuve que dejar aquí solo por la fetidez.

— ¿Quién es esa monja?

—Es enfermera aquí. Viene a limpiarlo.

Observa José Gregorio el trabajo de esa monja. Ella trata con sumo cuidado al paciente y no está incómoda con el olor. Limpia la llaga con destreza. Mientras lo hace, le transmite una sonrisa, y con eso le envía cariño y consuelo. El paciente recibe la limpieza como un regalo, y no siente dolor, solo afecto. José Gregorio ha quedado impresionado porque es así como debe tratarse a un paciente. Más que una simple enfermera, es un ángel que cura.

—Con esa manera de tratar a un paciente, doctor Langskberg, no me cabe dudas de que ese hombre se va a recuperar pronto. Ella disfruta su trabajo y lo comprende y se siente satisfecha con lo que hace. Así se cura un paciente.

Se encuentran con otra monja.

—Doctor Hernández, ella es sor Josefa que dirige el colegio de las monjas en Jabay.
Me es de una gran ayuda.
—José Gregorio Hernández a sus órdenes.
—Hola. El doctor Langskberg me dijo que usted venía. Estoy también a la orden.
—Doctor Hernández, me dijeron que usted habla varios idiomas. La hermana también habla inglés, holandés, alemán, francés, y latín muy bien. También tiene mucho conocimiento de química, botánica y mineralogía.
José Gregorio toma las manos de la monja. Ella le sonríe. Hay un brillo en los ojos de ambos. Y José Gregorio le hace una pregunta sobre un tema médico, pero la interroga en francés. Sor Josefa le contesta de inmediato en el mismo idioma. Continúan su conversación alejándose de Langskberg que no entiende lo que ellos se dicen.

XVI: RETANDO AL DIABLO EN EL VATICANO

El Cardenal Palazzini y Bianca son sorprendidos por la llegada de la noche mientras revisan varios archivos, particularmente el de su proyecto de la "Biblioteca Sanctorum" donde ya lleva conformado doce volúmenes biográficos de santos y beatos. Además de esta obra, Bianca le ha extendido en el escritorio otros documentos doctrinales. A un lado de la mesa, y ya casi bajo la decisión de engavetarlos, están las carpetas y sobres del venezolano José Gregorio Hernández. Palazzini piensa que ese caso seguirá llevando su tiempo ahora que tiene otro compromiso.

El Cardenal se levanta de la silla ante los ojos de Bianca. En su mente todavía están los detalles de su último trabajo de canonización, que fue la del fraile polaco Maximiliano María Kolbe, martirizado en el campo de concentración de Auschwitz. Para él esta canonización fue fácil porque el martirio estaba presente, y porque el Papa Juan Pablo II estaba muy entusiasmado. Habla en voz alta recordando ese caso con Bianca, y de repente su mirada se centra en una condecoración que le fue otorgada recientemente, y que ocupa un lugar especial de su oficina. Esa condecoración es la

"medalla de los justos entre las naciones", que le otorgó el Centro Mundial de Conmemoración de la Shoá, además de que le grabaron su nombre en el Muro de Honor en el Jardín de los Justos. Se le humedecen los ojos al cardenal. Bianca lo mira detenidamente.

—A usted también lo canonizarán por salvar a tantos judíos.

—Como dije en el momento en que me condecoraron: "El mérito es enteramente de Pío XII que ordenó hacer todo lo que estuviera a nuestro alcance para salvar a los judíos de la persecución". Al decir eso, pone sus manos sobre los papeles del venezolano. Quizás él y José Gregorio se merecen la justicia de la santidad, tal como lo expresa Bianca. Baja la cabeza y se hunde en sus recuerdos de aquella Roma bajo el Estado Nazi-fascista durante el año 1943 en aquel Seminario Mayor Romano al lado de la basílica de San Juan de Letrán. Ese lugar estaba bajo una condición de zona extraterritorial de acuerdo a un tratado entre la Santa Sede e Italia donde ni los fascistas ni los nazis pueden violar ese acuerdo y entrar a esas edificaciones. No obstante, eso es una formalidad que los nazis estrujarían en cualquier momento en su afán de buscar ahí a los perseguidos por el régimen. Al seguir las instrucciones del Papa, Palazzini, en su condición de vice-

rrector de ese seminario, realizó actividades muy riesgosas para salvar las vidas no sólo de judíos prófugos, sino también de perseguidos políticos, y así recuerda que le tocó esconder a miembros del Comité de Liberación Nacional y a representantes del gobierno de los fascistas arrepentidos de Badoglio que querían rendirse unilateralmente a los ejércitos Aliados que enfrentaban a Hitler; pero sobre todo, se arriesga más con los judíos que fueron ocupando los lugares más recónditos de aquel seminario.

Un día su superior como rector, monseñor Roca, también bajo las directrices del Papa Pío XII, le dijo:

—Padre Palazzini, vaya a casa de Monseñor Barbieri. Allí le van a presentar a una persona que debe traer al seminario. Haga esa tarea con toda la precaución posible.

—Tomaré todas las precauciones porque hoy la ciudad amaneció más patrullada.

Palazzini, antes de salir a esta nueva tarea, y como siempre antes de estas actividades, se detiene ante una imagen de Cristo y reza un instante. Baja la cabeza y se persigna. Ya ha hecho varias encomiendas de este tipo, y por eso considera siempre conveniente dialogar con Dios para que lo proteja de ese tremendo riesgo de ser capturado en plena calle por los nazis al es-

tar llevando para la zona extraterritorial a otro judío. La última vez sintió que los estaban siguiendo a él y a una hermosa mujer. Se puso nervioso pues sintió el peligro muy cerca, hasta que la misma joven lo tranquilizó al decirle que quien los estaba siguiendo era un exmarido celoso, el cual quedaría de verás confundido al ver que la llevaban a la zona del Vaticano.

Palazzini llega a la residencia de monseñor Barbieri. El cielo romano estaba muy blanco. Las romanas preferían recoger las sábanas tendidas porque no había sol. Un anciano fuma una pipa en una esquina y les dedica una mirada a esas mujeres. En otra esquina están fumando un par de soldados alemanes, pero se mueven del lugar. Al tocar la puerta, el propio señor Barbieri lo recibe y lo invita a entrar. Se dan la mano e intercambian una sonrisa sin diálogo. Suben una escalera y entran en una habitación donde un hombre sentado delante de una mesa lee la prensa mientras los espera. Era un hombre pequeño, de lentes redondos y no está preocupado.

—Es mejor que no intercambien nombres—dijo Barbieri.

—Pues siendo así, saldremos de inmediato antes de que anochezca y aumente el patrullaje de los alemanes—dijo Palazzini que en todo momento se mantuvo de pie ante aquella persona que baja

los lentes y asienta la cabeza para disponerse a hacer lo que se plantea.

—¿Y usted cómo llegó hasta aquí?—Interrogó Barbieri.

—No tengo transporte. Tendremos que tomar el tranvía 16—dijo Palazzini.

El desconocido se pone de pie, deja el periódico en la mesa y toma en sus manos como un maletín médico. "¿Tendrá ahí lo que puede llevar de sus pertenecías o será en verdad un doctor?" A Palazzini le da cierta curiosidad. Finalmente, el desconocido cambia sus lentes redondos por otros lentes más oscuros. Sin decir palabras, el desconocido y monseñor Barbieri se dan un abrazo con mucho afecto, y hasta que por fin el pequeño hombre dice un "¡gracias!" muy sentido, como que saliéndole de lo más profundo de su corazón; Palazzini no ha escuchado en su vida un "gracias" tan hondamente franco como ese que acaba de escuchar. Los dos hombres salen a la calle con naturalidad. Recomienda Palazzini realizar una conversación acalorada sobre un "negocio" no culminado entre ellos, y hasta se hacen reclamos por no cumplir cuotas de pago. Con esa conversación trivial, pasan entre los soldados alemanes colocados en pareja en varios puntos de la calle. Con mucha naturalidad, los dos

hombres toman el tranvía y hasta ahí siguen su diálogo ficticio. Sin atraer ninguna
mirada, entran los dos hombres al seminario, y el nuevo huésped es llevado a la habitación indicada por Monseñor Ronca. Es un cuarto confortable para esa noche, ya que para mañana pasaría a otra sección del seminario, en los sótanos.
Antes de que Monseñor Roca pasara a saludarlo, Palazzini le pregunta su identidad.
—Es Pietro Nenni.
—El Secretario General del Partido Socialista Italiano.
—Así es. En estos momentos lo busca una jauría. Estará pocos días con nosotros.
Vendrá su gente a tratar de sacarlo para Francia.
Palazzini los deja solos. Camina hacia los pasillos más interiores del seminario. Se detiene un momento en la cocina y coge una lámpara de aceite. Abre una puerta de un almacén. Coloca un oído en una pared y da tres toques, y de nuevo tres toques. Recibe tres toques de respuesta del otro lado de la pared. Al su alrededor hay paredes falsas y otras dos puertas son falsas, y detrás de ellas decenas de hombres, mujeres y niños judíos. En otra sección también hay paredes falsas y otros escondrijos donde están refugiados los enemigos políticos y miembros de la resistencia. Y hay decenas de judíos debajo de él en una galería sub-

terránea que comunica con las cloacas del Vaticano. Palazzini ha perdido la cuenta de la gente que está aquí escondida. No sabe hasta cuándo se mantendrá este gran refugio sin que aparezcan los nazis y los fascistas echando la puerta del seminario abajo. En las noches tiene esa pesadilla de la irrupción de los asesinos rompiendo las paredes falsas y sacando a los judíos a rastras, y a él también en nombre de Dios.

XV. DE REGRESO A CASA

Isnotu, 8 de octubre de 1888.
Mi querido amigo Santos, desde Isnotú te mando un saludo de afecto para ti y para todos los tuyos. Mi gran amigo, no sé cuándo llegará a tus manos esta carta. Algunas de las cosas que aquí te escribo quizás no sigan vigentes cuando la leas. Espero que esta correspondencia te llegue pronto. He aquí algunos pormenores de cómo fue mi llegada y el inicio de mi trabajo en el pueblo. A lomo de burro, y después de semanas de viaje, regresé a Isnotú para cumplir la promesa que hice de atender a la pobre gente de este caserío. Allí estaba mi padre esperándome con mis viejas tías, con mis hermanos y sobrinos. ¡Llegó el médico del pueblo! Gritaban los vecinos. De inmediato me di cuenta que una cosa son las lecciones y el estudio de la medicina en un aula de clase y otra es la viva y cruda enfermedad padecida por la gente pobre. Una cosa es el enfermo con su sufrir y su realidad como un todo, y otra cosa es leer sobre enfermedades en un libro. Debo reconocer que tuve un choque, sobre todo por la mentalidad de algunos que atendí porque hay mucha pobreza física, material, mental y de ideas. Es tanta la desnutrición, como la mayor enfermedad, que sus otros pade-

cimientos de salud están como en segundo plano. Pero hay otro choque con ellos, con mis pacientes, y tiene que ver con sus creencias que no me dejan avanzar. Hasta algunos que me recibieron muy felices el día de mi retorno, hoy se incomodan al verme porque no siguen mis indicaciones y prefieren quedar en las manos de sus supersticiones, y algunos tienen más fe en los brujos que en mí, y eso que van a misa. Hay que luchar contra las preocupaciones y las ridiculeces que tienen arraigadas: creen en el daño, en las gallinas y vacas negras, en los remedios que se hacen diciendo palabras misteriosas; en suma, yo nunca imaginé que estuvieran tan atrasados por aquí.

¿Pero qué más puedo hacer si no tengo mucho en mis manos, y aquí en el pueblo no hay nada con que curarlos? No obstante, hago lo mejor de mí, y así les llego a sus casas. Entro a sus hogares donde muchos no tienen ni sillas, menos cama, y allí los examino. Hasta los más viejos los ayudo con su higiene y así los ausculto; primera vez que se lo hacen. Yo les hago biopsia y se sorprenden e incomodan cuando les tomo muestras para los exámenes. Además de atender su salud física, me toca atenderlos en otras inquietudes y se reconfortan cuando también los escucho detenidamente hablando de cómo

viven. También me hablan del conuco, del rancho, de sus animales, y me hablan de sus hijos y parientes, y yo converso con ellos sobre sus condiciones de vida y les explico sobre algunos rudimentos de higiene personal, sanidad y limpieza del hogar. Así como les digo eso, me voy con ellos a ver su conuco, a ver lo que siembran y les doy una nota para que hablen con un fulano que es mi pariente y que les deje vender sus productos en el mercadito del caserío.

A pesar de algunos con sus creencias, la mayoría de las veces siento un gran cariño por mis primeros pacientes. No solo indicaciones médicas, diagnóstico y algunos medicamentos les dejo de forma gratuita. También les dejo dinero, del poco que tengo y pues por nada en el mundo le cobro a una gente tan necesitada. Ellos, los pobres, me necesitan. Que bien me siento siéndoles solidario como doctor y como amigo. Que bien me siento al percatarme de sus miradas de agradecimiento hacia mí.

Sobre ti, puedo decirte que antes de partir me enteré de que el doctor Guillermo Morales te dictará clases en la Cátedra de Cirugía. Quisiera volar, aunque fuera a oír solamente su clase, que la da como ningún catedrático de medicina lo ha hecho. Entiendes mi pesar: siento que me estoy quedando ignorante, que no me entero de nada

ni estoy aprendiendo nada, y no he viajado a Europa, lo que me hace en estos momentos un médico sin Ciencia actualizada. Al menos tú siquiera vas a saber muy bien el microscopio, ya que te va a enseñar el doctor Morales. Así mismo te recomiendo que trateS por cuantos medios estén a tu alcance de captar las simpatías y la amistad del doctor Morales, porque no hay nada que tenga tanto valor. El doctor Morales es un hombre que tiene mucho talento y al cual es muy difícil de engañar por mucho tiempo. No todo el mundo se llama Morales para saber tanto.

Por cierto, mándame un resumen puramente sintomático, y por el estilo de los que Morales lleva a la clase, de las ingurgitaciones e inflamaciones de hígado según Laveran. No es cosa de urgencia, pero quiero tener la historia sintomática diferencial según el proceso tenga lugar en los linfáticos, en las venas o en los conductos biliares.

Busca la manera de que me llegue pronto tu correspondencia a este pueblo. Te seguiré escribiendo para que tomes notas de los avatares de nuestra profesión; aunque también sabrás de mis demás actividades sociales. Ya debes estar por graduarte de bachiller y de doctor.

Muchas semanas después, recibe Santos Aníbal la carta de su amigo. Ya se sentía algo molesto porque parecía que lo había olvidado. Le anuncia

a su padre y a su hermana sobre la llegada de esa correspondencia. En verdad todos en el hogar de los Dominici querían saber del talentoso médico recién graduado.
. Imaginan las condiciones de trabajo que tiene el joven médico. ¡El rector expresa que "¡yo se lo advertí!"
—¿Te das cuenta de lo que me pide? Quiere que lo mantenga informado, que lo mantenga actualizado. Ve la fecha de cuando se escribió esa carta. José Gregorio está aislado allá en los Andes, pero él quiere sentirse como si estuviese en Caracas.
—Pues escríbele. Cumple con él.
—El volverá— dijo Elisa.
—Estás muy segura de eso—Volteó el rector al escuchar la convicción de Elisa.
—Papá, una vez dijiste que ese muchacho iba a tener un destino brillante. Es obvio que no lo va a tener en unas perdidas montañas—Respondió Elisa.
—Habló la intuición femenina—dijo Santos—. Ojalá que regrese pronto porque quizás no me encuentre aquí. Yo también quiero irme, pero para Francia a continuar mis estudios de medicina. Mientras tanto, trataré de ponerlo al día enviándole el boletín médico, pero le llegará con retraso.
—Hijo, por lo que escribe José Gregorio, le tiene un gran aprecio al Doctor Guillermo Mora-

les; aprecio y admiración—Le manifestó el Rector a su hijo.
—Sí, José Gregorio en varias oportunidades me halagó al profesor Morales. Él me contó que también le agradece su solidaridad en cierta oportunidad que se enfermó gravemente.
El doctor Guillermo Morales ha iniciado su clase. Su mirada recorre el salón, como siempre, y se detiene en un asiento vacío, es el de José Gregorio Hernández. Eso le extraña porque este muchacho no pierde sus clases y es puntual. Le pregunta a uno de sus compañeros:
—¿Quién sabe por qué este estudiante no vino hoy?
Alza la mano y se pone de pie uno de los compañeros, y le dice al profesor:
—Tampoco ayer. Se encuentra muy enfermo.
—¿Y de qué está enfermo?
—No lo sabemos. Pero escuchamos decir que tiene mucha fiebre y no sale de su habitación.
Al finalizar la clase, el doctor Morales se reúne con José Manuel de los Ríos y con Antonio José Villegas, otros doctores y docentes, y les comenta sobre la causa de la ausencia de José Gregorio Hernández a las clases. Coincide con ellos en una posibilidad que es alarmante: fiebre tifoidea. No sabe si fue el agua, algún alimento o el contagio con alguien, pero está postrado y con diarrea, y con mucho dolor estomacal. Su

debilidad es extrema y su dolor de cabeza es como si se la abrieran. Tocan la puerta. Él pide que por favor no lo molesten. A pesar de su requerimiento, la puerta de su habitación se abre con el doctor Morales en compañía de los demás profesores. José Gregorio les sonríe y pide disculpa por su inasistencia en las clases. Ellos le dicen que se quede tranquilo, que ahora está en buenas manos. Durante varios días las atenciones de los doctores fueron surtiendo efecto. Lo primero que hicieron los médicos fue ponerlo en cuarentena. Se fue recuperando José Gregorio y no cayó en la gravedad de esa enfermedad. Años después, José Gregorio Hernández arrojará unas muy sentidas lágrimas al enterarse de la pronta muerte de ese médico y profesor.

Unos meses más tarde, le llega a Santos Aníbal otra correspondencia de los Andes. Es en respuesta de la que él envió donde trató de ponerse al día con la información requerida por José Gregorio en su primera misiva. En ella también le hizo comentarios del mundito social de ellos y le hizo alusión de un par de fiestas, y por supuesto de la actividad académica. Esta vez la carta que le envió José Gregorio marca un notable interés por lo social, y especialmente por las muchachas conocidas. Al apreciar primeramente eso, Santos Aníbal decidió leer esa carta en su habitación y

sin la presencia de su padre y de sobre todo de su hermana pues ya se percató del interés de Elisa por José Gregorio, y por eso quizás se incomodaría por las confidencias de faldas. Al final de esa correspondencia, José Gregorio le dice:

¡Oh, dichoso tú, que pisaste por fin la casa de la sin igual Antonia! Trata siempre de hacerte íntimo de allá: esa es gente, y por esa razón puede tratarse. (...) Nada me has vuelto a decir de las niñas Elizondo; supongo que todavía son muy amigas de la casa. Tampoco me has vuelto a dar noticias de Richardini ni de su hermana, descuido mil veces imperdonable puesto que tú sabes toda la importancia que doy a un párrafo en que se trate de estas personas, y que me interesa mucho saber todo lo que tenga relación directa o indirecta con ellas: tú sabes, ése es mi punto débil.

Santos Aníbal sonríe. Piensa en ese su amigo y enamorado solo. Una vez José Gregorio le relató su experiencia en su primera fiesta caraqueña:

Ahí me hallaba, helado y aislado en medio de un bullicio en esa fiesta. Me hallaba deleitándome con todas esas féminas que se pavoneaban con sus disfraces en este carnaval que también es de sonrisas y de miradas pícaras. Santos, sentí que se me agitaba mi interior por la seducción reinante de labios rojos y glamorosos, y bustos muy directos y firmes, y arquitectónicos cuerpos

voluptuosos de las caraqueñas de bien. En verdad me siento arrinconado ante el erótico paganismo de las mujeres bellas que me miraban, me picaban el ojo, y yo me ponía tierno, pero mi timidez me apretaba como todo campúo miedoso, tosco y aterrado por este encuentro con la carne vigorosa que me rodeaba y me hacía fiesta. ¿Qué tiene José Gregorio? Me preguntaban los muchachos. Y yo les respondí: ¡Qué mujeres tan bellas! Son muñecas. Son damas tiernas. Entonces quise huir de la diversión; debía hacerlo o se desmoronarían mis convicciones en ese día ante el roce de cualquier mano seductora. Y me despedí de mis amigos.

Y Santos Aníbal lo imagina como si estuviera frente a él.

Varios meses después, casi al año, Santos Aníbal recibe otra carta de José Gregorio. Es una correspòndencia que describe un evento intenso en la vida de su amigo como médico en su pueblo. Santos Aníbal se adentra en esas letras:

Mi estimado Santos. Debo escribirte sobre esto que me pasó hace días. Mi compromiso con mi profesión y mi amor por los pacientes se encuentran reflejados en esta anécdota. Llegué extenuado a mi hogar, como a las 6 de la tarde. Ya había una oscuridad que pretendía abarcar todo el cielo porque anunciaba tormenta. Tocan a la puerta.

Era una joven con el cabello mojado y con ojos angustiados y suplicantes…

—¡Doctor! Me enviaron a buscarlo. Es urgente. Mi papá se siente muy mal; está muy mal. Estamos todos preocupados. ¡Vaya a mi casa! Por favor doctor.

José Gregorio mira hacia el cielo; la tormenta está cerca. Se le olvida el cansancio. Un enfermo pide auxilio. Para eso está él, para sanarlo. No le importa la tormenta que se avecina.

—Yo voy. Prepararé algunas cosas que tienen que ver con el caso de tu papá. También voy a ensillar.

—No me moveré de aquí sin usted doctor. ¡Oh Dios mío! Se lo agradeceremos siempre.

José Gregorio revisa el caballo. Un trueno horrible impacta en los oídos. Caen las centellas y el corcel se pone nervioso. Sabe que la casa del enfermo no está cerca; le tocará horas en plena tormenta llegar hasta allá. Otro trueno revienta mientras los resplandores del cielo acompañan la lluvia que se inicia cuando aparece ante él una figura oscura, y ni con los resplandores de la centella se le quita esa negrura que es todo él, y José Gregorio voltea el rostro para otro lado para no ver esa imagen que tiene años persiguiéndole o no entiende por qué se lo imagina; y al voltear ya no está aquello con el viento susurrante y horrendo de la tormenta que se im-

pone con todo su coraje, pero José Gregorio no dará marcha atrás ante un enfermo que exige su presencia, y sí tiene miedo porque se adentrará en una tormenta andina de vientos, aguacero, oscuridad y fantasmas, pero el deber lo llama con la lluvia que no es vertical, sino horizontal e hiriéndole los ojos y la cara, y el frío que agobia cuando remontan una cuesta de un cerro que se hace barro todo y el cielo se cae en aguas que se le mete en los ojos, y el relámpago termina de cegarlo cuando los caballos se encabritan nerviosos con los resplandores y la lluvia que aúlla al caer una centella y se caen los jinetes, y es que José Gregorio Hernández siente el resplandor que lo ciega y lo nubla, y se le mete el barro en la cara y en la boca, y el lodo quiere abrazarlo para que no se levante cuando los goterones de lluvia horadan su cara y en su pecho el corazón a mil, pero la muchacha que lo fue a buscar lo rescata del suelo, y José Gregorio se levanta y gracias a Dios que los caballos no corrieron. De repente, con el resplandor del relámpago, ve junto a un árbol la figura que lo atormenta, pero ella desaparece rápido. José Gregorio corre hacia el caballo y lo monta para seguir el viaje.

Llegaron en la madrugada, todavía a tiempo para atender al enfermo.

Termina la carta de José Gregorio con este párrafo:

He visto muchas descripciones de tempestades, y todas me parecen débiles ante aquella realidad; es cierto que las que he visto descritas por autores buenos nunca han tenido lugar en los Andes, donde todo tiene lugar en grande.

XVI: DE NUEVO HACIA OTROS HORIZONTES

José Gregorio y don Benigno conversan en la botica acompañados del café bien de mañana. Desde hace días debió realizarse esta conversación, pero José Gregorio retrasó el diálogo hasta que por fin toma una determinación porque la realidad se impone.

—Así es papá. Estoy desde antes de navidad aquí, y es verdad que hago falta en el pueblo, pero le hice oídos a algunas personas que quisieran verme en otros lugares. Hasta tengo intención de pasar por Valera y llegar hasta Mérida. No me quedaré por allá. Regresare aquí para continuar mi labor.

—Comprendo. Además, debes ganar algo de dinero. En este caserío, muy pocos pagan tu servicio, y tú no quieres cobrarles. Será bien que llegues hasta Mérida. Ya pasamos esta navidad juntos, lamentablemente sin tu mamá, pero aquí la pasastes bien con tus hermanos y conmigo. Te voy a preparar un buen baqueano. Te irás con tu cuñado Arístides. El viaje será difícil, pero bello.

—Todo indica que pasaré año nuevo en Mérida. Voy a ver si instalo un consultorio en San Juan de Colón. Pero primero voy a probar suerte en Valera; y, si tengo que llegar hasta Mérida, lo haré.

—¿Prefieres quedarte ahí?
—Un tiempo, papá.
—Yo sé cuál es tu peor incomodidad.
—No te puedo mentir. Sé que hay gente aquí que desde que llegué andan inquietos, y sin fundamento porque lo mío es la medicina, no la política.
—Yo te entiendo mijo. Te están observando porque eres hijo mío, y a mí me consideran godo, que no soy afín a los caudillitos liberares de esta región. El hecho de que seamos una familia muy religiosa, y dicen que acomodada, nos ubican como godos.
—Eso es absurdo papá. Nosotros no somos oligarcas. Es que mi sola presencia les incomoda. Temen que mi influencia como médico les afecte su control político del pueblo.
—Por todo esto, es mejor ser prudente. En estos lados de Venezuela hay más tranquilidad política; pero, cuando toca las peleas y las persecuciones, también es duro por aquí. Desde hace años que los federales me tienen a mí como godo desde los tiempos de la lucha entre el federal Venancio Pulgar, el que quería independizar al Zulia, y Juan Bautista Araujo, el "león de la cordillera", y pues nunca oculté mi apoyo a este último, y pues ahora piensan que con tu nueva posición de médico seas un desestabilizador.
—Lo lamentable de este caudillaje es que no les importa el pueblo, no les importa los pobres. Tú

te viniste a este pueblo de Trujillo porque te persiguieron en Barinas también.
—Si, hijo mío. Ahora tu heredasteis mi etiqueta de godo, y así te identifican como enemigo del gobierno, aunque no estés haciendo armas contra ellos. Como estás diciendo, en Barinas un guerrillero liberal vivía amezándome, y tuve que venirme para acá con tu mamá. Y no se hable más. Adelanto el viaje para mañana con Arístides.
—Pero ¿por qué tan pronto papá, tan de repente?
—Porque hay también rumores de que en casa del gobernador se discutió tu expulsión del territorio. Te quieren sacar de Isnotú.
—No, papá. No te temen a ti por ser godo o a mí por ser hijo de godo, sino que le temen a la inteligencia. Temen mi preparación, mis conocimientos. Temen que llegue la luz del saber a estos pueblos y que eso acorrale a la ignorancia y a la superstición porque gracias a esas oscuridades obtienen su poder.
José Gregorio y Arístides comienzan su viaje. Ex compañeros de clase lo esperan en Valera, y para ese reencuentro organizan un baile donde el centro de atención es el mismo José quien, a pesar de su cansancio, accede a divertirse con sus amigos, ya que el baile es su
pasión y a ella se entrega toda la noche. La fiesta es en casa de la familia Salinas donde se concen-

tran los agasajos hacia su persona. Los amigos de José Gregorio hacen una rueda y la música no se detiene. Las muchachas van y vienen, y no le dan la talla a José Gregorio que es un diestro bailarín, que saca pasos, giros y movimientos de cualquier ritmo. Uno de los amigos de Valera, Eduardo Dagnino, le dice a su novia que le diga a su prima, María Rehuí, que "ahí está la pareja que puede equiparársele". "Dile que baile con José Gregorio para deleitarnos a todos en la fiesta". La novia de Eduardo se entusiasma con la idea y se dirige a donde está su prima que es también el centro de atención de los galanes de la noche, y le hace el comentario muy cerca, en su oído. María abre más sus ojos y accede gustosa. Ambas damas llegan a donde está José Gregorio y le presentan a María. José Gregorio besa su mano con galantería y es la propia María quien lo invita a bailar.

Los presentes abren más la pista de baile pues esta María tiene fama de ser la mejor bailarina de Valera. Los bailarines comienzan con un vals y de ahí a otros ritmos demostrándoles sus habilidades a los presentes. La hora pasa, y José y María no les dan descanso a sus pies, hasta que por fin se detienen. Los bailarines se retiran del salón en búsqueda de los amigos. Pero María quiere tomar un poco de aire:

—Me dijeron que usted en Caracas fue el más brillante estudiante de medicina, pero no me dijeron que también era diestro en el baile.
—Y ya me habían dicho que usted quería bailar conmigo. Espero que me haya portado a la altura de su habilidad.
—Sí, se portó muy bien.
La joven sonríe y sus ojos verdes se detienen en los ojos de José Gregorio. Ella está encantada con este joven médico de rostro ovalado y suaves manos, y siente un agite en su corazón con este médico que apenas conoce.
—¿La siento nerviosa?
—No es difícil sentir nervios con usted. Escuché comentarios de que también es un hombre muy espiritual.
—Tan espiritual que puedo disfrutar con suma honestidad y respeto de la compañía de personas como usted que son el paraíso edénico.
—¿Usted lo dice por lo de la tentación de la manzana?
— Pues claro.
Ambos sueltan una contagiante carcajada.
—Señorita, vamos a buscar a los muchachos.
—Estoy de acuerdo. Ojalá nos volvamos a ver.
—Es que tenemos que encontrarnos para otra sesión de baile.
José Gregorio besa su mano. Todavía con la risa de la manzana de Adán, se encaminan en búsque-

da de las amistadas. María, en su pensamiento, siente entusiasmo y anhela volverlo a ver. Todo es en ese muchacho de una suavidad que le encantó. ¡Ojalá vuelva a verlo! Piensa.

Hasta que llegó el amanecer y se despiden de un José Gregorio que intentará descansar algo porque en pocas horas deberá levantarse. Por su parte sus amigos de Valera creen que él se entusiasmará con esta velada y se quedará en el pueblo; uno de sus compañeros de estudio, Rodolfo Pérez, va a buscarlo temprano para que conozcan algunas personas de la localidad. Durante el recorrido va desarrollándose en José un desagrado: no le está gustando Valera; este pueblo choca con su sensibilidad porque lo ve vulgar. Además, es caluroso, bochornosamente caluroso. No lo siente atractivo para su trabajo porque predomina lo grotesco, los bares, las putas, los borrachos y por todos lados deambula gente desagradable, y se pregunta a donde se fueron las personas bonitas que lo recibieron cuando entró a Valera, y donde están las bellas damas que bailaron con él. La mañana vino a arrancar la máscara de la noche anterior para que él se percatara de que el pueblo no es de su gusto.

Salen de Valera rumbo al páramo merideño. Es un viaje accidentado y también arriesgado por el camino de recuas para subir hacia algunos caseríos y con el frío que les calará los huesos. Des-

de esa zona, traspasan la frontera entre Trujillo y Mérida y suben por Timotes para adentrarse en un páramo de espesa neblina, y durante un prolongado trayecto sólo han encontrado uno que otro indígena timote que se les queda mirando a esos dos jóvenes que van temblando sobre sus mulas, y ellos siguen su andanza por Cachopo y se dirigen al pico de El águila y bajan en Apartaderos.

—¿Por aquí pasó el Libertador, doctor?

—¡Ah! ¿Pero estamos hablando que fue durante la campaña para liberar a Nueva Granada?

—No. Por aquí pasó exactamente cuando venía de Nueva Granada en el año de 1813, en eso que se denominó Campaña Admirable. Al llegar a Mucuchíes, le regalarían un perro y le pondría el nombre de "Nevado".

—Leí sobre eso. Precisamente era un perro de raza mucuchíes. Se hizo soldado también y murió combatiendo en la batalla de Carabobo.

—Y tenía hasta un edecán. Bolívar designó a un indio para que lo cuidara. Murió también con él en Carabobo.

—¿Nos falta mucho, Arístides? Este frío es insoportable. Me estoy congelando.

—Después de Mucuchíes nos toca pasar por Mucurubá y después Cacute y Tabay para llegar por fin a Mérida.

—Creo que no podré resistir. Mi sangre es hielo.
—Doctor, falta poco para llegar al caserío. Resista.
—No soy fuerte para esto. No soy un hombre fuerte. El que estudió para salvar vidas, ,ahora está aquí en este páramo a punto de perder la suya porque se la está comiendo el frío.
Los dos jóvenes se detienen un instante a descansar y para arroparse un poco más porque el frío no los está dejando avanzar lo suficiente. José Gregorio observa que su compañero decidió echar un sueño. Él se pone de pie y camina un rato hacia la orilla de un precipicio, y lo que ve hacia el horizonte captura sus sentidos y su interior. La brisa del páramo lo toca y acaricia su rostro, su pecho y sus extremidades. Así como la brisa lo toma y lo abrasa como un hermano, así también lo aprisiona con suavidad en un silencio que lo embarga todo, el viento y el silencio acompaña un instante donde José Gregorio Hernández tiene un encuentro con algo esencial, poderosamente esencial, y levanta la cara y cierra los ojos y extiende los brazos en cruz. Es en ese páramo donde siente de manera más avasallante la presencia de una divinidad que será para él su compañera, su aliada, y significará estar a las órdenes de eso que en ese momento se le acercó para poseerlo. El horizonte se derrite y el pico de la montaña gira y gira, y todo le da vueltas. De re-

pente, se desmaya. Parece que fue un sueño, que estaba dormido, pero él no cree.

Los dos jóvenes tienen problemas para respirar y son afectados por la náusea; sobre todo José Gregorio que se echa al suelo.

—Creo que tengo disnea, Arístides.

—¿Qué disnea? Doctor, eso se llama mal de páramo. Descanse ahí.

—Arístides, no puedo más con este frío.

Al otro día, casi congelados, llegan a Chachopo. Son atendidos por los residentes al llegar a las primeras chozas. No pueden bañarse porque el agua está congelada. Intentan recuperarse con un guarapo caliente. José Gregorio tiene el primer golpe de comprensión de que no es una persona fuerte para asumir este tipo de jornadas de resistencia física. A pesar de haber nacido y vivido en la montaña, su organismo no está preparado para la rudeza del clima, para los extenuantes trabajos físicos, para las duras pruebas.

Llegan a Mérida un 26 de diciembre para encontrarse con un amigo de Escuque, José Ignacio Lara, quien los lleva a hospedarse en su hacienda llamada "La Isla".

—José Gregorio, ésta es mi esposa, María de la Paz Ruiz.

—Es un honor señora María. Éste es mi baqueano y cuñado, Arístides.

Intercambian apretones de mano, y la señora María los invita a un saloncito donde les espera un reconfortante almuerzo merideño.

— Desde que tu padre me escribió, esperaba tu llegada. Pero me dijo que estarás pocos días aquí en Mérida.

—Sí. Voy a tratar de abrir un consultorio en San Juan de Colón. Por cierto que también estoy al tanto de tu labor como profesor en esta universidad. ¡Caramba, te felicito! Y también estoy al tanto de tu labor periodística con *La Regeneración*.

—Igualmente estamos editando un semanario: *Los Andes*. Tomen asiento por favor. Prueben ese pan aliñado. María les preparó una sopa de piña y completarán con un lomo al ron. Sé que están extenuados y hambrientos.

—Gracias. ¿Sigues en eso de la etnografía como le escribistes a mi papá hace tiempo?

—Publiqué un trabajo cuyo nombre es Etnografía del Estado Mérida. Más tarde vamos a revisarlo. Te confieso que no tiene mucha documentación, pero sí información de entrevistas a indígenas de la región.

—¿Visitastes las tribus?

—Así es. En el trabajo recopilamos información de los cultivos, de sus instrumentos musicales, de su manera de enterrar a los muertos.

—¿Y sus dialectos, sus lenguas?

—Encontramos lo correspondiente a la familia linguística chibcha: el timote, el mucuchí. Sabes que también hago una descripción de sus prácticas chamánicas.

José Gregorio asienta con la cabeza. Piensa sobre ese tema del chamanismo.

—José, después que terminemos de comer, revisaremos eso también. Sé que te llama la atención por lo muy religioso que eres.

— Es interesante. ¿El Chamán qué es con precisión?

—El Chamán es un "intermediario".

—¿Es un intermediario de quién, de qué?

—Es un intermediario de los mandatos de las montañas.

"¿Entonces no era Dios, sino la montaña?" Se ríe y piensa José Gregorio al recordar esa experiencia que tomó su interior en aquel páramo.

Los comensales se levantan de la mesa, y José Gregorio y José Ignacio se distancian de Arístides y de la señora María para revisar el tema del chamanismo que avivó el interés del joven médico. En el trabajo encuentran un relato que es leído por el etnógrafo, y esa lectura invita a José Gregorio a que haga otro de sus viajes imaginativos. Este es el indio José que está visitando los conucos. Los demás indios esperan su visita para reverenciarlo. Unos indios le ofrecen regalos de la tierra, le ofrecen bebidas y alimentos, le ofrecen

collares al indio José. El acepta todos los regalos y a todos les sonríe, pero una india lo agarra de la mano y se lo lleva a su choza familiar. Y la india le pide de rodillas que cure a su madre enferma que está presa de terribles dolores, y el indio entra en la habitación de la india con su cuchillo y manda a cerrar la choza, y todos afuera esperando que el indio abriera a la mujer, y nadie escucha los gritos, y la india quedó en silencio, ya no se lamenta. Todos ahí están conscientes de que el indio José le abrirá el estómago para sacarle el mal que tiene por dentro. Sale el indio y les enseña a los presentes un sapo; eso es lo que la vieja india tenía en su estómago, y ahora ella está descansando. Se llegaron hasta él y lo alaban.

En otra oportunidad, coloca en la mano de un enfermo una mezcla de maíz blanco y de otros colores con conchas de mar, y le pide a ese enfermo que sople esa mano, y así hace un sacrificio a las Wakas, y el indio dice ciertas palabras donde le manda a ese enfermo que le dé de comer a sus difuntos, si es posible esta noche, y que lo haga llevándole comida a sus sepulcros, y todo eso porque la enfermedad de ese paciente es consecuencia de que sus muertos están pasando hambre en el más allá y él debe cumplirles llevándoles comida, y así ese enfermo se va a curar en poco tiempo.

XVII: EL TIEMPO QUE YA SE FUE

José Ignacio, José Gregorio y Arístides recorren una Mérida llena de pobreza hasta llegar al lugar donde funciona la universidad, que también se encuentra en penurias con una facultad de Ciencias políticas y de Ciencias eclesiásticas, y le llama la atención a José Gregorio que en una sola facultad están Filosofía y Ciencias Médicas.

—Como ves, la Universidad no ha cerrado porque los que estamos aquí impartiendo clases sin cobrar.

—Mucho aguanta la academia. Esta universidad, a pesar de lo que veo, mantiene su prestigio.

—¿Qué te parece la gente con la que nos hemos topado?

—Me llama la atención de que visten de manera sencilla y a su vez se nota la elegancia. Tienen buenos modales. Y también me llama la atención ese hablar pausado y que usan muy bien el castellano, hablan pulido. Hasta ahora, ¡qué educados son los que me has presentado! ¿Esa es una plaza?

—Jajaja. ¿Te sorprende que estén pastando unas vacas en la Universidad? Vente, vamos a visitar al Rector que es tu paisano de Trujillo, el Doctor Caracciolo Parra y Olmedo.

—Para mí será un honor.

—Este flaco que se aproxima es amigo mío. José Gregorio, este es un amigo que está a punto de

graduarse de médico, y es escritor e historiador: Tulio Febres Cordero.

—Mucho gusto, José Gregorio Hernández, médico.

—Bienvenido a Mérida y a su universidad.

Al día siguiente, José Gregorio va a misa, y después junto con José Ignacio visitan al rector de la Universidad de los Andes, y de ahí es llevado a otras casas bien distintas de sus primeras imágenes de una Mérida abandonada pues son de la aristocracia donde visita a familias de alcurnia que están agradadas de conocer a este simpático médico recién graduado que viene de Caracas a pasar las últimas horas antes de fin de año, porque le toca pasar el año viejo y recibir el año nuevo fuera de su hogar y en un lugar como Mérida donde sin embargo hace amistades agradables, cordiales, de respeto, de apellidos y de cultura con quien se siente muy bien José Gregorio.

En el despacho del Presidente del Gran Estado los Andes, Dr. Rangel Garbiras, están de brindis mientras un secretario prepara las invitaciones para la fiesta de fin de año que se realizará en el Palacio de Gobierno. Hay alegría en ese lugar ante la perspectiva de poder liquidar al Liberalismo amarillo en la región, y los conservadores rangelistas avanzan hasta en Caracas. "Y los andinos al poder" y los "Andes toman Caracas" como exclamaciones que

se escuchan mientras chocan las copas.
—Doctor, ¿quiere incorporar a otros invitados a la fiesta de gala de fin de año?— Preguntó el secretario.
El Doctor Garbiras escucha muy de cerca en el oído una sugerencia que le hace uno de los presentes.
—Ok. Además de invitar a los esposos Lara, de visita en su casa se encuentra un joven que viene de Trujillo, un médico de nombre José Gregorio Hernández, un muchacho distinguido, de prestigio como universitario y que se ha ganado los comentarios positivos de la gente de renombre en Mérida. Además, su familia es de raigambre conservadora. Invítelo, quiero conocer a mi colega graduado en Caracas. ¿En qué quedamos señores?
Una buena tarde le entregan a José Gregorio un sobre que contiene una invitación con muy refinada caligrafía. José Ignacio lo observa sonriente. "El presidente del Estado Mérida y los miembros de su gobernación tienen el agrado de invitarle al baile de gala de fin de año que tendrá lugar esta noche a partir de las 8 en los salones del Palacio de Gobierno".
José Gregorio no esperaba esa invitación del mundo político, y tanto que le desagradan la política y los políticos, y aquí es invitado por un caudillo conservador, de la corriente política con que lo etiquetan injustamente. José Gregorio prepara

su vestimenta y él mismo plancha lo más galante que trae en su equipaje, que es un traje azul, camisa blanca y una corbata negra. En esa noche del 31 de diciembre, José Gregorio conversa mucho con el Dr.Garbiras, sobre todo de temas de la ciencia médica, pero no sólo fue charla porque su pretensión es bailar, recibir el año nuevo en la pista de baile. Está disfrutando de la velada con gente tan distinguida, pero hay un instante que José Gregorio se aparta del bullicio mientras los presentes están expectante en los últimos minutos del año.

Sobre ese momento de la noche, le escribirá a su amigo Santos Aníbal Dominici lo siguiente:

Estuvo muy bueno el baile, y yo me divertía viendo la gente de por acá, tan sumamente distinta en modales, educación, modas etc., de la de por allá. Cuando sonó el primer segundo del año yo estaba solo en un mecedor en uno de los salones, y, como de costumbre, mi pensamiento se convirtió en oración en ese momento… y pasaron rápidamente por mi imaginación todos los sucesos que me habían agitado durante esa época feliz; y si no hubiera sido que unos jóvenes vinieron a saludarme, habría con gusto pasado el resto de la noche en esa revista dulce y juntamente triste del tiempo que ya se fue.

Ya iniciando el año de 1889, José Gregorio conti-

núa su viaje sin Arístides que llegó hasta Mérida. Le tocó continuar solo el recorrido, y llega a Ejido, sube hasta Santa Cruz de Mora y cruza el páramo de la Negra. En la Grita pasa un par de días hospedándose en el Colegio Sagrado Corazón de Jesús donde entrega una correspondencia de sus amistades merideñas al director de esa institución, Mons. Jesús Manuel Jáuregui Moreno. Pasa unos momentos en ese recinto tocando el piano y conversando con el monseñor lo concerniente al Colegio.

—José, en este plantel me ha permitido el Congreso Nacional leer el trienio de filosofía y otorgar el grado de bachiller.

— Eso le ha facilitado un enorme prestigio en todos los andes. Filosofía, religión, ciencia y todas las demás formas del conocer y del comprender. Para ser un colegio religioso, va más allá de los parámetros de la fe.

—Antes, Monseñor Zerpa me había otorgado el permiso para que los alumnos que quisieran ser sacerdotes vinieran a recibir clases de Teología con sotana.

—Estoy al tanto de que estuvo en Roma.

—Sí. Ahí conocí a su santidad el Papa León XIII. Estuve también en Turín, y de allí me traje conocimientos de la organización y metodología de enseñanza salesiana.

—Pasare unos días aquí antes de irme a San Juan de Colón donde pretendo poner un consultorio, pero

quisiera ver su trabajo.
—Me parece excelente, y yo quisiera que también me atiendas unos enfermos.
—Será un placer para mí, Monseñor.
José Gregorio siente la presencia detrás de él. Desde que llegó a San Juan de Colón se ha percatado de algunas miradas y de ciertos personajes que leen la prensa y después lo siguen. Con la colaboración de algunos amigos logra abrir su consultorio; no obstante, igual que en Isnotu, las autoridades políticas de la localidad lo miran con suspicacia, y su presencia les incomoda porque tienen información de su supuesta vinculación con los godos. Esas sospechas aumentaros cuando las autoridades de la localidad se enteran de que el año nuevo lo recibió con el doctor Garbiras, y es que el caciquismo que gobierna en San Juan de Colón es de filiación liberal. En la medida de que pasan los días, disminuye la presencia de pacientes en su consultorio y José Gregorio ahora sí está convencido de que lo siguen, de que lo espían y de que lo hostigan.
Una bella anciana lo ve sentado en la plaza del pueblo y se dirige a él.
—Doctor, ¿cómo está?
—Doña Amelia, siéntese. ¿Cómo sigue del dolor?
—Gracias a usted he mejorado. Pero no vine para

eso. Estoy aquí para decirle que se vaya de San Juan de Colón. Aquí hay gente que no lo quiere y que no lo van a dejar en paz.
¡Váyase! ¿Corre peligro!
La anciana le besa sus manos y sigue su camino.
José Gregorio mira hacia todas partes. Recoge su maletín y dobla su periódico; todo lo hace con parsimonia. Abandona la plaza con paso lento y firme. No mira para atrás, pero está seguro de que lo están siguiendo. Llega hasta la residencia donde está hospedado. Revisa sus maletas. Todavía tiene dinero. Toma una decisión: se regresará a Isnotú así tenga que desandar el largo trayecto que recorrió para llegar hasta San Luis de Colón. No se quedará un día más en este lugar con ese acoso, con esa vigilancia, y ahora que sabe que corre peligro; aunque la señora Amelia no le dio más detalle sobre eso. Pasará por Mérida y allí buscará a Arístides. No siente que ha fracasado. Hizo un intento de hacer la medicina en San Luis, pero no piensa seguir expuesto a las amenazas.
Días después, José Gregorio Hernández sorprende a su padre con su regreso. Ahí mismito llegan los pacientes, pero también le avisan al prefecto de que el "doctorcito" regresó, y en Isnotú también llegaron las noticias de que estuvo con el doctor Garbiras y con Monseñor Jáuregui; es decir, con la crema y nata de la godarría andina.

Para los jefes parroquiales liberales ya no hay dudas, el doctor es peligroso. Los días que pasa José Gregorio en el pueblo es mirado con aprecio y respeto por la gente de Isnotú porque su imagen del médico es de rectitud y admiración, y eso incomoda a algunos. Hasta que un día José Gregorio recibe a su propio padre en su consultorio con una mirada pesada.

—¿Qué te pasa papá?

—Fueron a la botica a avisarme de que debes tener cuidado porque posiblemente hoy el prefecto del pueblo dé la orden para apresarte y expulsarte de aquí.

—No le vamos a dar ese lujo.

En la misma noche de sus preparativos para salir de Isnotu, le escribe a su amigo Santos Aníbal, pero el último párrafo lo redacta en alemán por temor a que la correspondencia caiga en manos de las autoridades liberales:

…En el gobierno de aquí se me ha marcado como godo y se está discutiendo mi expulsión del Estado, o más bien si me envían preso a Caraca. Yo pensaba escribirle a tu papá para que me aconsejara en qué lugar de Oriente podré situarme, porque es indudable que lo que quieren conmigo es que me vaya de aquí. Si me echan de aquí, ¿A dónde voy? Esta es mi duda; como tú comprenderás sin que yo haya dado lugar a

nada porque sólo me preocupan mis libros. Si me apura la cosa me iré a Caracas y allí decidiremos el remedio.

XVIII: FÁBRICA DE SANTOS

El cardenal Joseph Ratzinger está terminando una conversación telefónica. En el salón donde se realiza la llamada está una foto de tamaño mediano donde aparece él en cordial abrazo con su santidad Juan Pablo II. Dicho abrazo es entre compañeros de cuadra y entre dos amigos que comparten mentalidades, afectos y sentimientos; son "almas gemelas" como ya se dice en los pasillos del Vaticano. Termina la conversación telefónica; quizás el que estaba al otro lado del auricular era el otro personaje de la foto. También hace apenas unos minutos acaba de finalizar su discurso en el pueblo hermoso de Seregeno con su Centro Cultural católico; Ratzinger tenía ganas de visitarlo desde hace tiempo. Al lado de la habitación donde se encuentra, lo espera la prensa; él había interrumpido una sesión de preguntas precisamente para recibir esa llamada que significaba un tremendo compromiso: la redacción de un nuevo Catecismo de la Iglesia Católica; en verdad se siente satisfecho por este tipo de trabajo que se le ha encomendado. Su asistente lo viene a buscar.

—¿Qué más falta? —Preguntó el Cardenal.

—Faltan dos que insisten en preguntarle sobre su rol de prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe—Contestó el asistente.
—Que bien. En verdad no quería repetir lo que yo manifesté en la Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la atención pastoral de las personas homosexuales, y no hace falta que diga en público que rechazo el reconocimiento legal de las uniones entre personas de ese tipo. Por ahora, no quiero hablar más sobre eso.
Y frente a él, los periodistas.
Al día siguiente, el arzobispo Crisan llega a la Congregación. Es temprano en ese edificio, y eso le permite no saludar a nadie y llegar inmediatamente al despacho del cardenal Palazzini. Al entrar, encuentra al prelado hojeando un monumental libro con una lupa.
—Lo noté algo incómodo en esa llamada que me hizo—dijo el Cardenal.
—Su eminencia, es por esto—dijo así el arzobispo Crisan y le enseñó unos titulares de alguna prensa italiana y unos comentarios aparecidos en el "The New York Times".
—¿Ratzinger? No entiendo.
—Esa rueda de prensa fue grabada. Estudiemos lo que dice él de manera directa.
El arzobispo saca un cassett de Betamax y lo pone a funcionar. En su procedimiento, ubica la

parte que les interesa revisar sobre las declaraciones del cardenal Ratzinger. La imagen y el sonido son suficientemente nítidas.

—¿Cardenal, piensa que la Iglesia está creando demasiados santos?—Preguntó un periodista.

—Admito que santos y también beatos vienen en aumento desde hace una década.

—¿Y eso es correcto para el catolicismo, su eminencia?—Preguntó otro periodista.

—Le seré franco: sobre todo el incremento de los beatos significa algo para cierto grupo de gente, pero también no significa gran cosa para la inmensa mayoría de los creyentes. De tal manera que deben establecerse precisas prioridades en esos procesos, tanto de canonización como de beatificación, para apuntalar a aquellos personajes cuyas vidas transmitan un mensaje más universal y más importante para el catolicismo global. Por ejemplo, los casos de Edith Stein y de Niels Stensen que presentan un mensaje para estos tiempos modernos.

El cardenal Palazzini detiene el video. Mira detenidamente al arzobispo Crisan. Hojea uno de los periódicos y ve como titular el apodo que en los últimos tiempos le han impuesto a la Congregación: "fábrica de Santos". Se inclina para leer un comentario de un periodista que interpreta en Ratzinger una crítica dirigida hacia esa postura

del Papa Juan Pablo II de aumentar el santoral del catolicismo. Ya la prensa italiana concibe que eso son grietas, fracturas y conspiraciones en la alta cúpula del Vaticano.
—¿Por qué esto ahora? —Preguntó el cardenal Palazinni.
—La misma pregunta me hago.—Le respondió el arzobispo Crisan.
—Ratzinger lleva algunos años como prefecto.
Si considera deficiente el sistema,
¿por qué no nos comunicó sus críticas?
—También creo su eminencia que el cardenal Ratzinger adopta una perspectiva netamente europea. Si es que de universalismo se trata, ahí se contradice pues Stein y Stensen son del norte de este continente—Complementó el arzobispo.
—¿Quién es el Cardenal Ratzinger para manifestar que esos sí son personajes universales y otros no? Además, si sólo escogiéramos a los "universales", como él dice, pues quién quedaría. Entonces mejor cerramos las puertas de esta congregación y nos vamos todos
a nuestras casas, y que sea un puñado de cardenales quienes tomen la decisión sobre la santidad.
—¿Le damos una respuesta a esto?
— Da una respuesta breve y prudente, y avísale al resto de la Congregación de que nadie discuta en la prensa con Ratzinger. Ejecutaremos otros procedimientos.

Una semana después, el cardenal Ratzinger lee algunos comentarios sobre sus palabras en la conferencia de prensa que un columnista realiza en un periódico de mucha lectura en Roma. El contenido de la columna es valorado por Ratzinger como especulaciones e interpreta que esta nota no es espontánea; alguien del Vaticano la pagó y la direccionó. Le dice a su asistente que contacte a ese periódico pues quiere aclarar su pronunciamiento sobre las canonizaciones y beatificaciones. Un periodista es recibido en el despacho del Cardenal. Después de una breve antesala de preguntas, el periodista va al grano.

—¿Cardenal, pareciera que se ha generado un ruido sobre sus opiniones referidas a los procesos de canonización y beatificación en estos tiempos de su santidad el Papa Juan Pablo II?

—En realidad, lo que dije fue que se trata de una complejidad que se debe resolver.

—¿Cardenal, aquella opinión fue un cuestionamiento al incremento de la cantidad de santos y beatos?

—Escuche, esa declaración, que realmente era muy cautelosa, supone que toda canonización es ya de por sí inevitablemente una decisión en favor de unos ciertos criterios de selección. Como dije, hay muchos más santos de los que es posible canonizar. La apertura de un proceso de canonización indica ya una elección entre un núme-

ro muy elevado de candidatos potenciales. Esa elección está vinculada a ciertas circunstancias fortuitas: una orden religiosa, por ejemplo, será capaz de reunir los testimonios sobre la santidad de un individuo y de seguir los procedimientos de canonización con más facilidad que alguien que ignora el proceso, los amigos de un padre o una madre de familia.

—¿Usted cuestiona los criterios de selección que le está permitiendo al Papa Juan Pablo II anunciar toda esa cantidad de santos y beatos?

—Digo que es legítimo preguntar si los criterios vigentes hasta ahora no debieran completarse hoy con unas nuevas prioridades, encaminadas a colocar ante los ojos de la cristiandad a aquellos personajes que, más que nadie, hacen visible a la Santa Iglesia en medio de tantas dudas acerca de su santidad.

—¿Cuáles son esas prioridades?

— Bueno, creo que está bien por hoy.

El cardenal se levanta y da por terminada la entrevista, y posa para la foto. No responde a la última pregunta pues se retira hacia su despacho. Se siente ahora relajado; dijo lo que se tenía que decir. Ya solo en su despacho, quiere hacer una llamada, pero se detiene y prefiere no realizarla. Ve el piano cercano al ventanal por donde entra un viento fresco que levanta la cortina. Se sienta ante él y hojea algo de Mozart.

XIX: COMO CAMBIA UNA VIDA.

José Gregorio Hernández está de vuelta en Caracas. No sabe si regresará a Isnotu, aunque vislumbra alguna posibilidad. Se encuentra con sus amistades y en pocas horas está visitando a los Dominicci. Se da un abrazo fraternal con el rector y con su amigo Santos. José Gregorio se entera que Elisa está de viaje en el exterior y todo indica que se quedará en el extranjero. La conversación con su amigo Santos es larga y con lujo de detalles de lo que encontró en Isnotu y en sus viajes con el propósito frustrado de montar su consultorio. Los dos coinciden en que es conveniente pasar una larga temporada fuera de su pueblo hasta que las cosas se calmen y se disipen las inquietudes de los caciques políticos de la zona andina. Pero José Gregorio se cree más útil como médico fuera de Caracas; sabe que más allá de la capital de Venezuela el médico es una rareza.

—¿Qué tal si te vas a Carúpano? Es un pueblo con actividad comercial y tiene hasta su teatro, su imprenta y hasta una importante cofradía masónica.

—Me parece bien. Quiero conocer esa parte de Venezuela para probar los suculentos platos de pescado. Sobre todo, los sancochos.

—Hablaré con papá para que te haga unas cartas de recomendación y una correspondencia para nuestros familiares allá. Salgamos a averiguar lo del viaje en barco.

José Gregorio no lo pensó dos veces para aceptar la propuesta de ese viaje. Él asume trabajar donde lo necesiten como médico, y especialmente en los rincones más pobres de Venezuela. Y una noche de abril de 1889, José Gregorio Hernández es el tripulante más asustado de un barco sometido por una terrible tormenta nocturna en su rumbo hacia el puerto de Carúpano. Para un andino como él, es tan impresionante estar en una embarcación rodeada de un inmenso oleaje que parecía las manos de agua de un coloso que quiere apresar al frágil barquito en un infierno de centella y trueno sobre una embarcación que sube y baja y se va de lado, y es que no se puede marear, ni puede vomitar porque el terror al abismo marino le tranca la respiración, y se pone de rodillas a orar ante el horrible trueno acompañado de un viento huracanado que crispa más las olas, y trata de escapar de este miedo espantoso con la fe, y es el instante que una centella cae cerca y lo ilumina con un horror que se pinta en su cara y escucha el griterío de los demás tripulantes de la embarcación que hace aguas, y así una inmensa ola cubre el cielo y José Gregorio siente la montaña marina

caerle encima. Manoteando con terrible desespero, pide auxilio que se ahoga, se hunde, y todo se oscurece y se llena de agua salada, hasta que una mano lo jala hacia arriba y agarra con fuerza el cuello de su camisa, y es un marinero que desde un bote se lanzó al agua para salvar a ese andinito que no sabe nadar.

. El barco naufraga frente a la costa de Carúpano. A José Gregorio lo llevan hasta la orilla de ese pueblo de pescadores que preparan los botes para recoger a los náufragos. El susto no lo ha pasado; sabe que estuvo al borde de la muerte. Ni siquiera conoce al marinero que le salvó la vida, y no lo ve más, ha desaparecido. Unas lágrimas salen de él, pero no son de tristeza, no son de temor; ahora son de comprensión de sí mismo después de esta experiencia extrema donde su espíritu estuvo en segundos de estar en manos de Dios, a punto de trascender mientras se hundía hasta que llegó una ráfaga de salvación.

En Caracas, el Presidente Juan Pablo Rojas Paul vive instantes muy agitados en las calles. Su poder es tambaleado por los guzmancistas que lo atacan en venganza por su traición al benemérito. Lo acusan de ser el instigador de los disturbios estudiantiles que culminaron en los derrumbes de las estatuas del caudillo liberal y en los desmanes a residencias del antiguo régimen.

No obstante, se le abre otras inquietudes que traspasan la política. Recientemente, recibió correspondencias del doctor Laureano Vallenilla quien le manifiesta que, a pesar de los esfuerzos de su gobierno por mejorar la salud, seguía predominando ciertas tradiciones o paradigmas metafísicos en la medicina, sobre todo el vitalista, y era inexistente lo referido a la anatomía patológica y la bacteriología.

En instantes, entra su secretario para anunciarle que ya llegó Calixto González, profesor de Fisiología e Higiene Pública de la Universidad Central, su principal asesor en el área médica, un tema que es una pasión para él al punto que más bien impera un alto grado de frustración porque alguna vez quiso ejercer la medicina y por instigación de su padre cursó la abogacía, y por eso como Presidente de la República también elabora recetas y tratamientos médicos

—Doctor González, tome asiento por favor.

— Para que soy bueno, Presidente.

—Recuerdo una conversación donde me hizo mención del doctor Beauperthuy.

—Sí, yo lo conocí.

Se trata de un personaje legendario de los albores de la medicina venezolana. Calixto González le comentó al presidente Rojas Paul que colaboró con él en la lucha contra las fiebres que cam-

peaban en Cumaná, y de manos de él conoció el microscopio. A partir de ese comentario entre ambos idealizan al doctor Beauperthuy cuando desde joven en la lejana Francia, en la escuela de medicina de ese país, ahí manipulaba el microscopio para observar ese mundo extraño, increíblemente extraño e invisible para la vista normal, pero tan lleno de infinitos seres que saltan como espíritus burlones en las excreciones de los enfermos. Dice Calixto que Beauperthuy fijó su lugar de residencia en Cumaná después de recorrer la región sur oriental de Venezuela cumpliendo su labor de naturalista viajero vinculado al Museo de Historia Natural de París.

Hasta que llega el momento en que decide dejar esa tarea de estar colectando serpientes venenosas, peces y pájaros, y así llega a Cumaná y se radica allí ejerciendo la medicina, y lo hace cuando la población se encuentra diezmada por la fiebre amarilla e instala su laboratorio donde anota en papeles sus observaciones sobre la etiología y las formas de contagio de dicha fiebre, y llega a la conclusión de que podrá controlar la enfermedad, y en el año de 1854 vuelve a ser llamado para combatir otro flagelo como la epidemia de colera que se manifiesta como un " líquido blanquecino espeso, parecido a un cocimiento de arroz y que está formado, como otros fluidos amarillentos y

sanguinolentos que se forman en el tubo intestinal y en los diversos períodos de la enfermedad, de una multitud de vibriones o tenias microscópicas, de uno, de dos y de tres centésimas de milímetro de largo". Todas esas observaciones que registraba se fundamentaban en su trabajo con el microscopio de Vicent Chevalier con el que hacía contacto visual con ese mundo invisible y peligroso que enfermaba, que mataba, y que es tan letal como amenaza que no se ve, que no se toca, que no se escucha.

Y de esta manera siguen hablando Calixto de este médico y precursor de la microbiología en Venezuela, hasta que el presidente Rojas Paul propone:

—He decidido crear un programa de modernización de la medicina. Para eso debo implantar en el país todo lo concerniente a estudios bacteriológicos, y en tal sentido creo que lo más conveniente es que mi gobierno envíe a una persona a que realice dichos estudios en Europa, y para eso debe ser becado y creo contar con los recursos. Quiero que esa persona se prepare con los mejores y que también traiga todo lo necesario para instalar un laboratorio de bacteriología, el primero de su tipo aquí.

—Es un proyecto ambicioso, pero primordial para Venezuela. Ese señor, más el laboratorio, ayudaría a estudiar con más ahínco lo concer-

niente al mundo microbiológico y seguiría el legado de Beauperthuy.
—Sí, pero no tengo al candidato para eso. Y lo llamé porque usted debe conocer algún prospecto de las filas de la universidad para que asuma irse a Europa con los gastos pago.
Calixto se pone de pie y camina por el despacho presidencial. El presidente Rojas Paul lo observa detenidamente y sonríe.
— Hace unos días regresó a Caracas un joven médico. Estaba en su pueblo en los Andes. No le fue muy bien por allá y me dijeron que tuvo el percance de casi morir ahogado frente a la costa de Carúpano. Pero le digo, fue el mejor de su promoción, habla varios idiomas y tiene mucho talento, muchos conocimientos. Ese joven se llama José Gregorio Hernández.
—Bueno. Está autorizado para que se comunique con él.
—Le enviaré una correspondencia a su dirección aquí en Caracas. Sé que está radicado en su misma residencia de cuando era estudiante.
—Ojalá que acepte la propuesta.
—Claro que aceptará. Está ávido de conocimientos y siempre anhela ayudar a los demás.
—Ese es el hombre. Proceda.
Al día siguiente de esta directriz, José Gregorio Hernández recibe del propio Calixto González el

anuncio del alto gobierno. Éste le da un abrazo y lo felicita por esta oportunidad que se le otorga para que le haga un servicio trascendental a la república. Él será el hombre que abrirá una senda inédita para la Ciencia en Venezuela. El reto, el compromiso que adquiere, no tienen parangón. Al estar solo en su dormitorio, José Gregorio se pone de rodillas ante su cruz. Se persigna e inicia su diálogo con esa imagen para agradecerle este cambio radical en su vida.

—Mi Dios. Comprendo que me encargas una misión. La cumpliré a cabalidad. Me ordenas que me entregué a la Ciencia, así como me he entregado férreamente a ti, fervorosamente a ti. Así como me empecino en ser cabalmente un cristiano, también me exiges que aprenda de lo recóndito del mundo científico y de la mano de los mejores en Europa. Te cumpliré mi señor. Cumpliré con la Ciencia y cumpliré con la fe.

XX: CON LOS SABIOS

José Gregorio Hernández entra en la universidad de París para incorporarse a la clase de Fisiología del médico Charles Robert Richet. Desde que llegó a la capital gala, le ha sido fácil relacionarse y entregar sus credenciales al embajador venezolano en Francia y a las instituciones que esperaban su llegada para ser colocado ante las personalidades que le darían la formación adecuada. José Gregorio aspira cumplir cabalmente su misión, y para eso recibiría lecciones de unos verdaderos sabios, y es así que hoy está ante uno de los más prominentes. El hombre de bigotes grandes y alargados en sus puntas hacia abajo levanta una de sus cejas al observar detenidamente a ese venezolano que no tiene nada que indique su origen de una tierra tropical y primitiva, pues más bien parece un parisino. Richet es un hombre que indaga en la búsqueda del conocimiento científico hasta en espacios que traspasan la misma racionalidad, y José Gregorio se sorprenderá ante eso. En las primeras horas de clase con el sabio, los presentes escuchan unas ideas aleccionadoras sobre Claude Bernard, el mentor del propio Richet. Escucha José Gregorio que Bernard, junto con su también mentor Magendie, realizaron ex-

perimentos indagando las funciones del hígado, y en una de esas clases se describió la función glucogénica de donde Bernard concibió el concepto de "secreción interna", y eso lo imagina José Gregorio como si estuviese ante esos científicos en el instante en que le dan nacimiento a la endocrinología. En esa sesión con el sabio Richet, hojean el libro del propio Bernard con el nombre de "Introducción al estudio de la Medicina experimental", y entra José Gregorio Hernández en las profundidades que le aporta la fisiología a la Ciencia, y Richet les trasmite una frase de un amigo de Bernard, de apellido Pasteur: " El germen no es nada, el medio lo es todo".

Después vienen otras disertaciones del sabio Richet donde José Gregorio conoce la composición del jugo gástrico al revisar enzimas y ácidos, y allí observa un líquido de color claro que sale del mismo estómago, y otro día el sabio les da una demostración: "Vean como el músculo lo constituye el solapamiento del filamento delgado con el filamento grueso". Hasta que llega el momento en que Richet les habla a sus alumnos sobre como dio con un descubrimiento que le generaría tan grandes beneficios como el otorgamiento de un premio Nóbel. Y les dice:

—Un día mi amigo el Príncipe Alberto, el de Mónaco, me invitó a su yate para que lo acompañara

a un crucero por el Océano Atlántico. Le acepté la invitación porque así podría realizar una investigación sobre una peligrosa medusa, la Physalia Physalia, que inyecta una potente neurotoxina cuando se siente amenazada. En recientes días, algunos bañistas y buzos fueron víctimas de su ponzoña. El mismo príncipe me pidió que creara un antídoto. Al regresar a París, ya no tenía esa medusa para continuar mi investigación y tuve que usar la anémona que llaman ortiga de mar, que es más abundante en las costas.

El sabio se interna en más detalles de sus trabajos, y parece que pierde el hilo. El venezolano es el más inquieto de los presentes, y se atreve a preguntarle, ante la sorpresa de los demás estudiantes que jamás se atreverían a interrumpir a una autoridad académica de tamaña altura:

—¿Pero descubrió el antídoto? Richet lo observa y se ríe.

—No. Descubrí todo lo contrario.

Surge la risa en el salón ante la sorpresa de José Gregorio.

—Terminé matando a mi perro Neptuno. Creí que le daría protección al animal al inocularle unas pequeñas dosis que sólo en ese momento le generó un descenso de su temperatura corporal y cierta urticaria y somnolencia. Pero esperé un mes para aplicarle la misma pequeña dosis, y esta

vez el animal enfermó gravemente y le manifestaron vómitos y diarrea, y en medio de una respiración jadeante, el perro se murió. Quería probar la Phylaxis como protección al inocularle la misma dosis y progresivamente desarrollarle inmunidad; pero lo que determiné es que si inoculaba la misma cantidad de veneno una semana después, como pasó con el perro, provocaba la muerte. Es decir, obtuve el resultado contrario, y a ese descubrimiento imprevisto le puse un nombre nuevo: "anaphylaxis"; los nuevos descubrimientos ameritan de nuevas palabras para fomentar el rigor de la precisión científica.

—¿Entonces qué generó la muerte del can? —Preguntó otro estudiante.

—Tomen nota: un "choque anafiláctico".

José Gregorio sale al mediodía rumbo al parque cercano. Sus caminatas siempre se prolongan hasta la tarde. Es otoño, aunque para él solo son días de un fresco benévolo. Saliendo de un edificio, encuentra al sabio Richet quien lo invita a tomar un café. El sabio aprovecha de saciar su curiosidad sobre ese país exótico y lejano llamado Venezuela, y José Gregorio le habla de sus montañas andinas. En el transcurso de la conversación, José saca a relucir sus convicciones religiosas y su fe inquebrantable. Richet lo observa y escucha hasta que termina su segundo café y le interrumpe.

—Precisamente, eres la persona más adecuada para compartir un campo de estudio muy especial para mí. Acompáñame.
—Es un honor.
Salen profesor y estudiante de la cafetería. Richet lo invita a su casa. José Gregorio voltea la cabeza y ve que son seguidos por el extraño hombre alargado y vestido de negro. Sin embargo, José Gregorio no interrumpe su andar y trata que Richet no se dé cuenta. Al cruzar la calle, José Gregorio se percata de que el hombre de negro no está detrás de ellos, sino que está sentado al frente en un banco de una plaza observando cuando ellos entran a una mansión. Y ahí está José Gregorio, a punto de conocer un mundo de penumbras o inframundo, y lo hace bajo la guía de un sabio como Charles Richet quien le enseña varios artículos donde expone diversas experiencias con sonámbulos y con hipnotizados, con poseídos por el diablo y con histéricos y brujas.
—Este es mi trabajo magistral, el "Tratado de Metapsíquica".
José Gregorio toma las hojas del libro. Es asombroso lo que este hombre diserta ahí; se trata de otra dimensión, y es dentro del hombre mismo.
—¿Un ectoplasma? —Preguntó el venezolano.
—Así llamo a la sustancia que tiene que ver con los fenómenos de materialización. Esa sustan-

cia emana de los médiums. Yo conocí a la médium Eusapia Paladino; con ella me afinqué en estas investigaciones donde capté en ella una figura difusa que salía de su cuerpo cuando estaba en trance.

—¿Es una materia?

—Así es, y está en el cuerpo de cualquier ser vivo. Ella asume forma líquida y sólida.

—¿Y cómo sería su aspecto?

—Luminoso.

José Gregorio Hernández recuerda que una cierta noche se levantó en la oscuridad y creyó ver su cuerpo brillando. Al momento, empezó a orar y se percató de repente que la temperatura de su habitación había bajado bruscamente.

—Conozco de médiums que han visto esta emanación formando la figura completa de un cuerpo, y teniendo vida propia—recalca el sabio.

José Gregorio se despide del científico. José Gregorio piensa en la tozudez de estos científicos positivistas, en su testarudez; entonces Richet lo que ha estado investigando es el espíritu; sus estudios lograron precisarlo. De lo que habla Richet es del alma de cada quien; pero su terquedad le impide llamarla como tal y la denomina "ectoplasma", y hasta dice que tiene forma física. Así que el positivista y ateo Richet está más cerca de Dios que él.

Al día siguiente, José Gregorio visita de nuevo al sabio y le pregunta:
— ¿Maestro, eso que usted llama Metapsíquica y el Ectoplasma deben pasar por un mecanismo experimental para hacer una experiencia digna de la rigurosidad científica?
--Se necesita de un médium.
Y el sabio Richet le habla de esos personajes difíciles de tratar y tan extraños. Al mismo Richet le costó en varias ocasiones convencer al medium para que se deje estudiar. Siempre es una ardua tarea el tratar con estas personas inestables y caprichosas.
—¿Algún médium en especial?
—En Alemania está Federica Hauff.
De acuerdo a las palabras de Richet, José Gregorio Hernández se imagina esa figura con facultades extraordinarias y que en una de sus tantas sesiones entra en trance y es tomada por frenéticas convulsiones, hasta que abre su boca de donde sale como un gas brilloso que hace la forma corpórea poco a poco de una persona, y la médium saluda esa figura que deambula por toda la habitación, y se regresa esa forma a donde está sentada Federica, y el cuarto se llena de humo que es incienso, hasta que esa forma abandona el recinto cuando uno de los asistentes de la sesión abre la puerta.

—Y a eso se le llama Ectoplasma, que se produce debido a una gran presión que genera que el protoplasma de las células queda fundido y se moldea como figura de persona impregnada por la voluntad de las células mismas.

Ratifica su impresión José Gregorio de que este hombre, imbuido en su profunda raigambre científica, llegó hasta los extremos de estudiar una forma que según él sale del interior de las personas, y esa forma no es un espíritu, no es un fantasma, sino un producto material independiente del organismo que lo crea.

José Gregorio Hernández abre la puerta de la pensión donde está residenciado en París. Es el cartero que está entregando algunas correspondencias para los inquilinos. El venezolano deja escapar una sonrisa pues recibe una notificación del consulado de Venezuela en la capital francesa donde le informan que llegó una carta de sus familiares y debe ir a recogerla. En una hora entra al consulado de su país, y en secretaría su correspondencia lleva hasta un sello de la Presidencia de la República para remarcar la urgencia del mensaje. Pero la nota no la escribe el gobierno, sino su tía María Luisa quien le informa: TU PADRE FALLECIÓ. SE LE COMPLICÓ UNA AFECCIÓN PULMONAR. SU ENTIERRO FUE SENCILLO Y MUY SENTIDO POR TODO

EL PUEBLO DE ISNOTU. ACOMPAÑANOS EN NUESTRAS PLEGARIAS DESDE ALLÁ DONDE ESTAS. ERES NUESTRO ORGULLO AMADO.

Ya en su habitación, sus lágrimas humedecen su rosario. Su madre se fue desde cuando era muy niño, ahora se fue su padre. Los pilares paternal y maternal sobre lo que se sostiene su existencia no están; sólo le queda su fe y su ciencia para realizar las misiones encomendadas tanto por la madre como por el padre. En lo inmediato, inicia la escritura de una carta para su familia donde les transmite palabras de aliento, de acompañamiento y de amor lo más sublimemente expresadas. Les informa también que su misión en Europa está bien encaminada, y que espera el final de la misma para su pronto regreso y para encontrase con ellos. Ahora es el jefe de familia.

XXI. EL PAPA HACE LO QUE QUIERE

El Cardenal Palazzini convoca reunión urgente debido a una información transmitida por teléfono por un obispo cercano al Papa Juan Pablo II. Al llegar el arzobispo Crisan, el padre Veraja y monseñor Petticon ven el rostro de Palazinn haciendo consultas con su secretaria. Todos toman sus asientos mientras el Cardenal gira instrucciones. Los clérigos invitados estaban haciendo tareas consideradas muy relevantes, pero la premura del llamado les da a entender que sucedió algo tan grave que ha generado una reacción tan intempestiva por parte de una eminencia que prefiere en muchas circunstancias esperar cierta evolución. Veraja y Petticon atienden al rostro del Cardenal y evalúan que está muy molesto. La secretaria abandona el despacho y cierra la puerta. Palazzini no quiere interrupciones.

Señores, esto es el colmo—dijo el Cardenal.

— ¿Qué ha pasado? —Preguntó el arzobispo Crisan.

—Su Santidad ha hecho uso de su prerrogativa papal para conferir la beatificación, y no pidió nuestra opinión para nada—Respondió el Cardenal.

Los presentes se miraron las caras. Preguntan con sus semblantes.

—Lo hizo con Fra Angélico. Estoy sorprendido y molesto, por supuesto—Reafirmó el cadenal Palazzini.
—¿Entonces estamos pintados en la pared? — Siguió interrogándose el arzobispo Crisan.
—Fra Angélico. Esto no debería sorprenderme, pero es así; el Papa hizo lo que le dio la gana– Precisó el padre Veraja.
—¿Cuál es el fundamento de su decisión? — Sigue preguntándose el arzobispo Crisan
—Hice la llamada que ustedes conocen. Tampoco me lo advirtió. También se sorprendió, pero había indicios. Sus últimas opiniones apuntaban hacia eso. Yo debí presumirlo después de mi última conversación con él—dijo el cardenal—. Venimos de misa
hace unos meses, y de repente su santidad evidenció su intención de prestarle más atención al mundo cultural. No nos consultó porque sabía que no estaríamos de acuerdo.
—Es que en una oportunidad yo comenté que Fra Angélico tiene tiempo que "no tiene fama sanctitatis". Hasta usted cardenal estuvo de acuerdo conmigo—dijo el arzobispo Crisan.
—Sigo estando de acuerdo con usted—Le dijo el cardenal—; pero por lo que se ve su santidad ha estado modulando la idea de hacer una unión entre la iglesia y el mundo artístico y científico.

Estuvo buscando expresar esa tendencia y encontró la oportunidad con Angélico, pero lo hizo sin considerarnos a nosotros.

—Es posible que quiera continuar canonizando a científicos y eruditos—dijo Monseñor Petticón.

—¿A quién tiene en mente? —Preguntó el cardenal Palazzini.

—Escuché su interés también por beatificar al obispo danés Niels Stensen— Respondió Petticon— Ese es un intelectual que murió hace 300 años. Fue un paleontólogo, médico, matemático y geólogo. Descubrió la ley de invariabilidad de los ángulos cristalinos y dio explicaciones sobre la formación de los fósiles.

—¿Señores, por favor, de qué estamos hablando? —Preguntó el Cardenal— ¿Dicen ustedes que su santidad pretende convertir el santoral en un laboratorio o en una universidad?

¿Entonces dónde está la espiritualidad?

—Su eminencia, Stensen también tuvo una vida de oración y fue un abnegado protector de los pobres—Contestó monseñor Petticon.

— Ustedes perciben una clara tendencia de su santidad por estos modelos. ¿Eso quiere decir que en la mente del Papa el camino de canonizar al venezolano José Gregorio Hernández está limpio porque es el mismo diseño de Stensen y Fra Angélico? —dijo incómodo el cardenal Palazzini

—Sobre ese caso, no sabemos decirle su eminencia—Contestó Petticon.
—Entonces Ratzinger tiene razón en lo que respecta a revisar los criterios para llevar a alguien a los altares. Se está perfilando un criterio donde se establece que la sabiduría es la mayor de las virtudes cristianas—Manifestó el arzobispo Crisan
—La iglesia ha admitido la compatibilidad entre fe y razón—dijo el Cardenal Palazinni— Pero de eso a que la Ciencia también sea canonizada significaría la victoria de las corrientes de pensamiento que siempre han enfrentado a la ortodoxia pontificia de la iglesia.
—¿El venezolano José Gregorio Hernández y su estrecho vínculo con la Ciencia simboliza un reto a la tradición, un reto al dogma y un reto al poder del Vaticano? —Preguntó el Padre Veraja.
—Eso es una vertiente en su contra—Respondió Palazzini con su connotación

XXII: CONOCIENDO EL MUNDO MICRO Y PROFUNDO

El mundo de la Bacteriología abre sus puertas a la avidez de conocimiento que tiene José Gregorio Hernández. En la Facultad de Medicina de París, varios estudiantes de calificaciones sobresalientes se presentan por primera vez para conocer de ese mundo bacterial que hace unas décadas era desconocido y misterioso, y ahora hay una angustiosa necesidad de estudiarlo porque muchos males de salud de la humanidad vienen de ahí, vienen de él. El salón con los iniciados recibe a un hombre pequeño de barba bien cortada, acompañado de algunas autoridades de la facultad. Isidore Straus es su nombre, y desde ese instante despierta en José Gregorio toda su atención, ya que días antes se dedicó a indagar sobre este prominente personaje de la comunidad judía en EEUU. En una biblioteca parisina encontró archivos de la prensa estadounidense que contenían información sobre los hermanos Straus, donde Natan e Isidore Straus presentaron sus argumentos en una convención judía en Nueva York y allí le explicaron a los presentes su estrategia para avanzar en esa sociedad en lo que respecta al reconocimiento y el respeto, y leyó José Gregorio que la estrategia

de los hermanos Straus fue la de vincular lo judío con todo lo que representen
actividades filantrópicas y tareas de beneficencia social, sobre todo en salud, educación, vivienda y demás campañas de atención a los pobres, a los menesterosos, y también lee con atención sobre la relación de esos hermanos con Louis Pasteur, ya que terminaron apoyando su investigación sobre unos seres llamados microorganismos como causantes de la fermentación, y así lo apoyaron en todo lo que más tarde la humanidad conocería como la pasteurización.

Y años después José Gregorio leería la noticia del hundimiento de un trasatlántico llamado el Titanic que chocó con un iceberg, y entre sus víctimas fatales verá el nombre de los esposos Straus, y también leerá que Isidore no quiso montarse en un bote donde se rescataban a mujeres y niños, negando el ofrecimiento de salvarse en él por su avanzada edad, y es cuando dijo: " No subiré a ese bote antes de cualquier otro hombre", y es ahí que su esposa Ida también se bajó de la embarcación diciéndole: "Hemos estado viviendo juntos muchos años y donde quieras que vayas, yo voy".

Al terminar su curso con Isidore Straus, José Gregorio recibe de este profesor un galardón y unas palabras de satisfacción por tenerlo como

estudiante: "Autorizado por el Consejo de Medicina de esta Institución, con el mayor beneplácito de la Cátedra de Anatomía que me honro en dirigir, coloco a usted, José Gregorio Hernández, esta medalla, símbolo de un premio a su labor como el mejor médico alumno de nuestra especialidad para que la guarde y la conserve como recuerdo de sus profesores hoy reunidos en este recinto".

En su segundo año en Francia, ingresa José Gregorio Hernández a las clases de Microscopía, Embriología e Histología del sabio Matías Duval, prominente miembro de la Academia de Medicina. En una de esas magistrales lecciones, este insigne científico le entrega a su auditorio unas nuevas verdades que rompen con todo lo pasado: "La Ciencia hasta hoy ha estado impregnada predominantemente del vitalismo, y con eso imperaban serias lagunas para explicar los procesos que generan la existencia, dándole así cabida a lo sobrenatural. Pero la misma Ciencia es indetenible en su evolución".

Suenan los aplausos. José Gregorio no aplaude, sólo observa inquieto una especie de solemne alegría. Sin embargo, comprende que es un privilegiado que escucha a este científico exponiendo los detalles de una novedosa embriología experimental.

Y sigue Duval: "Se alteran las condiciones ambientales usando trasplantes y explantes. Observando como inciden estas experiencias, se infiere el papel de las partes en el proceso como un todo. Y eso se hace mediante el experimento, sustentado en el conocimiento profundo del fenómeno".

José Gregorio Hernández observa que sus compañeros de clase están hipnotizados. Ellos se complacen con ese encuentro con lo nuevo, y lo nuevo en ese auditorio tiene muy relegada la fe cristiana, piensa el venezolano. Duval se dirige al centro del salón donde una tela cubre un retrato de Leonardo da Vinci. Duval habla de ese coloso del Renacimiento italiano, pero en sus comentarios no se dice nada de su genialidad artística, como es comúnmente conocido, sino de su genialidad científica, la menos conocida. Es así que el auditorio escucha a un Da Vinci conocedor de los misterios del cuerpo humano como ningún otro hombre de su época, como así se aprecia en sus cuadernos de anatomía donde aparecen dibujos de los aparatos genitourinarios, y observan asombrados los estudiantes de Duval las láminas de su maestro donde el artista renacentista evidencia la correcta posición del feto en el útero y deja apuntes sobre el crecimiento embrional y fetal, y hasta José Gregorio se imagina como

habrá sido el impacto de estos cuadernos de Da Vinci sobre un pueblo y una cultura que no había salido del todo de la oscuridad medieval. Para la falta de recursos técnicos de aquellos tiempos, es increíble la exactitud de la información aportada por el genio donde se muestra con nitidez asombrosa lo que es el hígado, los ovarios, las trompas y las membranas fetales.

Lecciones como se repitieron con el propósito de asombrar a los privilegiados estudiantes de su clase con el nacimiento y avance de la embriología a través de la historia de la humanidad, y así como presentó la genialidad de Leonardo Da Vinci, también presentó archivos con muestras de tiempos inmemoriales donde se identificaba el embrión, y los estudiantes se asombran ante un documento hindú de 1416 a.C., llamado el Garbha Upanishad, donde dice: "Por la conjugación de sangre y semen el embrión obtiene su existencia . Durante el periodo favorable para la concepción, después del coito, (el) se torna en un Kalada (un embrión de un día de edad). Luego de permanecer siete noches se transforma en una vesícula. En una quincena, se transforma en una masa esférica. Transcurrido un mes, se constituye en una masa firme. Después de dos meses, se forma la cabeza. A los tres meses aparecen las regiones de los miembros". Esto se escribió antes del nacimiento de Jesucristo.

Días después, Duval escribiría: "…El Dr. Hernández ha trabajado asiduamente en mi laboratorio y ha aprendido la técnica histológica y embriológica. Me considero feliz al declarar que sus aptitudes, sus gustos y sus conocimientos prácticos en estas materias hacen de él un técnico que me enorgullezco de haber formado. Es además para mí un placer y un deber agregar que él se ocupa en el estudio de la Histología con actividad y gran éxito".

José Gregorio Hernández finaliza sus estudios en París, y por recomendaciones de sus profesores viaja a Berlín en búsqueda de más conocimientos. Visitando la universidad, escucha las impresiones que como huella profunda dejó la visita de un científico español prominente llamado Santiago Ramón y Cajal en el pasado Congreso de la Sociedad Anatómica Alemana que se realizó hace unos meses. En dicho evento ese hombre revolucionaba a la humanidad con su teoría de la neurona cerebral al hablar de las conexiones inter-neuronales. José Gregorio Hernández considera que el español hurgó profundidades de la naturaleza humana donde ningún otro científico ha llegado, y que tiene que ver con el comportamiento de las células en el cerebro, y se motiva llegar hasta España para entrar en sus clases de Histología e Histoquímica Normal y Anatomía Patológica. Es

así que presenta en la Universidad de Madrid sus credenciales y certificaciones ante la secretaria del científico llamada Enriqueta Lewy. Mientras ella entra con sus papeles a otra habitación, donde seguramente está el hombre de las neuronas cerebrales, José Gregorio se pasea en esa antesala y ahí se percata de otros detalles del personaje: hay una placa de reconocimiento de un tal Patronato de Ingenieros y Obreros y otra de una Institución Libre de Enseñanza. Hay también fotos de Santiago con su microscopio o más joven con el torso desnudo y mostrando sus músculos, y otra con su esposa y sus seis hijos; sin embargo, lo que más le llama la atención es una foto donde el sabio se encuentra como con un guayuco indígena usando un arco. La jovencita sale sonriente con la firma de aceptación, y a partir de mañana ingresará en sus clases.

Por fin ante el genio de las neuronas, y de él mismo, escucha José Gregorio un mensaje más amplio sobre el trabajo del científico:

—Escuchen bien señores, toda obra grande, en arte como en ciencia, es el resultado de una gran pasión puesta al servicio de una gran idea.

Y se dirige al grupo que días ante le hacían preguntas sobre los microorganismos.

—En la cadena de la vida, todos los eslabones son igualmente valiosos porque todos resultan

igualmente necesarios. Juzgamos pequeño lo que vemos de lejos o no sabemos ver. Aun adoptando el punto de vista del egoísmo humano, ¡qué de cuestiones de alta humanidad laten en el misterioso protoplasma del más humilde microbio! Nada es más trascendental en bacteriología que el conocimiento de las bacterias infecciosas, y nada más secundario que el de los microbios inofensivos pululantes en las infusiones y materias orgánicas en descomposición, y, no obstante, si desapareciesen estos humildes hongos, cuya misión es reintegrar a la circulación general de la materia los principios secuestrados por los animales y plantas superiores, bien pronto el planeta se tornaría inhabitable para el hombre.

—Maestro, ¿cuál es la mayor virtud de un excelente científico?—le preguntaron desde un extremo del salón.

—Hay una variedad del atender que cabría llamar *polarización cerebral* o *atención crónica*. Se trata de la orientación permanente, durante meses y aun años, de todas nuestras facultades hacia un objeto de estudio. Infinitos son los ingenios brillantes que por carecer de este atributo, que los franceses designan *esprit de suite* se esterilizan en sus meditaciones. Yo podría citar el caso de españoles que, poseyendo un intelecto admirablemente adecuado para la investigación científica,

se retiran desanimados de una cuestión sin haber medido seriamente sus fuerzas, y acaso en el momento mismo en que la naturaleza iba a premiar sus afanes con la revelación ansiosamente esperada. Nuestras aulas y laboratorios abundan en estas naturalezas tornadizas e inquietas que aman la investigación y se pasan los días de turbio en turbio ante la retorta o el microscopio en una febril actividad que se agita en el alud de conferencias, folletos y libros donde prodigan erudición y talento considerables. Cuando tras largos años de propaganda y de labor experimental se pregunta a los íntimos de tales hombres, a los asiduos del misterioso cenáculo donde aquéllos ofician de pontifical, entonces ellos confiesan ruborosos que la misma fuerza del talento hace imposible ver en pequeño la extraordinaria amplitud y alcance de la obra emprendida e imposibilita llevar a cabo ningún progreso parcial y positivo. He aquí el fruto obligado de la flojedad o de la dispersión excesiva de la atención, así como del pueril alarde enciclopedista, inconcebible hoy en que hasta los sabios más insignes se especializan y concentran para producir. Pero sobre los vicios de la voluntad, trataremos más adelante.

—¿Entonces el investigador debe vivir exclusivamente para su labor, no perder tiempo en alardes diversos? —Le preguntaron de otro extremo.

— La forja de la nueva verdad exige casi siempre severas abstenciones y renuncias. Convendrá durante la susodicha incubación intelectual que el investigador, al modo del sonámbulo, atento sólo a la voz del hipnotizador, no vea ni considere otra cosa que lo relacionado con el objeto de estudio: en la cátedra, en el paseo, en el teatro, en la conversación, hasta en la lectura meramente artística, buscará ocasión de intuiciones, de comparaciones y de hipótesis, que le permitan llevar alguna claridad a la cuestión que le obsesiona. En este proceso adaptativo, nada es inútil: los primeros groseros errores, así como las falsas rutas por donde la imaginación se aventura, son necesarios pues nos conducen al verdadero camino hasta el éxito final, como se logra el acabado cuadro del artista después de los primeros bocetos.

Las clases de Santiago Ramón y Cajal le abren más senderos a José Gregorio Hernández de lo que debe ser su labor futura como científico. En su mente se anidan las lecciones del sabio español que se resume en frases como la de "saber, pero transformar; conocer, pero obrar". Con el pasar de los días, José Gregorio Hernández profundiza sus conocimientos sobre ese mundo interior, llámese células, neuronas o microbios, y lo está haciendo escuchando a un genio, pero también va conociendo otras cualidades de él

que lo llevan a percatarse que ha traspasado algunas fronteras, y es que conversando con los demás compañeros de clase se perfila un secreto que ya en ellos está derrumbado, y que gana razonamientos, inquietudes, curiosidad e interés, y José Gregorio escucha atentamente de que el sabio practica la hipnosis.

Desde sus días en la ciudad de Valencia, Santiago Ramón y Cajal viene explorando esa actividad que comenzó como un pasatiempo con sus amigos de tertulia en el Casino de Agricultura. Santiago, que había leído los estudios de Charcot sobre el histerismo y sus experimentos con la hipnosis, convenció a sus amigos a que se dejaran hipnotizar como ejercicio, como práctica. De esa verbena surgió un comité de investigaciones psicológicas a donde llegan varios a participar en esas prácticas. Así es que José Gregorio vuelve a encontrarse con otro caso de un científico que toca fronteras entre conocimiento científico y otro tipo de conocer, y es así que un Santiago Ramón y Cajal tuvo que abrir un consultorio donde ya no ejercitaba la hipnosis con amigos, sino con histéricos, con neuróticos y hasta con locos de remate, y le fue muy bien.

XXIII: EL LARGO CAMINO DE LA SANTIDAD.

El cardenal Palazzini se levanta de repente y observa a los presentes, especialmente a Traian Crisan, y les dice:

—Santo es más que bueno; eso hay que entenderlo.

—Ese es un terreno que no tiene concepto—Contestó el arzobispo.

—Estamos entre lo teológico y lo filosófico—dijo Veraja.

—Kant diría que un santo es la voluntad moral perfecta. A conciencia de eso, vislumbremos los detalles de José Gregorio Hernández—dijo el Cardenal.

—En la última conversación que tuvimos con su santidad, se ratificó que la iglesia expresa sus intenciones en su santoral. Cada figura de santo es la expresión del proyecto de la iglesia como institución—expresó Crisan su punto de vista.

—Vamos, seamos más directo: la persona designada como santo debe ser la expresión de la ideología y de la mentalidad del liderazgo de la iglesia, y de nuestro proyecto como poder. ¿José Gregorio Hernández representa la ideología de la iglesia? ¿José Gregorio Hernández representa el modelo de iglesia que queremos imponer? —dijo el Cardenal.

—Esas interrogantes implican algunas condiciones difíciles de digerir, ¿no creen? —
preguntó Veraja— Por ejemplo, este venezolano ya lleva muchos años siendo objeto de un culto público y de una veneración como santo sin pasar por la perspectiva oficial delVaticano. En Venezuela y en varias partes de Latinoamérica ya lo tienen como santo. ¿Cómo eso se corresponde con los criterios que se esbozan aquí?
—No tengamos timidez en decirnos eso, y viéndonos a la cara, ya que eso sería regresar a aquellos tiempos primarios de la iglesia católica donde los santos los imponía la gente común, los elegía el pueblo, los aldeanos y la masa fanatizada—dijo el Cardenal—
¿Estamos dispuesto a darle la razón a los venezolanos que tienen años con su culto sin esperar al menos la opinión del Vaticano?
—¿Qué les atrae de José Gregorio Hernández? Mejor dicho, ¿qué les atrae de su supuesta santidad? Si tuviésemos claridad de eso, nos ayudaría para avanzar en su beatificación, por lo menos. —dijo Crisan.
—Sí, José Gregorio atrae poco como figura a emular, pero creo que más bien atrae por algún milagro de curación sobre un paciente desahuciado por los médicos—argumentó Veraja— Los venezolanos ven a José Gregorio como un ente

útil para sanar, para curar enfermos que no se curaban; como alguien que hace un mejor trabajo que los médicos "tradicionales".

— ¿Y si no existiera ese milagro, sino el recuerdo de sus virtudes, adorarían los venezolanos a José Gregorio Hernández como lo han hecho durante décadas? —Preguntó Monseñor Petticon que había estado callado. Acuérdense que Oton de Cluny dijo, por allá en el siglo IX, que "sin los milagros el recuerdo de un hombre justo, por muy deslumbrantes que hayan sido sus virtudes, se borra pronto".

—Pero esa apreciación ha evolucionado, aunque la ratifico—dijo Veraja— En todo caso, no debiera haber una contradicción entre el "santo admirable y el santo imitable".

—El "santo imitable" es la actitud vital del personaje—dijo el Cardenal mirando de reojo el sobre con el nombre de José Gregorio Hernández y que dice MILAGRO.

Palazzini deja el sobre del MILAGRO encima del escritorio y sin abrirlo. En dicho sobre hay información sobre un milagro realizado por José Gregorio Hernández. Él está convencido de que para ratificar la santidad del venezolano lo más conveniente es revisar su vida como hombre; y si es posible, encontrar los rastros de santidad en su cotidianidad; hurgar hasta en su pasado ordi-

nario, no extraordinario, si eso es posible. Es en lo más básico de un hombre donde se encuentra la santidad, reflexiona. Y piensa de esa manera como hombre formado teológicamente desde la más directa influencia del Opus Dei y del padre José María Escrivá.

—Ser santo está al alcance, y para eso está la iglesia como familia.—Reflexionó Petticon—En esta reflexión que hago sólo quiero poner en la mesa que se hace necesario de que la iglesia como humilde familia impere, y que abarque a todos, incluyendo a los pecadores. Pues bien, evidenciemos con José Gregorio Hernández que esta amantísima familia, que es la iglesia católica, está en disposición de otorgarle su santidad a pesar de sus pecados. Y eso es lo que yo quiero revisar: sus pecados.

—¿Sin milagros? —interrogó el Cardenal—¿Sólo quiere que hablemos de su santidad porque simplemente está ahí como hombre humilde y con sus pecados a cuesta?

—Veámoslo como un personaje que estuvo disponible para que Dios actuara en él –

–continuó su argumento Petticón—Un santo no es diferente a cualquier persona. Un santo no lo podemos ver como un ser excepcional, alejado de nosotros los pecadores. Un santo no está en una burbuja aislado de los demás.

Al cardenal le viene a la mente esos momentos cuando se mortificaba en su habitación con un pequeño látigo. Recuerda las heridas y la sangre que él mismo obtuvo de su espalda lacerada por el látigo. Y así como esos latigazos queman todavía en su carne, y también siguen gravados en su memoria los insultos que recibió de aquella manifestación a favor del aborto y que se mezclan con sus propios gritos al momento de imponerse la mortificación bañado en sudor y con su espalda al desnudo completamente, y la punta del latiguillo laceraba sus costillas. Palazzini recuerda la frase de esos días de flagelación: "tienes que mantener el cuerpo a raya". Hasta que una voz le impuso que dejara de hacer esas prácticas porque se iba a volver masoquista" y que "eso no es subyugar la carne en el alma", le dijeron. No le hizo caso a esa recomendación porque llegó a sus manos, como obsequio de un amigo de confianza en el Opus Dei, una pequeña cadena de metal con puntas. Palazzini ve adecuado ese instrumento para autoflagelarce, y gracias a este regalo seguirá practicándose la mortificación, no por placer, sino por redención.

Un par de días después de estas reflexiones, Palazzini espera la llamada. Hoy tocaba otra reunión de la comisión para seguir estudiando el caso del venezolano en su paso para la beatificación y en

su camino hacia la santidad oficializada por el Vaticano. Sin embargo, le solicitaron que atendiera antes de esa reunión una importante llamada telefónica. La solicitud venía de lo más alto de la sociedad sacerdotal.

La señora Bianca le notifica:

—La llamada que usted esperaba.

—Pásela. No quiero interrupciones, Bianca.

—Sí.

—Cardenal. Aquí su amigo Álvaro.

—Álvaro, hace unos días pregunté por tu salud a Monseñor Matías.

—Recuperándome. Bueno, ya debe saber que mi llamada es para evaluar con usted la información que debió haberle llegado a su despacho hoy.

—Recién recibí la información hace una hora. Bianca me dijo que ibas a llamar. Yo me esperaba esto sobre la beatificación del hermano Josemaría. Esto inicia un proceso que usted sabe que va a ser polémico.

—Lo sé. Y hay que acomodar algunos papeles.

—Claro. Con el Opus Dei siempre hay polémica. Más si se trata de José María Escrivá.

—Pero no estamos en tiempo del Papa Paulo VI, que le negó a usted hasta una aprobación jurídica para la Sociedad.

—No. Su santidad Juan Pablo II está con nosotros. Bueno, y como demostración de eso, aquí

estoy presidiendo la Congregación para la Causa de los Santos.

—Entonces éste es el mejor momento. ¿O hay otro trabajo que concentre sus esfuerzos?

—En estos días se han dado una encerrona por el caso de un venezolano que tiene varios años a la espera de subir a los cielos como beato y después como santo; el caso de José Gregorio Hernández.

— Estoy al tanto.

—Pero yo me ubico entonces de que esto tiene prioridad. Estamos en las condiciones que esperábamos para allanar el camino de nuestro querido Josémaría. Así mismo, ayer fue designado Joaquín Navarro-Valls para dirigir la oficina de prensa de la Santa Sede.

—Su Santidad nos está facilitando la tarea. Es obvio que deberá dejar a un lado por ahora lo del venezolano.

—Bien. Por lo mínimo cancelaré la comisión de trabajo de hoy.

XXIV. LABORATORIO Y LUZ

José Gregorio Hernández ha cumplido los propósitos de su estadía en Europa pagada por el gobierno venezolano. No sólo estudió con los mejores y regresa a su país con un cúmulo de conocimientos, los más modernos de la época; no sólo llevará nociones del mundo bacteriológico y de la medicina experimental jamás vistos en tierra venezolana; no sólo lleva el reconocimiento certificado de las lumbreras científicas del momento, sino que también lleva un cargamento de instrumentos científicos para establecer en Caracas un moderno laboratorio. Ha sido disciplinado e inteligente en el gasto de los recursos que le otorgó el gobierno venezolano para tales fines, y es así que está orgulloso de sí mismo y a su vez pensando en el camino científico que él va a abrir en Venezuela apenas llegue. Además, quiere volver a la Caracas que seguro está anhelando su regreso, y ahí lo esperan sus amigos y sus tías y hermanos; sabe que hay una expectativa colectiva.

El viaje en el barco que lo retorna al Caribe ha sido sereno y hasta alegre. Sin embargo, en cubierta, mientras toma el viento de la noche, observa a cierta distancia , aquella figura negra y alargada que en otras oportunidades a lo largo

de su vida se le ha aparecido. Otra vez él, pero tenía tiempo sin verlo. José Gregorio esta vez intenta acercársele, pero el hombre largo se mueve y se introduce en los camerinos. José Gregorio lo sigue, pero lo pierde de repente. Regresa a cubierta y ahí está la figura, sorprendiéndolo. Siente su voz, pero muy cerca de sí mismo, casi susurrándole al oído a pesar de que lo ve a cierta distancia. "Vas a llegar a Venezuela a hacer Ciencia, José Gregorio", le dice el hombre. Le contesta el médico: "Sí, figura del demonio, voy a Venezuela a hacer Ciencia, y también a entregarme a Dios; haré las dos cosas". La figura se pierde entre varios pasajeros que han salido a cubierta a mirar las estrellas de un cielo nocturno completamente despejado.

El nuevo Presidente de la República de Venezuela, Andueza Palacios, se reúne con el Rector de la Universidad Central, el eminente académico Elías Rodríguez, para entregarle un decreto, elaborado en el mismo momento en que se entera de la vuelta de Hernández con ese laboratorio y con sus estudios. El decreto del presidente contempla la creación en esa universidad de los estudios de Histología Normal y Patología, Fisiología Experimental y Bacteriología, y el lugar donde se dictará esa cátedra es en el mismo laboratorio que está fundando José Gregorio, y en ese mismo de-

creto lo nombra a él como catedrático de dichos estudios. Al día siguiente, se hace una pequeña ceremonia en la universidad donde el Rector le impone el cargo.

José Gregorio Hernández entra en su laboratorio, primer día de trabajo en él. Abre las ventanas y el sol mañanero se instala en ese aposento con todo su esplendor. Son rayos de cristal los que irrumpen en un salón copado de instrumentos. Entra un señor muy mayor con una escoba y viene apenado porque llega retardado a su labor de limpieza precisamente en ese salón. José Gregorio lo recibe con mucha cordialidad pues son amigos desde sus días de estudiante, y le quita la escoba y le manifiesta que mejor se dedique a echarle agua a las matas de un pasillo que les hace mucha falta. El mismo José Gregorio se encarga de darle la escobada al primer laboratorio de bacteriología en Venezuela y quizás en Latinoamérica.

Hay un lugar donde los rayos del sol inciden con centralidad y esplendor, y es donde se encuentran instrumentos como el tensiómetro de Laubry-Vásquez que permitirá medir la tensión arterial registrando la "tensión baja" en una Venezuela donde sólo se registra la "tensión alta" con el tensiómetro de Pachón. También, más hacia ese rincón, debajo de un crucifijo en la pared, el mismo José Gregorio ubicó los instrumentos

para la tinción de los tejidos y especialmente los microscopios que trajo como las joyas más preciadaS de su equipaje de laboratorio, y se percata de que los rayos de sol caen con más contundencia donde están esos instrumentos debajo del pequeño crucifijo de madera pegado en la pared, y él descansa un poco la escoba y toma un asiento para observar con más detenimiento esa imagen del microscopio y de la cruz, y es allí que dialoga consigo mismo y reflexiona haciendo una conclusión de su pasantía en Europa y de sus clases, de sus conversaciones y aprendizajes con los maestros recordando sus palabras, sus enseñanzas, y la experiencia de esos días se hace luminosa en mensajes y significados.

Mirando el microscopio y la cruz, piensa que viene de esa Europa donde las ideas de Charles Darwin siguen un curso de viento huracanado que ha puesto en cuestión la creación del hombre por la mano de Dios; pero él, que viene de escuchar a los apóstoles del darwinismo, que estudió en los lugares de donde emerge la explosión mundial de las ideas evolucionistas hacia el mundo, ha regresado a Venezuela más consciente de que el origen del universo, de la tierra y de la vida es una exhalación de Dios, pero que por supuesto todo eso ha evolucionado y seguirá evolucionando en belleza y magnificencia.

Europa no lo alejó de Dios; más bien lo acercó al tener información de las perfecciones microbiológicas; al tener información de la organización de la vida en sus fundamentos; al tener información de la arquitectura y del funcionamiento armónico del cuerpo humano. "No puede ser que el origen del universo y del hombre sea la mera casualidad o la mera necesidad". "Estoy más convencido de que la creación es un plan divino". Entonces recuerda que el mismo Darwin llegó a decir en un escrito unos años antes de su fallecimiento de que "nunca fui un ateo en el sentido de negar la existencia de un Dios".

Y José Gregorio se acerca a ese rincón donde se concentra la luz del sol mañanero. Se acerca a ese microscopio y a esa cruz, y se arrodilla ante esos dos objetos tan potentes para la humanidad porque los dos son salvación, piensa así él, y es que reconoce que escuchando a sus maestros y viendo esos microscopios, hurgando en el mundo invisible de los microbios y después estudiando los tejidos del cuerpo humano, los músculos, los nervios, las arterias, todo el esqueleto y demás órganos, revisando esa maravilla que es el intestino y el riñón, y finalmente cuando se detiene frente al cerebro, ahora sí que se impone la presencia de Dios hasta en la circulación de la sangre. ¡Qué destreza omnipotente y todopoderosa la

que creo el cerebro! Fue la sabiduría divina la que hizo al hombre, y por eso agradece grandemente el haber escuchado a todos esos sabios que lo atendieron, que le hablaron, que lo premiaron en París, en Berlín y en Madrid. José Gregorio reza, y lo hace con alegría porque siente que su vida encontró esa armonía que se basa en la certeza de que definitivamente la Ciencia depende del conocimiento verdadero que es Dios. "Soy un hombre libre al fin de contemplar la belleza de la obra de la naturaleza, porque allí contemplo y puedo honrar la bondad de Dios. La Ciencia me lleva a ti, mi señor". "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre…"

José Gregorio Hernández se encuentra con varios profesores y estudiantes de la Universidad Central instalando el equipo de laboratorio que según el estimado de gastos que realizó es de unos 12.885 bolívares con 30 centavos. Los presentes están impresionados por los instrumentos modernos que ha traído y que él maneja a la perfección. Ya coloca un letrero en la puerta que dice LABORATORIO DE FISIOLOGÍA EXPERIMENTAL Y BACTERIOLOGÍA. Los que asisten desde el principio a las clases no salen de su admiración respetuosa en cada día de diagnósticos de tejidos y de adentrarse a través de los microscopios en el mundo de las células y de las

bacterias. "Ahora sí entró de lleno una nueva etapa científica de la medicina en Venezuela", dicen algunos que visitan ese reino del saber que trajo José Gregorio Hernández. El salón del laboratorio es largo y espacioso, en condiciones de albergar la considerable cantidad de instrumentos traídos de Europa, desde estufas y mesas, reactivos y micrótomos de marca Thoma y Young, Reichert, Cambridge y Ranvier, hasta cámaras de contaje hermatológico, y colorantes tisulares como el carmín de índigo, picro-carmín, fucsina, safranina, azul de anilina, azul de metileno, azul de luz, nigrosina, purpurina, violeta dalia y el de cloruro de oro y platino. También posee ese laboratorio una gama de cristalería de todas las formas, y especialmente los cuatro microscopios monoculares de marca Zeiss con un aumento que oscila entre 420 hasta 1500 diámetros, dos de ellos con corrección cromática y esférica, y con lentes de inmersión con aceite de cedro.

Y en medio de todos los presentes con batas blancas, explica José Gregorio la preparación de las secciones histológicas:

"Observen: se fija el material orgánico. Inclusión del material para los cortes. Aquí corto las secciones histológicas y la monto en la lámina. Posteriormente, tinción de la sección. Vean que la cubro con la laminilla". "Vean que para el examen

de los frotis sanguínea se utiliza la coloración de vileta de metilo y azul de metilo

Las lecciones orales se dictan los días lunes y viernes; los martes y sábados, las lecciones experimentales; y los miércoles, las lecciones prácticas. Toma José Gregorio otras decisiones para obtener los máximos resultados de la enseñanza, y así divide su cátedra tan compleja y dicta de manera separada sus clases. En esa organización, pretende dictar un primer año de curso general e introductorio de Histología, Fisiología y Patología Experimental, y al año siguiente dictaría un curso de Histología y Bacteriología, además también daría clases de Fisiología Experimental.

El laboratorio recibe a un alumnado con muchos deseos de aprender, y José Gregorio les transmite a sus alumnos sus conocimientos con mucha habilidad, con serenidad, con clases amenas y participativas, y es que de ese laboratorio que se usa como salón de clase se transmite el conocimiento científico con amenidad y afecto para realizar una lectura profunda de los actualizados libros que él trajo: 5 textos de fisiología, 4 de histología y 4 de bacteriología. Y como José Gregorio habla perfectamente el francés, les traduce a sus alumnos el *Traité Pratique de Bacteriologie* de Macé; *el Précis de Microbiologie* de Thoinot y Massein, y el tratado de PrecisD'Histologie" de Mathias Duval y de Ges-

cheidle. En el laboratorio se combina el asombro con el saber en un aprendizaje que entretiene, que encandila, que impacta. Nadie se distrae ni se distancia. La atención es máxima ante lo que se ve y se oye.

Y dice José Gregorio Hernández:

"Sobre los principios de la inmunidad, según la teoría celular de Metchnikoff hablaremos sobre el papel de la fagocitosis, sobre el rol de las células fagocíticas…""Los pasos de la técnica histológica son fijar, cortar, colorear las secciones histológicas y montar estas preparaciones de células y tejidos". En principio, quiero que salgan de mis cursos capacitados como técnicos histológos para que así hagamos la observación microscópica de manera eficaz.

En el transcurso de los días van destacándose varios de sus alumnos, al punto de que José Gregorio nombra a algunos de ellos como preparadores de cátedra. Entre ellos se destaca Rafael Rangel por su habilidad como técnico.

—Buenas tardes doctor Hernández-

—Pase bachiller Rangel, lo estaba esperando. Como hablamos ayer, estoy en disposición de hacerle algunas sugerencias sobre la línea de investigación que debiera seguir para su publicación.

—Gracias por su atención. No sabe lo que me enorgullece su ayuda, su aporte.

—Revisé lo que ha escrito. Le recomiendo el estudio de la estructura del sistema nervioso.
— Haré mi mayor esfuerzo doctor.
—Usted es muy bueno en el ámbito técnico, abórdelo por ahí. Sé que aquí en Venezuela casi no hay bibliografía al respecto, pero es un reto. Yo lo ayudaré.
—Creo que mi experiencia histológica en este laboratorio y sus clases me servirán de gran ayuda para tratar ese campo.
—¿Tiene algo específico en mente?
—Doctor, los corpúsculos de Nissl.
—Me parece excelente que estudies esa técnica y que le hagas aportes. Concéntrate en esa publicación.
El Bachiller Rangel se adentra en las neuronas y células nerviosas con la ayuda de José Gregorio Hernández. Llega hasta la noche en el laboratorio haciendo revisiones de esos corpúsculos de Nissl que se tornan manchas en el cuerpo de esos organismos cuando se tiñe con algunos colorantes siguiendo las clases de su maestro. Además, su labor no es la aplicación ciega de una técnica, sino que, para mejorarla, la modifica para así analizar mejor las células nerviosas aisladas unas de otras. Se da cuenta Rangel que logra una decoloración que no se amplía, y recuerda lo que le dijo José Gregorio en la clase pasada: "el líquido de Muller se descompone con mucha facilidad debido a los

efectos del clima. Por eso es que hay que renovarlo en las fijaciones constantemente.

XXV: BENJAMÍN

Desde su llegada a Caracas, José Gregorio no sólo emprende de manera inmediata la labor de instalar el laboratorio e iniciar las clases, sino que también realiza las gestiones para traerse a su familia de Isnotu, tal como les manifestó en la carta donde le anunciaron la muerte de su padre. En la Guaira recibe a su tía María Luisa como la primera de sus familiares en llegar a Caracas; desde que murió su madre asumió ella ese papel, y ahora ya está al lado de José Gregorio para continuar con su cuidado y para seguir abrigándolo con los encantos de un espíritu generoso y resplandeciente de amor. Meses después fueron llegando todos sus hermanos con sus esposas e hijos, y también los que están solteros. José Gregorio se trae a casi toda su familia de Isnotu para encargarse directamente de ellos. Asume entonces el papel de jefe del hogar, y lo asume en lo material y en lo moral. A sus hermanos, gracias a su profesión médica y a su rango como profesor universitario con un ganado prestigio en muchos círculos sociales, les consigue empleo y lugar de residencia, además de que se encarga personalmente de sus sobrinos. Él está cumpliendo un compromiso que asumió desde el momento de enterarse del fallecimien-

to de su padre, donde en medio de sus plegarias juró encargarse de su familia, incluso también fue a buscar a su madrasta y a sus hijos porque también a ella la invitó a Caracas para abrirle un nuevo destino fuera de Isnotú, concediéndole la misma protección y el mismo amor que a los de su propia sangre. Asume José Gregorio con determinación no desamparar a los suyos y cobijarlos de inmediato.

Una tarde de intenso trabajo en el laboratorio donde José Gregorio da sus lecciones y revisa los avances de sus estudiantes con los microscopios. Se detiene detrás de uno de ellos que presenta algunos inconvenientes con el instrumento y José Gregorio lo ayuda a superarlos. Hay un instante en que el alumno levanta el rostro y agradece sonriente la colaboración de su profesor, y José Gregorio se percata de la mirada y del color de los ojos del joven recordándole a alguien.

—Joven, ¿cómo se llama usted?

—Profesor, yo me llamo Luis Alberto Martínez Gutiérrez.

—Su madre, ¿cómo se llama?

—Mi mamá se llama María Gutiérrez Azpurua.

Mayor sorpresa para José Gregorio. Estaba ante el hijo de María, su amor no correspondido en aquellos tiempos juveniles. Los recuerdos del impacto de aquellos ojos, el prodigio de esa voz

suave y cantarina, y los agites del corazón cuando miraba a María meneándose en un columpio regresan a su mente como regresa el río a su viejo caudal llevándose todo a su paso. Se serena y sonríe. Ante él, el recuerdo de su amada María. José Gregorio le contesta.

—Sí. En mis tiempos de estudiante en el liceo Villegas visité la casa de Don Ramón Azpúrua. Ahí conocí a tu mamá. Tuvimos una breve pero bella amistad. Mándale mis saludos.

—Se me olvidó decirle que yo le comenté a mi madre que usted es mi profesor. Ella sonrío y no me explicó por qué sonreía. Ahora entiendo.

Al día siguiente, ya José Gregorio Hernández está de pie a las 6 y media de la mañana. Su tía María Luisa lo llama para que tome su desayuno. Un beso y un abrazo mañanero para su segunda madre. En la mañana le toca visitar a varios enfermos, y se despide de su tía para iniciar el recorrido. Entra a la casa de algunos de ellos, hace los diagnósticos y entrega medicina, y recibe también abrazos y regalos. Se dirige al hospital donde otros enfermos ya lo están esperando. Se detiene con una paciente que está en un estado crítico; ve que todos sus familiares están en el hospital en espera del momento fatídico. Él le toma la mano a esa paciente y reza. Besa su mano al final de la oración, y ella le sonríe y sus labios dejan tran-

sitar un profundo agradecimiento por ese bello consuelo que la acompañará en el tránsito. Regresa a su hogar donde ya está listo el almuerzo y se sienta junto a su tía, hermanos y sobrinos. Después se dirige a su habitación a reposar un poco, aprovechando que hoy no tiene clase en la universidad. A las tres de la tarde, su casa se abre de par en par y entran los enfermos. La consulta es gratuita para los menesterosos, otros dejan algo de dinero y él les ha dicho que sea "lo que salga de su corazón". Vienen algunos acaudalados que dejan buenas cantidades de monedas y él las recibe para los gastos del hogar y también para ayudar a los enfermos más pobres que no tienen con que comprar las medicinas. Terminadas las consultas, va a su escritorio para preparar la clase de mañana en la universidad, y con cierta alegría abre un libro de medicina que compró en una librería parisiense. Revisa un párrafo que le interesa mucho y exclama: "aquí está la cura para la señora Lucinda". Su sobrino Benjamín le avisa que esperan por él para el rezo de las 6.

—Dile a tu mamá que voy al hospital. Todavía estoy a tiempo de salvar una vida.

Comiencen sin mí el rezo. — Sí mi tío.

Una tarde de mayo, José Gregorio viene de dictar sus clases. Quisiera un baño caliente antes de recibir a los pacientes en la casa. Al entrar a su resi-

dencia, ve a sus tías agitadas de preocupación. Le indican que entre a la habitación de Benjamín, su sobrino más querido, el que le hace los mandados con tanto agrado.

—¿Cómo te sientes Benjamín?

—Mi tío, me duele todo el cuerpo como si me hubiesen dado una paliza. Me duele mucho la cabeza también.

—¿Ha comido algo?—le pregunta a las tías.

—No tengo apetito mi tío—responde el propio sobrino.

—¿Desde cuando estás así?

—Desde antier, pero hoy me siento peor. Disculpe mi tío, tengo ganas de vomitar.

Las mujeres le llevan una bacinilla al enfermo, mientras José Gregorio ya tiene claro el diagnóstico al observar el color amarillento de la piel y de los ojos de Benjamin. Les dice a sus tías y al enfermo que al parecer lo que tiene es la fiebre amarilla que se ha venido de los campos palúdicos a la Caracas todavía pueblo. El pronóstico es preocupante, pero confía en la fortaleza física de su sobrino de apenas 23 años, pero hay que evitar la gravedad que significaría que el hígado o los riñones se vean afectados.

—Benjamín, tú te vas a mejorar. Y ustedes a hacerme caso. Él ya está en una fase tóxica. Le receto salicilato y otro compuesto para bajar la

fiebre. Él debe tomar mucha leche para frenar la ictericia. Yo me retiro a mi habitación. Esto hará que mejores. Me voy acostar preocupado, pero confiado en tu mejoría, Benjamín.
— Ècheme la bendición mi tío, vaya a acostarse pues.
—Dios te bendiga.
En la madrugada, José Gregorio es levantado por sus tías. Benjamín está delirando en la cama y la fiebre lo quema. Constata que el tratamiento no ha funcionado, y durante la mañana ya no encuentra que darle mientras Benjamín cae en la agonía. En la casa, las tías lloran y no encuentran santo a quien rezarle. Pero el más impotente de todos es José Gregorio que le toma el pulso y sus lágrimas se confunden con el rezo más intenso que haya realizado en su vida. Finalmente, fallece ante la consternación desgarradora de la familia. "Se me murió". "Se me murió". "Para qué sirvieron mis estudios". "Para qué sirvió el viaje a Europa". "Que impotente me he visto". "Mi incapacidad mató a mi sobrino". "No soy nada Dios mío". "¡No soy nada!" Ve a sus tías y a sus otros sobrinos. Pone su cara entre sus manos. No acepta el abrazo de ellos. Corre hacia su habitación. Está fulminado. Le falló a su sobrino. Su título de médico no le sirvió para nada. Ve hacia arriba. "¡Tú no me fallaste Dios mío, quien falló fui yo!" Días después se encuentra sumergido dentro de las

fauces de un oscuro animal depresivo. La noche está por doquier y el frío le entra por los huesos. No quiere comer. No habla ni con Dios como habitualmente lo hace. Su familia está consternada. José Gregorio no fue para el entierro por la pena enorme y su martirio moral. Todos en la casa se preocupan porque no sale de su habitación, hasta que va para la misa del novenario. Retorna a la oscuridad de su cuarto. Al amanecer, ve su rostro ojeroso en el espejo. Sus ojos enrojecidos le duelen de tanto llorar. Se percata a través del espejo que el hombre oscuro, alargado y ensombrerado se encuentra detrás de él. José Gregorio lo mira, primero con tristeza, después su mirada se torna más severa. Va hacia el crucifijo que está clavado en la pared de su habitación y se arrodilla ante él. Renueva su diálogo interior con Dios. Entre lágrimas, pide perdón, suplica, ora por el alma de su sobrino Benjamin.

En la Universidad, los estudiantes del laboratorio se encuentran tristes en la plaza. Saben del sufrimiento de su profesor, lo acompañan en su duelo. Pero a su vez están preocupados porque están conscientes de que ha caído en una profunda depresión. Saben que se ha encerrado en su habitación, que casi no consume alimentos. Están conscientes de que la familia de José Gregorio está preocupadísima, que no saben qué hacer

ante el encierro y la amarga tristeza de José Gregorio. Algunos comentan que la depresión de su profesor lo llevaría a otras condiciones más apremiantes para su salud. Hasta que ven a lo lejos, al final del pasillo, la figura de su maestro. Todos sonríen. Ahí viene el sabio. José Gregorio llega ante ellos con su tristeza todavía marcada en la cara, con sus ojeras casi tapándole el rostro, con sus ojos enrojecidos. Y dice: "Aquí estoy. Pasemos al laboratorio a dictar la clase".

XXVI. FUNDANDO LA ACADEMIA

José Gregorio Hernández se entrega con más intensidad a las oraciones y a la investigación científica. La muerte de su hermano agudiza más su entrega a lo superior. En ambas dimensiones, considera que debe entregarse más. Junto a sus estudiantes en el laboratorio, renueva con mayores ímpetus la investigación. Sus alumnos se percatan de esta renovación de sus tareas hasta el cansancio físico y mental. Así mismo, también atiende a más pacientes. Y con sus trabajos le da una luz a la fisiología que hasta ese momento vivía en la penumbra y rayaba con el misterio y con cosas del diablo, y lo que se enseñaba de ella era pura teoría hueca y ritual de caletres sin vida propia. Sus estudiantes trabajan en algo desconocido hasta esos momentos en Venezuela: trabajan en la vivisección de animales y también cultivan gérmenes. Aprenden sus alumnos con la experimentación directa, y diagnostican con la experimentación directa. Para José Gregorio Hernández, es inconcebible la medicina sin el laboratorio.

En los próximos días se concentra José Gregorio en una investigación que tiene previsto enviar al Primer Congreso Médico Panamericano de Was-

hington cuya convocatoria llega a Venezuela y que se instalaría desde el 5 al 8 de septiembre de 1893. Se reúne con varios médicos e investigadores para conversar sobre esa convocatoria expedida por el gobierno de EEUU. José Gregorio es designado para representar Venezuela, y lleva un trabajo que no es concluyente, pero desempolva el tema de la anemia. Llega a Washington después de un largo recorrido y sin ningún inconveniente por su soltura con el inglés y con otros idiomas, intercambiando fluidamente opiniones con médicos y científicos de varios países de Latinoamérica e invitados de universidades europeas y hasta de Persia. El evento se organiza de acuerdo a diversos ramos de la medicina, y allí José Gregorio asiste a exposiciones de pedagogía médica donde es muy ducho, y en otras donde no había profundizado como la jurisprudencia médica, hasta escucha experiencias sobre cirugía de ferrocarriles. En la mesa donde se hacen las exposiciones de climatología y demografía, José Gregorio expone su trabajo ante investigadores de varios países de América y de Europa. Le argumenta a los delegados internacionales, en el momento más importante de su disertación, que el número de los glóbulos rojos es menor en las personas que habitan el trópico en comparación con los que habitan en los países templados, ratificando así

la vieja percepción de que la anemia es más frecuente en los países cálidos donde el organismo está más afectado por la irradiación solar, lo que propiciaría la disminución de la concentración de glóbulos rojos en la sangre.

Regresa a Caracas con la expectativa científica creada en el congreso, pero debe profundizar su investigación y consolidar su hipótesis: sin embargo, para eso necesita el apoyo del gobierno. Han pasado los meses y no ha tenido respuesta de sus peticiones para continuar su estudio globular. Al principio siente frustración, pero intenta emocionalmente que eso no lo aflija, que no se entristezca y deje todo lo realizado. Vuelve a su laboratorio, a sus clases y a sus enfermos.

José Gregorio tiene una de sus tantas salidas de su universidad y de su laboratorio para atender a los golpeados por las enfermedades y que necesitan una mano caritativa. El señor Braulio está de pie, ya que el tratamiento ha hecho efecto y él no encuentra como agradecerle. Su esposa viene de la cocina con una sonrisa de oreja a oreja con el café y con el pastel. Los niños de la casa han llegado y abrazan al doctor. Sale del hogar del señor Braulio y ahora se dirige hacia la plaza para llegar hasta donde Doña Josefina para entregarle los jarabes porque ella no tiene dinero y él se los compró y va a llevarlos con prontitud. De la vie-

jita recibe abrazos y besos, pero no admite el café porque viene tomando desde las tazas de su tía. Va al hospital Vargas porque allá también lo están esperando. "Ese de paso rígido es el doctor José Gregorio", dice un joven que va hacia él para saludarlo y agradecerle las atenciones médicas para su hijo. José Gregorio camina con la vista hacia el suelo y murmurando un rezo, y así no se da cuenta del joven que se le acerca para darle un abrazo en plena acera. "¡Mi docto!" "Déjeme darle demostrarle mi afecto". Se sorprende al comienzo y de inmediato sonríe al recibir la cordialidad. Conversan brevemente por los compromisos del médico y se despiden con otro abrazo. Y sigue su caminar con la vista dirigida al suelo y como rezando. Llega al hospital Vargas. Uno de los trabajadores de ese lugar, que no lo conoce y que ve como atiende a varios pacientes en el pasillo apenas llega, le pregunta a un médico sobre la función de ése que acaba de llegar y tan recibido con anhelo.

—¿Y ese señor que está rodeado de pacientes, ése que acaba de llegar, es médico?

—A lo mejor tienes dudas porque no lo ves con su maletín, pero sí es médico, y además profesor y científico insigne. Y muy caritativo pues compra las medicinas para sus pacientes de su bolsillo.

El trabajador del hospital sigue a José Gregorio

a unas de sus visitas de cama. Ve que les está tomando el pulso a uno de los convaleciente, y lo hace de pie. Ve que no usa estetoscopio y que ausculta mediante un pañuelo, y le llama más la atención que atiende de pie y hasta el récipe lo escribe sin sentarse, y de esa forma se conduce en las otras visitas de enfermos en el hospital, y entiende ahora por qué es tan querido por los pacientes a quienes les da afecto y el calor de su solidaridad. El trabajador hasta ahora no había visto un médico así tan accesible, tan compasivo, y es que José Gregorio está consciente de que curar es amar.

Al salir del hospital, a José Gregorio lo espera un carruaje. Sabía que el ministro lo iría a busca para que atienda a su mamá, y lo invitan a cenar para agradecerle y halagarlo. No aceptaría la cena por los compromisos de final de la tarde, pero sí aceptaría el dinero para comprar las medicinas que le servirán a varios de sus enfermos menesterosos que no tienen con que comprarlas. Después de todo ese recorrido, al llegar a su casa hay algunos humildes esperándolo, y a todos atiende y les regala, y tiene tiempo para escucharlos con atención. Uno de sus sobrinos le entrega una carta de la compañía inglesa «The Telephone and Electrical Appliance Company donde le otorgan el teléfono número uno, recién comenzando esa

compañía sus labores de instalar teléfonos en los hogares caraqueños; y se lo otorgan debido a que es muy requerido en Caracas y por gente de otros lugares, y así atendería a sus enfermos a distancia. Muy complacido está con esta noticia, y también todos en su casa.

Al llegar a la Universidad, José Gregorio es invitado a una reunión que al principio creyó que era de la sociedad de Médicos y Cirujanos de Caracas al ver a su amigo y colega el doctor Razetti dirigiéndola, pero después recordó la conversación que tuvo con él en días anteriores donde le contó de su viaje a París y de su encuentro con su amigo Santos Aníbal Dominici, y de esa conversación emanaron saludos y recuerdos de la vida de ellos como estudiantes. Reconoce en su colega Luis Razetti su tremenda voluntad de trabajo para reformar y darle nuevos y briosos aires a la medicina en Venezuela, y sigue con atención su tarea y colabora también con él en su interés de establecer y consolidar la enseñanza clínica en la universidad y de realizar los concursos de internados en los pocos hospitales del país,

además de acompañarlo también en su propuesta de reforma de cátedras universitarias, como la de Anatomía y la de medicina operatoria. Reconoce el liderazgo de su amigo y sus ideas revolucionarias en favor de la ciencia y de la medicina.

Es infatigable este hombre de lentes redondo y de mirada firme, y que en ese instante está acompañado del doctor Pablo Acosta Ortiz. Los dos vienen del hospital Vargas donde atendían los detalles para mañana, ya que van a realizar una intervención quirúrgica con los nuevos instrumentos traídos de Francia. El doctor Razetti le comenta a los presentes, como antesala de la reunión, que la operación de mañana es de una eclampsia y que hoy vienen de hacer dos cesáreas. También está en la reunión un hermano del doctor Razetti quien le presentó a José Gregorio un proyecto que ambos tienen para la fundación de una clínica privada, pero no fue de su interés ese tipo de proyecto. Más bien José Gregorio está enfocado en su laboratorio y en la atención gratuita de sus enfermos.

Instalados todos en el salón adecuado para esa reunión de batas blancas, Luis Razetti mira los presentes alisando la punta de sus bigotes, y su cara denotaba vivacidad a pesar de sus grandes ojeras.

— Ayer le escribí a Santos Aníbal Dominici sobre la transformación de nuestro proyecto original que era la sociedad de médicos de Caracas. Así como ayer Dominici y mi persona, y también el doctor Francisco Antonio Risques, empujamos en el buen proceder a esta sociedad con los demás miembros, y que hace poco cambió de nombre al de Colegio

de Médicos de Venezuela, hoy hemos evaluado que el desarrollo actual de la ciencia positiva amerita la mayor especialización científica y doctrinaria de ese cuerpo, y consultando con el doctor Andrés Herrera Vegas, se asume llevar este colegio a un rango mayor transformándolo en una Academia de Medicina que debe funcionar como una corporación oficial protegida por el Estado.

Los médicos susurran y otros comentan más a viva voz sobre este proceder. El doctor Fleger alza la mano y manifiesta:

—Entonces hay que legislar sobre esa figura.

—Es correcto doctor Fleger. Para tal fin, mañana quiero que nos acompañe una comisión al palacio donde sesiona el Congreso de los Estados Unidos de Venezuela para entregarle a nuestro amigo, el diputado Carmelo Arias Sandoval, un proyecto de modificación de la Ley Orgánica del Colegio de Médicos de Venezuela y así llevar ese articulado a Ley Orgánica de la Academia Nacional de Venezuela.

José Gregorio Hernández participa en algunas discusiones para la modificación de los artículos, y finalmente el proyecto de Razetti y compañía fue aprobada en el Congreso en una sesión acompañada de varias batas blancas. Y al día siguiente, Cipriano Castro, el presidente de Venezuela en ese momento, firmaba el ejecútese

para "complacer a los doctores", dice él, mientras atiende con sus generales la situación de un país enfrascado en amenazas de levantamientos e insurrecciones.

En la mañana soleada de un 11 de junio de un 1904, un grupo de 26 personalidades se dirigen al Rectorado de la Universidad Central de Venezuela. En ese núcleo fundador se encuentran 11 profesores de la Facultad de Medicina, entre ellos José Gregorio Hernández. Al instalarse la academia, donde el propio Razetti fue designado como secretario perpetuo, se presenta la oportunidad de la entrega de los sillones de los individuos de número de la academia, y para eso se hace un sorteo con papelitos. Escucha José Gregorio Hernández que a él le tocó el sillón XVIII. El salón está repleto de personalidades, y se levantan a aplaudirlo cuando se sienta en su sillón académico. José Gregorio reflexiona sobre esta cumbre de máxima distinción, y su nostalgia lo cubre al pensar en sus padres y en su sobrino Benjamín.

XXVII. EL VATICANO HIEDE

Varios autos con identificación de los tribunales italianos se estacionan frente a la residencia particular del Cardenal Palazzini. El prelado observa desde la ventana de su biblioteca esa llegada. Son recibidos por el mayordomo quien recoge los abrigos y sombreros de una comitiva numerosa encabezada por los magistrados Antonio Pizzi, Renato Brichetti y Pierluigi dell Oss. Él esperaba esas visitas. En su escritorio están varios periódicos de la fecha cuando se suicidó Roberto Calvi, el presidente del Banco Ambrosiano. Hace unos días tuvo que interrumpir su labor como prefecto de la Congregación de la Causa de los Santos, muy ocupado por cierto con lo del padre Escrivá en su canonización, para así atender un juicio que ahora contiene acusaciones del empleado y hombre de confianza del suicidado, Francesco Pazienzia, quien ha hecho señalamientos contra él y contra monseñor Virgilio Levi, quien fuera el vicedirector del periódico L'Osservatore Romano.

Antes de salir a recibirlos y someterse al interrogatorio, el cardenal se queda observando la portada de unos de los periódicos con la foto del banquero colgando del puente de Londres. Los magistrados saludan con la reverencia debida

al cardenal y todos pasan a la biblioteca donde empieza el interrogatorio donde se manifiesta en primer lugar lo dicho por la viuda del banquero:·"Palazzini en varias oportunidades estuvo de visita en mi casa para convencer a mi marido de establecer relaciones con el Opus Dei con la intención de que la organización del beato José María Escrivá asumiera las acciones mayoritarias del Banco Ambrosiano". A su vez el magistrado Pizzi pone ante él un bolso de cuero negro que perteneció a Calvi, el mismo que el periodista Enzo Biagi abriera ante la televisión, y de donde salieron varias correspondencias entre Pazienzia y el cadenal Palazzini y donde se demostraban los contactos entre el Cardenal y el banquero. Por su parte el magistrado Brichetti hace alusión de algunas amenazas que la viuda le escuchó a su marido en una reunión muy privada que tuvo él con un grupo de cardenales, entre ellos Palazzini.

—¿Puede hablarnos de esas amenazas, su eminencia? —Preguntó el magistrado dell Oss.

—Sí, estuve reunido con el señor Calvi, eso no se lo puedo negar, y sí dijo algo como que si caía el Banco Ambrosiano también caería el Banco Vaticano. Sobre lo que dice la viuda del señor Calvi, no sé a qué se refiere.

—¿Es verdad que le planteó al cardenal Marcinkus solucionar de forma conjunta lo relativo a

la deuda acumulada en las empresas trasantlánticas?—Preguntó el magistrado Brichetti.
—Temo que no tengo respuesta sobre eso, señores.
—¿Qué le iba a contar Calvi a las autoridades monetarias? —Preguntó el magistrado Pizzi.
—Señores, pareciera que ustedes están dirigiendo un interrogatorio acusatorio contra mí, y eso es como hacerle un interrogatorio acusatorio a la iglesia. Ustedes, como magistrados, debieran verifica el contenido de esas correspondencias, y que por cierto hay algunas dirigidas al Papa Juan Pablo II.
El interrogatorio se abrevia tajantemente. Los magistrados se levantan y todos estrechan y besan la mano del Cardenal. Palazzini que los acompaña hasta la salida. Al irse la comitiva, se dirige a su despacho con mucha lentitud. Horas más tarde los cardenales Baggio y Rossi se encuentran de visita en su residencia. El interrogatorio de los magistrados es evaluado por los tres. Palazzini les manifiesta:
– El realismo aconseja utilizar la crisis de Calvi para el interés supre
—Se debe deponer a Marcinkus de la presidencia de ese banco y sanearlo—dijo el cardenal Baggio.
—Pero hay un gran obstáculo—dijo el cardenal Palazzini— : el Papa sigue intransigente en su defensa.
—Un gran obstáculo. Reiteradamente exige pruebas de la responsabilidad del arzobispo.

Marcinkus le dijo que fue engañado por Calvi—ratificó el cardenal Rossi.

Se levanta Palazzini de su asiento y dice:

—Señores, el Opus Dei tiene grandes avances con su santidad. Nos hemos extendido por todo el Vaticano y la presidencia del gobierno de esta entidad está en sus manos, cardenal Baggio. El pequeño Estado está a nuestra disposición, si esa es nuestra voluntad. Convenceremos al Papa, y al salir Marcinkus, esta pesadilla del Banco Ambrosiano terminará. Perdonen, pero debemos todos con gran ahínco dedicarnos al asunto de la canonización de nuestro Josemaría.

Culminada la reunión, el cardenal Palazzini acompaña a los demás cardenales a los vehículos oficiales que los esperan, y él entra al suyo ordenando al chofer que se dirija a una edificación donde funciona el Registro Histórico del fundador del Opus Dei. Esa sede, desde 1975, posee oficinas que han estado recabando toda la información sobre la vida y anécdotas del beato José María Escrivá proveniente de militantes y afectos a la causa del Opus. El cardenal es esperado por otros sacerdotes y funcionarios que besan su mano o le piden unos minutos de conversación antes de entrar a una de las oficinas donde recibe con toda solemnidad 62 tomos encuadernados de los "escritos inéditos" del beato. Con ese so-

porte recibe a su vez la expresión de un esfuerzo mayúsculo y sin parangón representado por la participación de centenares de socios y socias que recopilaron todo lo que llegaba a las oficinas para posteriormente depurar o limpiar de datos que en algo manchara o en algo desfavoreciera la vida y obra del beato Escrivá, de manera que nada de impurezas debe estar en ninguna parte sobre ese sacerdote que será llevado a los altares con el impulso de una organización eclesiástica trasnacional sumamente poderosa.

El Cardenal revisa en sus archivos el recibido de su carta enviada en 1984 al Tribunal de Madrid donde se encuentra el expediente de Escrivá; a él le hubiese gustado que ese expediente estuviese en Roma, pero el beato vivió más tiempo en España. En esa correspondencia, el Cardenal le manifiesta a ese tribunal que respalda, junto con otras cartas de altos prelados de la iglesia católica, la desaparición de todo testimonio que fuese en contra de la integridad del beato, ratificando que "en nada puede servir a la verdad quien no duda en ofender a la fe". Palazzini está al tanto de que el peso de su correspondencia fue tal que el tribunal en Madrid excluyó de inmediato varios testimonios de ex integrantes de la congregación que conocieron y trabajaron con Escrivá desde hace muchos años. Y no contento con eso, hace

modificaciones en el Código del Derecho Canónico con la intención de darle rapidez a la canonización del beato Josémaría y para eso elimina el código 2.050 donde se señala que "la fama de santidad debe ser espontánea, no promovida por arte o diligencia humana, proveniente de personas graves y honestas", y lo hace porque esa premisa echa por tierra el esfuerzo sistemático de todo el aparato de influencia y de organización que se está moviendo para llevar al padre Escrivá a los altares. Con ese propósito, él redacta otra norma que no incluya esa condición.

Palazzini está a punto de hacer una llamada. Aunque más tranquilo por todo el trabajo de estos años; sin embargo esa canonización tiene detalles que hay que superar para concretarla, así ya no existan testimonios contrarios a la figura del beato. Subsiste un dilema y es si debe o no debe admitirse la declaración del guardaespalda y confesor de Escrivá durante 31 años, Álvaro Portillo. Se ha enterado que el Tribunal de Madrid compuesto por nueve miembros ha aceptado por mayoría el testimonio, pero dos jueces emitieron un dictamen negativo porque en todo el testimonio de 31 años al lado de Escrivá hay una ausencia absoluta de referencias negativa. En 31 años nada ensombreció la vida del beato. Nunca tuvo algún error, algún desmayo de su fe, algún deseo

picante, algún mal trato, algún grito, alguna cólera, algún pecadillo, alguna debilidad propia de todo ser humano; además: los dos jueces pidieron anular la declaración de Portillo.

Un asistente le informa al Cardenal Palazzini que ayer recibieron correspondencia y hasta un par de llamadas de Venezuela, de la Conferencia Episcopal de ese país.

–Su eminencia, son insistentes. Es sobre el caso del venezolano—Anunció Bianca.

—No quiero saber del asunto de Venezuela por ahora.—le dijo Palazzini a su secretaria.

XXVIII: ENTRE DARWIN Y DIOS

El doctor Razetti recuerda sus tiempos de estudiante al conversar con José Gregorio antes de entrar a la IX sesión de la Academia de Medicina que continúa en su proceso fundacional.

—¿Te acuerdas cuando entramos en la universidad? ¿Recuerdas que la enseñanza de la medicina en todo era teórica, sin laboratorios, sin disecciones?

—Pues sí. En verdad estamos saliendo de esa prehistoria. Yo tuve que aprenderme varios textos franceses de memoria.

—Y en donde había luz era en las clases de Ciencias Naturales dictadas por el profesor Adolfo Ernst y en la de Historia Universal dictada por el doctor Rafael Villavicencio.

—De ellos viene tu formación, lo reconozco; y particularmente en eso de la filosofía positivista de Comte.

—José Gregorio, la luz del progreso hace su aparición en Venezuela con ellos.

¡Presten atención los demás! En aquellas inolvidables lecciones, nosotros sus discípulos nos creímos transportados a un aula del Colegio de Francia, tal era la altura desde la cual aquellos profesores nos hacían asistir a la evolución del espíritu filosófico a través del tiempo. No podemos olvidar ja-

más aquellas célebres lecciones sobre la teoría de la evolución y el origen de las especies del Dr. Ernst, que por primera vez se oían en una cátedra de nuestra Universidad. Acostumbrados a raciocinar encerrados en los férreos moldes del silogismo, la nueva forma que el maestro daba a sus explicaciones apareció ante nuestras jóvenes inteligencias como la aurora de un nuevo día entre cuyos celajes veíamos surgir resplandeciente y soberano el sol de la verdad. Por eso es que debemos amar y respetar a los hombres por la suma de beneficios que hacen a la humanidad y a la patria. Ernst y Villavicencio fueron en Venezuela apóstoles máximos de la ciencia positiva. Sus nombres pasarán a la posteridad envueltos en la atmósfera de respeto con que la justicia protege a los hombres que ilustraron su tiempo con el brillo de su saber.

José Gregorio Hernández estaba en correspondencia con el doctor Razetti en su insistente afán de seguir avanzando en la modernización de los estudios de medicina. En la Universidad asiste a una asamblea con todos sus estudiantes para respaldar el liderazgo de Rasetti en su oratoria tajante, objetiva y certera de los problemas que aquejan la enseñanza.

Razetti limpia sus lentes y pregunta:

"¿Cómo puede el Dr. Acosta Ortiz, a pesar de su idoneidad, enseñar anatomía sin cadáveres? ¿Qué

fruto pueden sacar los alumnos de las lecciones del Dr. Rísquez, cuando no hay un profesor de clínica que compruebe a la cabecera del paciente los principios que se han estudiado en la Cátedra? ¿De qué pueden valer la elocuencia y el saber del Dr. Rodríguez, en Terapéutica y Medicina Legal, si no existe quien compruebe los efectos de los medicamentos y señale sobre la mesa del anfiteatro los signos postmortem que nos conducen a la averiguación de un crimen o sirven para iluminar el criterio del juez pronto a condenar un inocente? ¿Cómo podrá el Dr. Vizcarrondo enseñar a sus discípulos la crepitación, la fluctuación, sin clínica, sin enfermos? Contra semejante cúmulo de obstáculos se estrellan la ciencia, el talento, la elocuencia, el buen deseo, la voluntad firme. Sólo queda un conjunto informe, un simulacro de enseñanza, una juventud perjudicada en sus intereses, un país sin porvenir intelectual".

José Gregorio aplaude con los estudiantes este ímpetu renovador. El mismo Razetti baja de la tribuna y le estrecha la mano; son amigos y también compañeros de sueños de modernidad. Hasta que Razetti pasa a otro orden en la radicalidad de sus ideas. José Gregorio Hernández asiste a la X Sesión ordinaria de la Academia de Medicina. Al llegar escucha los rumores de que el Doctor Razetti presentará un planteamiento

magistral. Llega Razetti, toma la tribuna y abre sus documentos. Después del comienzo de rigor y los respetos a los miembros de la Academia, Razetti recalca la legitimidad científica de la doctrina de la descendencia, y pasa leer un resumen de un trabajo de Max Verworn, profesor de una universidad alemana, intitulado: *La descendencia de la materia viva*. Se presenta por primera vez ante la Academia de Medicina la teoría de Charles Darwin, y allí reitera lo que ha dicho en sus clases de anatomía en la Universidad Central: "Un profesor de Anatomía Humana que no enseñe esa ciencia a la luz de la Doctrina de la Descendencia, no cumple su estricto deber, y se separa de la corriente actual de los acontecimientos". Continuando con su tajante discurso, enfatiza Razetti: "El transformismo, teoría científica, y el creacionismo, dogma religioso, se excluyen. Moisés y Lamarck son dos polos opuestos, o si se quiere, dos líneas paralelas que no se pueden encontrar nunca, y si se encuentran, se chocan como dos fuerzas contrarias: la conciliación es imposible."

Razetti se ganó la mayoría de los aplausos de los miembros de la Academia, y varios de ellos se levantan de sus sillones. Entre los muy pocos que no se levantan a aplaudir está José Gregorio Hernández. No es que sienta algo de enfado en lo

personal con Razetti, sino que no está de acuerdo con la forma de él plantear la tesis darwiniana y ve con suspicacia ese discurso que pretende darle legitimidad de "autoritas" en la Academia de Medicina a un pensamiento único y cientificista. Razetti sigue su exposición dando más detalles sobre el desarrollo de la teoría evolucionista. Su elocuencia también está impregnada de una cierta revancha ante los ataques que ha recibido en los últimos días provenientes de artículos publicados en el diario "La Religión" de Caracas donde el Presbítero Eduardo Álvares
cuestionó las clases de Razetti en la Universidad Central que han sido escenarios de divulgación constante de las ideas de Charles Darwin. Con el pasar de los días, la iglesia incrementó su cuestionamiento a Razetti mediante el pronunciamiento del propio Arzobispo de Caracas, Juan Bautista Castro; además, el Centro Católico Venezolano repartió folletos atacando sus ideas.

Y en los más álgido de su exposición, Razetti manifiesta: "No deseo influir en ustedes, pero ninguno puede concebir una Historia Natural no evolucionista, como no se concibe una geometría no euclidiana. De tal manera que le pido a esta Academia su pronunciamiento solicitándole a la Universidad que no se enseñen más en sus aulas teorías que se apartan de la verdad científica".

José Gregorio permanece silencioso. Ha acompañado a su amigo en varios de sus proyectos, pero esta vez no lo acompañará. Sus convicciones religiosas no ceden a los postulados de la teoría evolucionista. No está del todo en desacuerdo con ella, la ve admisible desde el punto de vista científico y destaca que explica adecuadamente el encadenamiento de los seres, pero también piensa que ella depende de la labor de Dios. José Gregorio no le admite a Razetti que intente arrasar con la fe mediante la imposición de una teoría científica. Precisamente, le incomoda eso de que Razetti le quiera imponer a todos las premisas de Darwin.

Con el transcurrir de las semanas, Razetti intenta avanzar. Está al tanto de algunas voces disidentes y le comentaron que entre ellas está la de su colega y amigo José Gregorio Hernández. Ante esos comentarios, Razetti se expresa:

—Es lastimosa la posición de nuestro amigo José Gregorio. Es un científico con talento, un profesor magistral y un médico querido por muchos, pero su religión le impide ser un prócer de la Ciencia que pudiera sacar a su país del atraso.

—¿No cree que exagera un poco, doctor Razetti?—dijo uno de los médicos presentes.

—No exagero, sí es lastimoso que la ceguera religiosa le impide a José Gregorio convertirse en un científico total.

El doctor Razetti, en su condición de Secretario de la Academia, convoca a una sesión extraordinaria para que sus colegas fijen su posición y voten en relación a si están a favor o si están en contra de la teoría de la descendencia. Se efectúa tal votación, y así al final de la mañana todos han votado. El resultado es que de 35 miembros de la Academia, 25 han votado a favor de la teoría darwiniana, 6 se abstienen, y 4 en contra; José Gregorio Hernández votó en contra. Hasta ese momento, Razetti está satisfecho, aunque hubiera preferido una votación favorable a Darwin de manera unánime. Sin embargo, José Gregorio Hernández se levanta de su sillón y pide la palabra:

"Hay dos opiniones usadas para explicar la aparición de los seres vivos en el Universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Yo soy creacionista. Y opino también que la Academia no debe adoptar como principio de doctrina ninguna hipótesis, porque enseña la Historia que al adoptar las academias científicas tal o cual hipótesis como principio de doctrina, lejos de favorecer, dificultan notablemente al adelantamiento de la Ciencia".

Todo queda en silencio. El doctor Razetti se sienta y baja la cabeza. Hay murmullos. Algunos miembros se reúnen entre sí. El doctor Razetti sigue en silencio. Finalmente, se hace un pronun-

ciamiento concluyente: "La Academia de medicina de Venezuela manifiesta que no le otorga a ninguna posición científica el carácter de una verdad concluyente".

Así el doctor José Gregorio Hernández zanja esa discusión incómoda, pero aleccionadora, impuesta por Luis Razetti en el seno de la Academia. Espera José Gregorio a su vez que ese debate no genere más contradicciones entre él y su amigo. Por supuesto que el altísimo nivel humano y científico de ambos no generará más fisuras, y al otro día se vuelven a encontrar para iniciar otros proyectos de modernización de la medicina en Venezuela.

Sin embargo, otros agitados momentos le tocarán en lo inmediato vivir a un José Gregorio cuando dará a relucir sentimientos apasionados y un gran temperamento, y es que una mañana soleada la gente de Caracas corre hacia el palacio presidencial donde Cipriano Castro, el Presidente que venido de los andes con una gigantesca montonera de gochos para tomar el poder en Venezuela de una manera expedita y fulminante, dará un discurso motivado por los últimos acontecimientos que eran seguidos por el mismo José Gregorio desde la universidad y desde la prensa, donde al país se le ha impuesto un bloqueo de sus puertos desde oriente a occidente, y ejecutado por

buques de guerra de imperios europeos como el británico, el alemán y el italiano con el propósito de obligar de esta manera el pago de deudas que estas potencias exigen producto de daños o expropiaciones a raíz de guerras o revoluciones pasadas, y ahora la forma de obtener ese pago es cañoneando puertos destartalados, hundiendo barcos de papel y bombardeando las prehistóricas defensas de La Guaira y Puerto Cabello.

De repente, a José Gregorio le entra un coraje inusitado en su propia aula universitaria; es un coraje patriótico. Se siente humillado en sus entrañas, y eso se lo manifiesta a los estudiantes en el laboratorio quienes detienen las prácticas y experimentos y acompañan a su profesor que como uno más se ha sumado a la manifestación que se dirige al palacio de gobierno en los momentos de los cañonazos de los bucaneros sobre el puerto de la Guaira, y es que José Gregorio ya no es el científico frío; ya no es el docente elocuente; ya no es aquel pacifista riguroso en el rezo y que nunca empuñó un fusil, sino la cruz o el microscopio, sino que esta vez es un venezolano dispuesto a defender su país, así sea con su propia vida. Muchos lo miran pasar con sus estudiantes haciendo arengas patrióticas y llegando al lugar de concentración de la multitud caraqueña donde aparece un hombre menudo, pero como poseído

por un demonio histriónico e hilarante, y he ahí al "cabito" Cipriano Castro con su semi calva y su barba, y su mirada de poseso que agita su verbo diciendo: "La planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la patria". Y es ahí que ese médico, hombre de iglesia y de laboratorio, incapaz de cualquier violencia y hecho para el amor, la compasión y el rezo, está dispuesto a coger un fusil y defender a su Venezuela querida de esta agresión y que ejecutada por naciones civilizadas, pero lo que demuestran es su naturaleza rapaz y delincuencial como la de aquel pirata Drake, como la de aquel pirata Morgan; son descendientes de aquel corsario llamado Barbarroja. Y ante sorpresa de muchos, José Gregorio Hernández es uno de los primeros en alistarse en la parroquia Altagracia con el número 1 como consta en la constancia de alistamiento con dirección en la calle Norte 2, casa N°36.

Finalmente, no coge el fusil, pero si es uno más de ese pueblo que con alegría ve como del puerto de la Guaira se alejan los barcos europeos con sus cañones todavía humeantes, y es que todos allí creen que se van acobardados al ver la valentía de un pueblo desarmado que espera su desembarco, y que así sea con piedras y palos le van a hacer frente a los catires que bajarán armados hasta los dientes y se esperan masacres; pero allá se van

los cobardes, y José Gregorio también aplaude y anima, ya que le acaban de informar que los estadounidenses presionaron a Europa para que se salgan esos navíos de guerra de un lugar donde ellos exigen una geopolítica de exclusividad, y es que "América es para los americanos" y no permitirán ellos que los europeos hagan sus tropelías en sus dominios geopolíticos porque los yankis no irán a Europa ni a África ni a Asia a echar vaina, y es entonces que a José Gregorio le caen bien los gringos, y aspira visitarlos alguna vez, y aspira llegar a conocerlos. Regresa a su universidad, regresa a su laboratorio, y vuelve a la sesión de la Academia de Medicina, y ya lo ven distinto pues el casi curita, médico y científico tiene detrás de la sotana y de la bata blanca unos cojones de patriota.

XXIX: EL HERMANO MARCELO

José Gregorio Hernández está reunido con su familia que le está celebrando su cumpleaños. En el lugar está presente una variedad de amistades, estudiantes y profesores de la universidad, y muchos pacientes y expacientes agradecidos que le traen regalos al cumpleañero. Está consciente de que su familia está cómoda y les ha conseguido trabajo y oportunidades en Caracas desde que se vinieron de Isnotú. Además, él ya está jubilado como docente universitario, finalizando así una labor llena de reconocimientos, y sus aportes científicos a la medicina venezolana le han dado un sitial de honor. Ha cumplido con casi todos con quien debiera cumplir, pero le falta cumplir consigo mismo: ha llegado la hora de asumir su vocación religiosa.

El padre Juan Bautista Castro, arzobispo de Caracas, lo invita a almorzar. El arzobispo lleva años como consejero espiritual de José Gregorio. Desde hace algunas semanas, el doctor más querido de Caracas y alrededores viene manifestándole que dejará la ciencia para convertirse en monje. El padre Castro más bien quiere convencerlo de que más útil para el país y para el mundo en general es que no se encierre en un convento porque

precisamente José Gregorio desea ser cartujo, lo que quiere decir un retiro severo y un encierro estricto, además de que le tocaría irse a Italia. Igual que muchos en Caracas, el arzobispo no quiere que este insigne médico, profesor y científico deje un hueco inmenso en la sociedad caraqueña y en el país.

—Pero José Gregorio, ¿por qué cartujo? Quieres aislarte de todo. Es como vivir oculto a los ojos del mundo.

— Eso es lo que quiero padre Castro. Mi aspiración, y se lo he dicho desde hace tiempo, es dedicarme enteramente a Dios, y dedicarme en silencio y en soledad. Al ingresar en la Cartuja asumiré una vida de oración y recogimiento. Eso es en verdad lo que quiero padre.

—Todos en Caracas saben que eres un hombre piadoso y firme creyente. Claro que sé de tu vocación, pero no sabía que deseabas llevar una vida contemplativa.

—¿Me va ayudar, padre?

—Sí que lo haré, muy a mi pesar y con el pesar de muchos, desde ricos y pobres, desde poderosos y humildes, que te van a extrañar. Ahorita mismo voy a escribir una carta de recomendación con fecha de mañana seis de octubre. Hoy estamos a cinco de octubre de este año de 1907. Voy a escribirle al Prior de la orden de San Bruno en

la Cartuja de Farneta. Eso queda en el pueblo de Lucca, en Italia.

—Gracias padre. Yo también haré mis solicitudes al Prior.

—Que tengas suerte hermano mío.

Semanas después, José Gregorio es despedido por familiares y amigos en el puerto de la Guaira. Se va de pasajero en un barco que cruzará el atlántico hasta Italia. La despedida entre lágrimas es conmovedora. Sus tías y familiares si entienden a plenitud está decisión incomprensible para muchos de los presentes en ese momento. En lo que corresponde a sus tías, ellas sabían que este instante tarde o temprano iba a llegar. José Gregorio debía cumplir

con su destino, que es la dedicación plena, absoluta y firme a esa vocación religiosa cultivada por su madre desde pequeño.

Días más tarde llega al monasterio cuyos orígenes datan del siglo XIV. Antes de entrar al convento, pasa instantes de intensa oración en la iglesia cuyo gran altar expresa el descenso del Espíritu Santo, y entra a Farneta, la casa de la orden Cartuja. Es recibido por los monjes vestidos con algo de rusticidad en los hábitos blancos. Cruza un gran patio desde donde se ven las celdas. Algo lo motiva a mirar hacia atrás antes de que se cierre la puerta, y es que logra ver que de pie

en una esquina está observándolo aquella larga figura negra ensombrerada que lo ha perseguido a lo largo de toda su existencia. La puerta se cierra borrando esa imagen, y José Gregorio sabe quién es él.

José Gregorio es atendido por Fray Etienne, el maestro de novicios. Es llevado a una de las celdas del claustro. Fray Etienne le coloca un manto negro sobre su ropa. Le entrega también un papel con el estricto horario de la comunidad para que acompañe a los cartujos en sus labores cotidianas. En el transcurso del día, José Gregorio mantiene conversaciones con el maestro, y el tema de esos diálogos determinado por el monje se centra en la vocación. El maestro conversa con él sobre el sentido espiritual de ser cartujo, y he ahí que José Gregorio le pregunta en italiano:

—¿Quali non dovrebbero essere le mie motivazioni per essere certosino? El maestro de novicios le responde:

— Si has venido para acá con la intensión de tener una existencia tranquila, sin sobresaltos, buscando el aislamiento porque no quieres más problemas en la vida, pues eso no es un motivo válido para entrar en la Cartuja. Ningún móvil egoísta o individualista es válido para entrar aquí. La única motivación válida es que vienes a buscar a Dios y a morar en él.

Al escuchar la respuesta de Fray Etienne, José Gregorio se da cuenta que la tarea de ese clérigo en estos días es estudiarlo a él mismo y ayudarlo a que en verdad descifre su vocación, por lo que será analizado con discreción a través de estas conversaciones, y su conducta será observada con suma paciencia. José Gregorio Hernández está aquí porque ha considerado que está hecho para la vida contemplativa y que tiene vocación para la soledad, y esto es lo que quiso siempre desde jovencito: el recogimiento y la oración. Entiende que está a prueba y que todavía no es admitido.

En los siguientes días de su estadía en el monasterio, José Gregorio recibe como novicio cartujo las nociones de lo que Fray Etienne denomina "lectio divina", donde debe leer lentamente pasajes de la Biblia casi que masticándolos, sintiéndolos, construyendo con cada letra varios sentimientos y conductas como el del arrepentimiento, como el de la alabanza. Cada pasaje es sembrado en su interior como en un surco trabajado y profundo. Cuando por algún motivo se debilitan los aportes de ese pasaje en la profundidad del corazón, cuando se siente que de ese texto no se puede exprimir más, pues José Gregorio pasa a otro pasaje con el mismo ahínco para que esas palabras sagradas calen hondo. Ya él ha tenido una vida en oración en entrega a ella de manera total, conti-

nua y sin distracciones; es la máxima expresión de la oración contemplativa. Allí es llevado por esta vía a la experiencia directa con Dios, y el monje le dice que es la única manera de sobrellevar los días de cansancio y de desaliento que no le van a faltar en el monasterio. Y así pasan las semanas en una perenne oración. Se trata, como le dice el maestro, de vivir permanentemente con Dios mediante el trato orante, con el rezo a cada hora, para que así surja otro tipo de hombre arrancado de las profundidades del alma y para que así el novicio José Gregorio se libere de la pasión y del dominio de los sentidos abandonando la vida banal y superficial; aunque ese sendero lo está caminando desde niño y por eso no le es difícil escuchar el silencio de su interior, y no le es duro superar la dispersión de los sentidos. Es fácil para él abandonarse en la vida monástica. Gracias a este impulso de la oración contemplativa, se siente en directa cercanía con Dios.

Con el transcurso de los meses, su vocación es probada. Llega el momento de que Fray Etienne realiza la ceremonia de lavarle los pies ante los demás novicios y monjes e inmediatamente es recibido por el Prior de la Orden, el padre superior De Rene. José Gregorio se arrodilla ante él. El Prior toma sus manos y lo interroga en latín, y él le contesta en ese idioma. El Prior lo presenta ante los

demás frailes y lo propone para la toma del hábito. Los frailes están congregados y es el momento en que se realiza una votación para aceptar o no aceptar a José Gregorio Hernández. Éste se retira del recinto en espera de los resultados. Han colocado una urna y los frailes van metiendo un grano negro o un grano blanco. Terminada la votación, abren la urna y los granos blancos son mayoritarios, lo que significa que es aceptado su ingreso a la orden. Una comitiva de frailes va en búsqueda de José Gregorio, y ya en la sala del capítulo se pone de rodillas ante el Prior y vuelve a solicitar su ingreso en la orden. Recibe una respuesta solemne: "En el nombre de Dios misericordioso, en el nombre de la orden y en mi nombre, os admito entre nosotros, y le advierto que debéis dejar su profesión. También, si vuestra conducta la reprobamos lo despediremos". Recibe un beso en la frente. José Gregorio Hernández está conmovido, y en lágrimas se arrodilla ante cada hermano para besar sus pies, y todos ellos lloran y lo abrasan porque se ha ganado el cariño y el respeto por su conducta serena, amable, servicial y en perenne oración. Por fin siente que se cumple su sueño de infancia, y sabe que su madre está mirándolo desde el cielo y está plena de felicidad.

Desde ese instante, José Gregorio es tomado por los demás hermanos que realizan un ceremonial

de corte de cabello al rape y le afeitan el bigote. Le quitan el manto negro, le eliminan completamente sus ropas y le colocan en su cuerpo la túnica blanca propia de los novicios, además de un cilicio de piel de cabra, y en el momento culminante del ceremonial es llamado "hermano Marcelo". Es llevado a su celda en cuya puerta se encuentra la letra U y la frase latina "Vir obediens loquetur victoriam".

Después vienen los días de rigor, disciplina y hasta de penurias en jornadas de 7 horas de sueño, 15 horas de estudio y de actividades espirituales intensas, y 2 horas de duro trabajo físico, todo esto cumplido al pie de la letra en cada uno de los días. La condición física de José Gregorio está sintiendo la dureza del monasterio y de las labores, además de un frío pesado como una loza; y por eso cae extenuado en la pequeña camita de su cerda, un dormitorio y lugar de estudio.

Al otro día, José Gregorio está en el patio cortando leña con un hacha o limpiando la hojarasca o alimentado las aves, y de su celda y de ese patio no puede salir. No existe diaria comunicación con el mundo exterior, a menos que el Prior D Rene o el maestro de novicio le encomienden una tarea fuera del recinto. Y hasta en su interior, no hay comunicación a manera de conversación o de saludos. Se trata de un silen-

cio profundo, abarcativo, prolongado y que se mete en la piel y en las fibras. Él sólo escucha oraciones en latín y ningún mundanal ruido se entromete; es que ni el trinar de los pájaras se escucha; es que ni el susurro del viento se siente; hasta en los oficios de la iglesia, los monjes agachan la cabeza porque deben entregarse a la oración en cada palabra latinizada. Y va caminando José Gregorio con los demás novicios y monjes mortificándose con el cilicio porque la piel, las sensaciones, el dolor, el placer, la risa, la tristeza, la pasión, el humor, el deseo, la imaginación y los recuerdos de aquellos instantes de goce material deben ser suprimidos o encerrados a cal y canto para que salga un hombre nuevo, hecho de fe para la fe y por la fe, y sigue golpeándose con el cilicio en un silencio sin fin.

El padre superior De Rene hace un recorrido por el monasterio. Acompañado de otros monjes, camina entre penumbras y paredes de piedra. Pareciera que está confirmando que en cada celda se guarde un estricto silencio, y que todo esté en una calma que pese como toneladas de rocas. Hasta que ese silencio es interrumpido por una constante tosedera que viene de la habitación de José Gregorio Hernández. Los monjes se detienen y escuchan una tos que está hueca, como algo que rasguña las paredes de un pozo. Uno de los mon-

jes se acerca al oído del padre superior diciéndole de que se trata del hermano Marcelo que al ser atendido por sus compañeros les manifestó que tiene problemas respiratorios.

Otra mañana el Padre Superior se acerca a la ventana de su cerda para darle de comer a un gorrión. Desde allí se ve el patio del monasterio y se da cuenta de que el hermano Marcelo está tocando la frente de uno de los monjes y tiene en la mano un papel para escribirle la receta. Llama a uno de sus asistentes y señala a José Gregorio. El monje le informa que en los meses que ha estado aquí el hermano Marcelo es muy popular en el monasterio porque hace revisión médica, entrega recetas, atiende y da recomendaciones de higiene a todo el que se lo solicita. Escuchan desde la ventana la tos de la noche anterior también. El padre D René le pide a su asistente que le busque el expediente del hermano Marcelo, ya qué quiere saber de dónde viene y qué hacía en su vida anterior al monasterio. Ya con los papeles en la mano, revisa su vida en detalle. Asiente con la cabeza. Su comprensión le está forjando una admiración y respeto por el hermano Marcelo. Ve con claridad una trayectoria llena de frutos prodigiosos en beneficio de la gente con problemas de salud; ve a un profesor cuya cátedra dirigió con elogios de todos los estudiantes y de las au-

toridades universitarias y colegas; ve también un completo laboratorio que trajo de Europa para el estudio de un campo microscópico desconocido; ve a un hombre de ciencia honrado por pobres y ricos de su país.

Hasta lee la carta de recomendación que le enviara el arzobispo de Caracas, y ahí descifra como un entre líneas. Toda esta información lo lleva a una decisión que para el bien del propio hermano Marcelo y de los venezolanos debe tomar.

—Buenos días hermano.

—Hermano Marcelo, pase adelante.

José Gregorio entra en una habitación del año 1.400 y que además está llena de libros monumentales y manuscritos. En el centro y de pie está el padre De René revisando página a página una biblia como sacada de la imprenta de Gutenberg.

—Estoy al tanto de sus problemas respiratorios. ¿Cómo está en estos momentos?

—He mejorado. Hace unos días estaba peor con la respiración, sobre todo en las noches. Me he automedicado.

—Lo han visto dormido en el patio.

—Algo cansado; no es nada.

—Alguien me consiguió publicaciones de Venezuela donde hacen referencia de usted.

—Bueno, sí. Decidí abandonar esa vida para estar con ustedes y entregarme a Cristo en lo absoluto.

Siempre estaré agradecido por su recibimiento.
—Hermano Marcelo, usted está aquí en peregrinación y buscando al Dios verdadero. Y tomó ese camino con el fin de que mediante la consagración religiosa imponerle eficacia a esa tarea de configurar en su corazón el rostro de Cristo. Pero creo que debe seguir en esa búsqueda fuera de las paredes de este monasterio considerando su condición de salud y también considerando su hoja de vida que igualmente es profundamente cristiana. En verdad lo que he leído me conmueve. Usted no está hecho para esta vida porque aquí es menos útil para el prójimo. Usted no está hecho para la vida contemplativa en este monasterio, sino para la vida activa en su país porque allá está el camino más directo para usted en ese propósito de encontrarse con el Señor. Escuche hermano Marcelo, no es necesario entrar a un monasterio para llevar una vida contemplativa. Usted seguiría su vida inmersa en Dios y comunicándose abiertamente con él al realizar lo que usted sabe hacer: curar a los enfermos, salvar vidas y producir conocimiento para el bien de muchos.
A José Gregorio Hernández se le escapa una lágrima. Tampoco evita toser.
—Esto no es un fracaso hermano Marcelo, mejor dicho, Doctor José Gregorio Hernández. Nuestro señor Dios no me perdonaría si yo lo

dejo aquí. Usted tiene una misión que cumplir allá afuera.

—Acepto con humildad lo que me dice padre.

—Recuerde estas palabras de San Pablo: "Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia".

XXX: AÑOS DESPUÉS, LA FARNETA ES SANGRE

Año de 1.944, el Prior Don Martino Brintz camina dentro del monasterio de la Farneta con un nuevo miembro de la congregación venido de Venezuela. Se trata del hermano Bernardo María, antes Salvador Montes de Oca, Obispo de Carora. Es un hombre alto, delgado y muy activo que es llevado a una celda ocupada por un monje italiano que se encuentra buscando leña en ese momento. El Prior le señala el interior de la celda.

—Aquí se alojó el otro venezolano que estuvo a comienzos de siglo.

El hermano Bernardo se arrodilla ante la puerta abierta. Junta sus manos. El Prior intenta levantarlo.

—¿Qué significa esto? Me pidió que le dijera donde estuvo el hermano Marcelo, y según los archivos estuvo en esta celda antes de regresar a su país abandonando la orden. Creí que usted era algún pariente de él. ¿Pero por qué se arrodilla?

—Padre, el hermano Marcelo es José Gregorio Hernández, un santo adorado en mi patria, sobre todo por los más pobres. Vengo a seguir su huella en este monasterio.

El hermano Bernardo María pronto ocupa un lugar de afecto y respeto en la congregación. Los

monjes saben que ese hermano es el obispo Salvador Montes Oca, y que viene de Venezuela con una fama de hombre solidario y de defensor de los desvalidos; viene con una fama de luchador contra las injusticias, y su trayectoria es de opositor severo contra todo abuso y contra toda inmoralidad venga de donde venga, y es por eso que se ganó la ojeriza de hombres poderosos que encontraron en él a un oponente carismático entre los fieles, al punto que por orden de las autoridades el obispo fue expulsado de manera intempestiva de Venezuela: secuestrado en su automóvil y llevado a un aeropuerto con apenas la ropa puesta. Ese obispo rebelde y defensor de los derechos humanos ahora se encuentra en el mismo lugar donde estuvo durante meses el doctor José Gregorio Hernández. Se encuentra el hermano Bernardo María en la Farneta pasando por la misma cotidianidad rigurosa de penurias, de silencio y de hieledad por la que pasó el trujillano, pero su condición de salud es mejor, lo que le permite realizar arduos trabajos en un taller de tallado de madera que él mismo instala, y todavía tiene tiempo para atender sus rosas en un jardín lleno de ellas y de otras flores, pero él es más asiduo a las rosas atendiéndolas con primor en cada mañana. El hermano Bernardo también cumple otras labores en el monasterio, como la de levan-

tarse a medianoche y salir de su celda, y en varias oportunidades se detiene ante la que fue la de su paisano, se arrodilla y reza brevemente y después prosigue con su función de levantar a los monjes tocando la puerta de sus celdas y llamándolos por su nombre haciéndose acompañar de una lámpara de aceite, y los despierta para distintas tareas en esa hora.

Hasta que una mañana como casi cien personas se agrupan ante la entrada del monasterio pidiéndoles a los monjes que le den cobijo y alimento, y especialmente que los escondan en ese lugar porque sus vidas corren peligro, y es que se trata de guerrilleros partisanos, algunos heridos en combate, y también judíos y familias enteras con sus niños y ancianos que llegan hasta allá buscando salvación. Los monjes se congregan en el patio, y sale a recibir a esa gente el Prior con el padre procurador y con el maestro de novicios. El hermano Bernardo se queda con los demás monjes en el patio, y está ansioso de que a esa gente se le deje entrar y se les dé cobijo, pero también ve el reflejo de la inquietud y el miedo en el rostro de sus compañeros, y es que todos saben que la presencia de esa gente en el monasterio es un riesgo para sus propias vidas. Sí se enteran los nazis de que los cartujos han colaborado con esa gente o si se enteran que les dieron abrigo, techo, alimentos y medicinas parti-

cularmente a partisanos y judíos, ellos sufrirán lo indecible, y serán ajusticiados y quizás destruyan el monasterio. Los monjes están al tanto del sadismo nazi en varios pueblos de la Toscana donde han sido objeto de emboscadas guerrilleras, y por eso están sedientos de sangre, así como también se dedican a la caza de judíos para exterminarlos en el mismo lugar donde los encuentren o para enviarlos a los campos de concentración cuyos rumores de los que le hacen allá aterran a cualquiera.

Ante la puerta de entrada del monasterio donde más allá se encuentra gente que clama por la salvación de sus vidas, el Prior le dice al procurador y al maestro de novicios:" Si fuera Jesús mismo llamando a la puerta ¿qué le decimos? ¿Tenemos el coraje de enviarlo a morir?"

En la oficina de información de la Gestapo, el coronel Fritz Loos recibe a viva voz del sargento Edward Frolin sus consideraciones basadas en el rumor de que los frailes de la Cartuja protegen, reciben, brindan atención médica y otorgan alimento y cobijo a miembros de la resistencia partisana en un territorio que cada día que pasa se vuelve plagado de emboscadas para la tropa alemana en la Toscana. El coronel fuma su cigarro completo midiendo cada palabra de su subordinado, y después de tragarse toda la nicotina, realiza una llamada a Max Simon, Comandante

de la 16 División de Granaderos, y coloca el auricular para que el sargento también hable con ese oficial. El alto funcionario de inteligencia le pregunta al sargento y le pide que hable alto para que el comandante lo escuche:

—Sargento Frolin, no queremos cometer ningún error porque al fin y al cabo se trata de unos monjes. ¿Cómo ha obtenido la información?

—Señor, yo visité el monasterio porque en el pueblo cercano hice contacto con uno de ellos que rompió la regla de silencio que le imponen. Yo me hice pasar por un soldado arrepentido que quiere desertar. De esa manera me fui ganando su confianza y en medio de las conversaciones noté que me hablaba del monasterio como un lugar de refugio para rebeldes y hasta para judíos.

—Ok sargento. El comandante ya dio la orden de entrar en la Cartuja. Como ya lo han visto por ahí y lo conocen, llegará hasta el que cuida la puerta de entrada diciéndole que lleva un mensaje, ya le notificaremos que contiene ese mensaje; y usted, cuando le abran la puerta capitaneará el asalto del lugar con varios de nuestros hombres. ¿Entendido?

— ¡Sí Señor!

—¡Heir Hitler!

Al día siguiente, el sargento Frolin se encuentra en la puerta del monasterio. Amaneció nevan-

do y el frío congela unos instantes que son el preámbulo de momentos sangrientos y sin misericordia. Es precisamente la ocasión cuando los monjes están congregados en misa, y el hermano Bernardo María reza como arrancando parte de su interioridad mientras sus manos aprietan una estampita con la imagen del doctor José Gregorio Hernández que para él y para muchos en su lejana Venezuela es un santo. De pronto levanta la cara con un repentino presentimiento al momento en que tocan la puerta del monasterio.

El sargento Frolin se anuncia:

—Traigo un encargo para don Pío Egger, el padre maestro de novicios.

—Yo le llevo la información.

—No es un mensaje, sino esta maceta que le envían las maestras de la escuela. Son flores que ellas quieren que también se siembre aquí.

— Bueno, ya abro para que me la entregue.

El hombre que atiende la puerta de entrada la abre, y el sargento pone un pie en el interior del monasterio y le pega en la cabeza con la cacha de su pistola. Al derribarlo, abre de par en par la puerta y entran unos 20 de las SS pegando gritos e insultos. El hermano Bernardo trata de frenarlos en su arremetida y es derribado de un culatazo en el estómago y pateado en el rostro. Bernardo aprieta en un puño la imagen de José

Gregorio mientras es arrastrado junto con los demás monjes que en el transcurso de las horas son golpeados y vejados al momento que entra al monasterio un camión de donde bajan más nazis que como perros de presa sacan a los monjes de sus celdas y a los trabajadores y cocineros, y también llegan hasta el lugar donde están atendiendo a partisanos heridos y algunos son ametrallados en ese pequeño hospital y otros son llevados al patio, y siguen los nazis revisando cada rincón del monasterio hasta que llegan a los sótanos donde encuentran esta vez a judíos prófugos. Ya a todos los que habitan en la Farnetta los concentran en el patio mientras llegan más nazis que además de buscar refugiados también se dedican al pillaje llevándose cosas de valor muy antigua, además de los alimentos y animales que criaban allí.

El hermano Bernardo María se limpia el corte en la frente como rastro del puntapié propinado por uno de los SS. Igual que los demás monjes y novicios, casi como unas 33 personas, él se encuentra encerrado en el almacén del monasterio. Los novicios en especial están nerviosos, algunos lloran espantados con la posibilidad de que los nazis los asesinen. El hermano Bernardo trata de darles palabras de aliento y exhorta a todos a que recen juntos. Los SS abren la puerta y vuelven los improperios y los golpes, y esta vez les ordenan

que se quiten los hábitos y que queden desnudos. El prior trata de interceder por algunos de los monjes y hasta por el mismo hermano Bernardo María. Se dirige a uno de los oficiales,

—Señor, este monje no está involucrado en nada de lo que pasó en este monasterio.

Ni siquiera es de aquí; ni siquiera es italiano.

—¿Cómo dice? ¿De dónde es?

—Oficial, este hombre es obispo y viene de América.

—¿De América? Es americano.

El SS se dirige al hermano Bernardo y lo increpa agarrándole por los cabellos: "Así que eres americano. Entonces a lo mejor eres un espía de los estadounidenses". Vuelve a recibir el novicio otro culatazo en el estómago. En las horas siguientes, el venezolano es objeto de más golpes y amenazas hasta que al siguiente día los nazis deciden abandonar el monasterio. Visten a los monjes con ropas de civil y amarran sus manos con alambres de púas y son subidos a un camión. El hermano Bernardo piensa en José Gregorio Hernández para que interceda por él ante el Dios verdadero porque tiene el presentimiento que de esta situación no sale vivo. Detienen el camión y de ahí bajan al prior y al hermano Bernardo. Los llevan delante de unos árboles. El venezolano piensa que por fin verá a nuestro señor Jesucristo

y a José Gregorio Hernández. Los SS levantan sus metralletas y apuntan.

XXXI: LA GRIPE ESPAÑOLA

Octubre de 1.918, José Gregorio Hernández regresa a Venezuela e inmediatamente se entrevista con su amigo y consejero, el arzobispo de Caracas, para hacer posible su entrada en el seminario, pero éste finalmente lo convence de que deseche definitivamente esa idea de hacerse sacerdote y que más bien retome sus actividades como investigador, como docente y médico. Su amigo usó casi que los mismos argumentos del prior para que se arrancara del corazón esa aspiración que lo anularía de ejercer las tareas de la vida y de mayor utilidad para los venezolanos. José Gregorio Hernández por fin concluye que más bien desarrollaría su vocación religiosa en el servicio a los demás de manera activa, y con su voluntad ya forjada se va un tiempo a Nueva York y a Madrid para actualizar sus conocimientos en Histología y en Embriología.

Retornando a Venezuela, encuentra el puerto de la Guaira bajo un completo desorden. No ve a ningún funcionario que lo reciba ni a ninguno de sus familiares, y la gente correteando con nerviosismo y llega a escuchar la palabra "cuarentena". La calle se está despejando de personas y encuentra a un conocido amigo que en

carreta lleva a varios pasajeros bajo un sol incremente hacia Caracas. En el trayecto escucha los comentarios donde se habla de prohibiciones a partir del anochecer, donde no se permiten reuniones sociales ni en calles ni en plazas ni en templos, ni siquiera en las propias casas. Las clases también fueron suspendidas y hasta las misas. Por eso es que el ferrocarril no está trabajando ni ninguno de sus sobrinos o tías vino a recibirle. Se habla de fiebres, se habla de problemas respiratorios en una cantidad de enfermos que ya están abarrotando el hospital Vargas. José Gregorio entiende ahora que ha llegado en momentos en que las autoridades han impuesto una cuarentena en Caracas y la Guaira; alguna peste está comenzando su labor funesta.

La Caracas que José Gregorio ve en plena tarde está desierta. Las casas cerradas y los comercios también. La carreta con los pasajeros se detiene y él, llevando su equipaje, hace su camino por las calles donde apenas se topa con algunos que intentan llegar pronto a sus hogares. Escucha decir a unos señores con mucho nerviosismo que Alí Gómez, el hijo predilecto de Juan Vicente Gómez, murió víctima de esas fiebres y de la falta de aire en los pulmones. Llega a su casa y encuentra a su familia por ahora bien de salud. Todos ellos decidieron cumplir irrestrictamente las directrices

decretadas por la denominada Junta de Socorro que es nombrada en varios lugares. Luis Razetti forma parte de dicha junta y viene a buscar a José Gregorio al enterarse de que está de regreso en Venezuela. Él lo recibe y ve en su rostro las huellas de un cansancio y de un estrés de días sin dormir. Inmediatamente José Gregorio Hernández se suma a las tareas de esta Junta de Socorro.

—¿De qué se trata Luis?

—José, ha entrado la pandemia de gripe española a Venezuela.

—Y me imagino que como todas las epidemias, entró por la Guaira.

—Ahora ya está en Caracas. Se presentaron los primeros casos en la Candelaria. Vamos al hospital Vargas donde ya no podemos tener ni más pacientes ni más cadáveres. Estamos organizando otros lugares.

—Y los síntomas por lo que he escuchado son la tos fuerte, la fiebre intensa y el colapso en los pulmones que es lo que está causando la muerte.

—Caen en una neumonía fulminante.

—Bueno estoy a disposición, Luis.

—Vamos a la Junta de Socorro del Distrito Federal. Te habrás dado cuenta de algunas de las medidas sanitarias y epidemiológicas que se han tomado desde la Junta.

—¿Luis, tienes el total apoyo del Gobierno?

—Aquí estamos nosotros solos prácticamente. Estamos con los pocos médicos, los pocos enfermeros y enfermeras y los voluntarios que también están cayendo con el virus. Juan Vicente Gómez, a pesar de la muerte de su hijo, no ha dado la cara en Caracas y prefirió esconderse en sus propiedades de Maracay.

Los caraqueños entran en pánico ante tantos enfermos, y la mortandad es tal que diariamente recogen cadáveres en calles y en el interior de las casas. Son muchas voces que hablan de castigo divino por tantos pecados acumulados por la humanidad, ya que se sabe que esta peste es mundial y que la denominan "la gripe española", y en diarios llegados desde Europa o de EEUU se informa que la pandemia lleva millones de muertes y no se detiene su estela de luto en los cinco continentes. El caraqueño se llena de rumores y supersticiones e intenta de atender la peste con supercherías y remedios que no tienen que ver con la enfermedad. Ante tal realidad, el liderazgo de Razetti se impone en la Academia nacional de medicina, ya que la totalidad de sus miembros se pone de pie para combatir el virus en cada calle y en cada rincón con los conocimientos que se tienen e incluso se improvisan hospitales en esquinas caraqueñas y se utilizan conventos, locales masones, escuelas, teatros y todo lo disponible,

y además la Academia misma publica una declaración para explicarle al país de que se trata la enfermedad y cuáles son las medidas individuales y sociales para enfrentarla.

Hasta que el doctor José Gregorio Hernández y el doctor Luis Razetti realizan sendas declaraciones públicas donde manifiestan que la causa fundamental de tanta muerte no sólo es el efecto propio del virus, sino que el peso mayor de su letalidad tiene que ver con la extrema pobreza, la desnutrición, la insalubridad y la inexistencia de higiene en la gran mayoría de los venezolanos. Expresan ellos que por supuesto la gripe española es más letal sobre un pueblo subsumido en la miseria y padeciendo en buena parte del país todo tipo de enfermedades, especialmente el paludismo y la tuberculosis. La gente se muere porque es pobre, está desnutrida y padeciendo otros males de salud terribles, dicen ambos médicos. Estas declaraciones para algunos del alto poder político suenan duras y casi que subversivas como llamado de protesta directo contra una tiranía gomecista que reina en una tierra agotada por la pobreza y desatendida, pero no pueden callar esas voces porque son las que están en primera línea de combate contra la peste.

Mientras los comentarios por estas declaraciones de José Gregorio y de Razetti se hacen altisonan-

tes, el médico de los pobres duplica sus tareas en una Caracas donde en cada calle se ven las comisiones sacando cadáveres de las casas, y donde sus familiares no pueden acompañarlos cuando los lanzan a una fosa abierta para esos cuerpos en el Cementerio General del Sur llamada La Peste. En una de esas calles, José Gregorio ve a cierta distancia al hombre largo, negro y ensombrerado que está ahí de pie y sonriente en medio de tanto sufrimiento, y es cuando arrecia su trabajo al entender que está luchando contra el mal y mira con entereza, con firmeza a la muerte; la mira de frente y le dice que la combatirá sin descansando llevando su tapabocas y sus atuendos para protegerse del virus; llevando sus atenciones para dar paliativos en cada casa a todo afectado. Casi no duerme ni come, pero no desmaya. No se siente héroe, sino que más bien es sincero consigo mismo, es franco. Sólo está sirviendo al hombre con las herramientas que tiene; sólo es un servidor y le place, y ahí está su grandeza en eso de querer ayudar a los demás en este instante donde todo es derrota y calvario. Ayudando a todas esos enfermos del virus, José Gregorio por fin encuentra la paz tan anhelada.

Y así como apareció la gripe española, de repente fueron disminuyendo las muertes y los contagiados, y ella se fue. Caracas volvió a ser ese lugar

de tantas banalidades, como si no hubiese pasado nada y no hubiese nada que aprender de esa tragedia colectiva.

XXXII: CAMINO HACIA LA ETERNIDAD

Día domingo, 29 de junio de 1919, José Gregorio Hernández sale de la iglesia de la Santa Capilla. Hoy la festividad tiene que ver con los apóstoles San Pedro y San Pablo. Muchos saludos de la gente, y una variedad de recomendaciones como médico para señores y señoras de toda condición social que se detienen a hablar con él en la puerta de la iglesia. Por fin se despide de todos y se dirige a su casa. El calor lo empuja a echarse un baño antes de almorzar. Su hermana María Isolina dispone la mesa.

—Te veo sonriente, José.

—Por dos cosas María. La primera es que tal día como hoy, hace 31 años, me graduaba como doctor en Ciencias Médicas. Todavía recuerdo las palabras de mi querido rector, el Doctor Aníbal Dominici.

—El papá de Santos.

—Sí, el papá de Santos. Recuerdo que me dijo así, lo recuerdo perfectamente: "Venezuela y la Medicina esperan mucho del Dr. José Gregorio Hernández".

—Fue premonitorio, mi hermano.

—Jajaja. ¿Tú crees?

— ¿Y cuál es la otra cosa mi hermano?
—Lo que es titular en la prensa de hoy. Se firmó el Tratado de Versalles que pone fin a esa atroz guerra en Europa. Los aliados han ganado, y ojalá que no vuelva a producirse otro conflicto de esa magnitud entre naciones. He estado leyendo el discurso del presidente Wilson y es esperanzador. Si supieras mi hermana que he orado todos los días para que la humanidad deje de sufrir en esa matanza, y te confieso más: en mis oraciones le dije a mi señor Dios que ofrezco mi vida para acabar con esa tragedia.
—Por favor mi hermano. ¿Pediste eso?
—Si María. Además, sabes que esa guerra interrumpió mis estudios de embriología e Histología en Francia. Si eso es así, regresaré a París prontamente a continuarlos.
Al terminar el almuerzo se sienta en la mecedora y cierra los ojos un instante. De pronto por su cabeza pasa el recuerdo del bachiller Rangel, su alumno predilecto, que se suicidó estando él en La Farnetta, pero hubo un tiempo de comentarios raros en Caracas donde se decía que él no le dio su apoyo para evitar que callera en la depresión producto de su fracaso en enfrentar la epidemia de peste bubónica. De repente esa imagen se va disipando y es sustituida por sus libros publicados, el de Bac-

teriología y el de Filosofía, y pues piensa en futuras publicaciones. Ahora que hay paz, le espera Europa para recopilar más documentos, y en segundo recuerda la foto que se tomó en un estudio en Nueva York, trajeado de negro y con un sombrero negro, de corbata negra y pañuelo blanco en el bolsillo, y he ahí su bigote bien cortado y su mirada serena.

Entre dormido y despierto, su hermana María Isolina no quiere despertarlo, y José Gregorio siente su presencia.

—¿Qué pasa María?¿Llegó César?

—Nuestro hermano no ha llegado. Es que en la puerta están unas personas solicitando que vayas a ver a la señora que vive entre las esquinas de Amadores y Cardones.

—Diles que me esperen allá que ya salgo para la botica donde voy a buscar la medicina que le mandé preparar a don Vitelio.

Las personas se fueron contentas y José Gregorio se viste. Su hermana se incomoda porque a su hermano casi no lo dejan descansar en las tardes o a cualquier hora; a cualquier hora él se levanta dispuesto a ayudar a uno que otro enfermo. Rápidamente se encuentra caminando hacia la botica con su andar rápido y sin mirar de frente, sino hacia el piso. Recibe el medicamento del boticario, y al dar la vuelta se encuentra con otro vecino.

—Doctor, menos mal que lo encuentro aquí. Iba para su casa.
—¿Qué pasa Jacobo?
—-Mi vecina me acaba de decir que su pequeño hijo se cayó de un balcón y está muy golpeado. Lo esperan en mi casa.
—Voy aquí mismo Jacobo. Entrego pronto este medicamento y voy de inmediato para allá.
—Gracias Doctor. Dios se lo pague.
Fernando Bustamante ha terminado su faena como mecánico dental. Tiene un Essex Super six de reciente fabricación estadounidense, pero el vehículo no es de él, y que por cierto su licencia de conducir se la entregaron hace pocos días. Un miembro del protocolo de Juan Vicente Gómez le prestó ese automóvil con un motor de seis cilindros para hacer unas diligencias en la capital porque él es un hombre de confianza de esa gente del gobierno que le permite conducir ese vehículo de la flota oficial en una Caracas donde ya deambulan como unos 900 automóviles y en donde se habla de la palabra "tránsito" como una nueva incomodidad. Llegó el momento de comer y se va rumbo a La Pastora. Al llegar a Amadores, sube por la esquina del Guanábano y delante de él está un tranvía eléctrico. Va tras él porque en sentido contrario viene un muchacho con una carretilla y por instante sigue el tranvía

hasta que éste se detiene y Bustamante decide rebasarlo. Aplica la segunda al momento que toca la corneta y le mete la tercera, y es …

José Gregorio Hernández sale con cierta prisa de la botica. En la acera del frente cruzando la calle vuelve a ver el hombre ensombrerado vestido de negro. Pareciera que quiere decirle algo desde aquella distancia. Pareciera que quiere advertirle algo como angustiado. José Gregorio ya no ve la figura ensombrerada en la acera del frente y con determinación cruza la calle al percatarse que el tranvía eléctrico se detuvo en la esquina, pero no ve el Hudson Essex que lo embiste con el guardafango aporreándole por debajo de las rodillas y pierde el equilibrio cayendo hacia un poste que no logra agarrar y termina pegando la nuca con el borde de la acera en un fino instante donde se le escucha gritar "¡Virgen Santísima!". Cae como un hielo sobre la frente y las manos, sobre los pies, sobre el cuerpo todo. Encima de él, la cruz de aquella iglesia hogareña instalada por su madre donde aprendió a rezar en aquellos días infantiles cuando sus tías lo llevaban de la mano para verla y que ya no está en su lecho de muerte, sino de pie ante él y sonriente mientras se desprende de las manos de sus tías y se encuentra completamente desnudo y se coloca en posición fetal, y más allá un ejército de esqueletos caen sobre los

vivos que corren por las calles de Caracas, y detrás de un gran árbol está una figura oscura que se oculta, y José Gregorio se aleja sano y salvo.
Fernando detiene el automóvil porque identifica que se trata del doctor José Gregorio Hernández, su médico también. Un vecino se acerca prontamente para ayudar a levantar el cuerpo que está sobre un charco de sangre con el rostro desfigurado, y es que se ha fracturado la base del cráneo causándole la muerte instantánea. Lo colocan en el propio automóvil y se dirigen hacia el hospital Vargas con la esperanza de recuperarlo, y el chofer llora en desespero diciendo: "¡Doctor, no se nos muera!" "¡Usted hace falta en esta vida!" "¡Tanta gente que necesita de usted!". Y el vecino recita una oración. Y al llegar al hospital, unos estudiantes de medicina que reconocen a su profesor ayudan a ingresarlo mientras otros salen corriendo en búsqueda del doctor Razetti, y lo encuentran en los pasillos en reunión con otros médicos.
—El doctor Hernández entró al hospital con una herida en la cabeza. Fue atropellado por un automóvil.
—Llévenme con él.
Los jóvenes están llorando alrededor del cuerpo de José Gregorio. Razetti revisa con angustia a su amigo y adversario intelectual que llegó muerto

al hospital. Revisa las heridas. La base del cráneo está fracturada, constata, y dicha fractura fue provocada al caer y pegar con la punta de la acera, de acuerdo a las expresiones del chofer del automóvil que lo embistió. Razetti trata de secar sus propias lágrimas y ve el rostro manchado en sangre de su colega. En instantes llega César y otras hermanas, y también llega el director del hospital, otros médicos, enfermeros, pacientes, trabajadores. Como la noticia corrió como pólvora, la entrada del centro médico se llena de personalidades, amistades, universitarios, pacientes y pueblo que se entera en la calle. La noticia recorre Caracas entristeciendo corazones y hogares de toda condición social y económica.

Realizado los arreglos en el hospital, los parientes trasladan el cuerpo de José Gregorio Hernández a la casa espaciosa de José Benigno y de Hercilia; ellos son hijos del papá de José Gregorio con su segunda esposa. En la medida que pasan las horas, llega una poblada de todos los colores y olores que va para allá a dar el pésame a los hermanos y sobrinos del difunto que ya están aturdidos ante tanta gente que viene de los barrios y urbanizaciones a pie, en carro, en burro, a caballo o en carreta. Los desmayos y el llanto se multiplican en la voz de cientos de personas desconocidas para los familiares, y es que vino Caracas a llorar,

y es tal la multitud que tiene que multiplicarse la policía para mantener la compostura, y así como llegan los vendedores ambulantes, también viene el clero de todo nivel; viene el arzobispo, obispos, curas y monjas, y el vende helado y el vende cualquier cosa, y no cabe la gente no sólo en la casa, sino también en la calle que recibe un ejército de curados agradecidos que vienen a llorar y a tocar el ataúd, y ya lo llaman "¡santo!" y cientos de manos tratan de tocar el ataúd bendito a pesar de mil coronas que ya forman un tumulto en los alrededores del féretro. Es entonces que Razetti y autoridades universitarias, los miembros de la Academia de Medicina, el estudiantado que vino compacto a rendir honores, y hasta los representantes del gobierno gomecista de todos los niveles, son testigos de una inmensa expresión de afecto de un pueblo que llama santo a un hombre considerado como la expresión más sublime de la caridad y de la cercanía con Dios. Son muestras de amor colectivo que dejan estupefactos a muchos presentes, y la palabra "santo" queda sembrada para siempre.

Los familiares y amigos reciben la llegada del Presidente Provisional de Venezuela, el Ministro de Instrucción Pública Victorino Márquez Bustillos, quien en nombre del propio Benemérito Juan Vicente Gómez trae su pésame más sentido para

los familiares y allegados del doctor Hernández.
—Señores, recomendamos realizar todas las tareas para llevar el cuerpo de este honorable hombre al paraninfo de la universidad central para rendirle honores antes de ser enterrado donde ustedes hayan dispuesto—Manifestó el presidente interino sinceramente conmovido.
— Ustedes clausuraron la universidad desde el año 1912— dijo una voz seca y tajante.
—Por este hombre la universidad debe abrirse para el homenaje correspondiente— Contestó impávido el interino.
Es así que la universidad abre sus puertas después de varios años clausurada por la dictadura para recibir a uno de sus hijos más insignes. Cierran comercios y escuelas. Se detiene el transporte. No hizo falta decretos oficiales para homenajes en las edificaciones públicas. Los gremios se paralizan. Caracas está conmovida. Nunca antes se había visto tanta impresión de dolor y de tristeza en los caraqueños, lo que se extendió a todo el país, ya que llega gente de varios estados para estar presente en los últimos homenajes al médico de los pobres como ahora lo llaman de manera espontánea la gente que sale del barrio para verlo por última vez. Sus hermanos y sus sobrinos lo sabían. Sus amigos lo sabían. Sus colegas lo sabían, y es que la impresión que están dejando todas estas muestras

de tristeza, de afecto y ahora de adoración colectiva es muy fuerte. Sus hermanos se abrazan porque ahora constatan que vivieron con un ser especial, con un santo. Caracas despide a José Gregorio haciendo una cola kilométrica para entrar, y la sorpresa de los que ven el rostro del cadáver es mayúscula pues el doctor muestra un faz sonriente y serena, y hay quien se postra de rodillas y grita "¡el santo sonríe!" Una multitud se arrodilla también en rezo colectivo ante esa manifestación divina. Se informa que el arzobispo de Caracas está listo para recibir al doctor José Gregorio Hernández en la catedral donde por primera vez en la historia se realizaría una misa de "corpore insepulto", jamás visto esto para algún eclesiástico, menos para un seglar. Y es entonces que el pueblo se acerca a la carroza fúnebre mandada por el gobierno para ese traslado, y unos brazos anónimos y hediondos a calle y a tierra se apropian del ataúd y se lo ponen en hombros en medio de un océano de pueblo que se lo lleva, se lo lleva para recorrer durante horas esa Caracas que lo vio caminar por sus calles llevándole medicinas y cuidados a los enfermos. Caracas llora su siervo, el país tiembla conmovido de dolor, y la gente grita con el rostro dirigido al cielo: ¡El doctor Hernández es nuestro!

XXXIII: EL BEATO

Palazzini está consciente de que sus días presidiendo la Congregación para la Causa de los Santos están por acabarse. Se intensificaron las críticas de los obispos sobre su trabajo de años, ya que ha priorizado modelos de santidad que no toman en cuenta propuestas de legos, dejando en un último plano esa dimensión de inmensa mayoría católica. Igualmente le critican desde varios frentes que las mujeres tampoco tienen mayor peso en sus propuestas, y mucho menos en lo que respecta a mujeres casadas. Todo lo que ha hecho, piensa él, está en correspondencia con los deseos del papa Juan Pablo II, y que por cierto casi que masifica la creación de beatos y beatas. Por cierto, que es inamovible entre sus preceptos que para la beatificación se necesita de un milagro comprobado; y para la canonización, un milagro adicional también se necesita, pero a eso se le debe sumar una decisión de sumo poder que viene de los cielos…

—La beatificación de José Gregorio Hernández es una posibilidad mientras se confirme el milagro, pero la canonización significa la confirmación de otro milagro, más la infalibilidad papal— explicó su visión a una comisión integrada por

sacerdotes y un obispo que vienen de la embajada de Venezuela en el Vaticano.
—¿Puede ser más explícito, Cardenal? --pregunta alguien de esa comisión.
—Más importante que el milagro, el personaje es santo si así lo declara un Papa, porque ahí el Papa no se equivoca porque obra como instrumento de Dios. Pudiera hasta equivocarse con declarar beato o beata a alguien, pero eso no será con la declaración de santo que venga de su boca de manera solemne. Un Papa nunca se equivoca en eso porque allí esta obrando como intermediario de Dios.
—¿Y si las pruebas de santidad que presente su Congregación no son suficientes o incorrectas?— preguntó el obispo que acompaña la comisión.
—Repito, el Papa, el Papa, sólo el Papa nunca se equivoca cuando declara santo a alguien. También creo que ustedes, o allá en Venezuela, están más pendientes del último escalafón, que es la canonización, y en el caso del doctor José Gregorio Hernández todavía farta recabar más información y comprobar fehacientemente lo del milagro que se le adjudica para que sea en estos tiempos de su santidad Juan Pablo II que se le declare beato.
El cardenal Palazzini despide con elegancia a la comisión reiterando la promesa de acelerar la

beatificación del venezolano. Al cerrar la puerta, vuelve a sentarse y dirige su mirada hacia su obra monumental, la "Biblioteca Sanctorum", su legado de volúmenes sobre biografía de santos y beatas. Se siente ya desgatado llevando el peso de las reformas avanzadas por el Papa a través de su "Divinus Perfectionis Magister", su constitución apostólica con sus lineamientos para la creación de santos. Palazzini despidió a los abogados y juristas teologales de la congregación y más bien ha contratado a asesores en historia y en teología, y a archivistas, bibliotecarios, relatores de informes críticos y traductores que se encargarán de revisar las pruebas que durante años vayan suministrando los obispos o los que estén haciendo la labor investigativa, aunque todavía se siguen buscando a los testigos para que presenten testimonios sobre la vida santa o mundana de los personajes. Con él se acabo la labor de los abogados del santo o del diablo y se acabaron los tribunales y juicios a los que eran sometidos durante décadas los candidatos a santo.

Meses más tarde, el cardenal recoge varias de sus pertenencias del escritorio, y su secretaria personal también. Hasta hoy es el prefecto de la congregación, ya que por disposición del Papa dejará de serlo a partir de mañana. En verdad también él quiere descansar. Se detiene un momento an-

tes de atravesar la puerta y alejarse para siempre de su despacho como prefecto emérito. Entre las cosas que recoge de su oficina, lo que más él valora es la medalla otorgada por la comunidad de Yad Vashem por haber salvado de caer en manos de los nazis en el Vaticano a un número indeterminado de judíos. Se lleva también una foto con marco de oro de un árbol que sembraron en su honor en ese pueblo israelí.

Un año después, el papa Juan Pablo II se despierta de repente algo sudado e inquieto, tenía pesadillas; lleva varias noches en esa situación. Tres de la mañana. Una llamada a su teléfono al lado de su lecho. Él pidió que lo llamaran sin impedimento si se cumplían los malos augurios clínicos. Contesta la llamada; acaba de fallecer el cardenal Pietro Palazzini en la clínica romana "Pío XI". Inmediatamente se pone de pie y llama a sus asistentes para que lo ayuden a vestirse. Se dirige a su escritorio para escribir sus condolencias para Lino Palazzini, el primo del cardenal. Bien temprano atendiendo a familiares y pesonalidades de la vida esclesiástica y política de Italia, el señor Lino recibe el telegrama y lo lee al lado de los familiares más íntimos porque la correspondencia tiene el sello papal:

APPRESA CON PROFONDA TRISTEZZA LA NOTIZIA DELLA SCOMPARSA DEL SUO

AMATO CUGINO IL CARDINALE PIETRO PALAZZINI DESIDERO ESPRIMERLE LA MIA INTENSA PARTECIPAZIONE AL DOLORE PER LA MORTE DELL´ILLUSTRE E CARO PORPORATO INSIGNE GIURISTA E MORALISTA CHE PER TANTI ANNI HA SERVITO LA CHIESA CON FEDELTA´ COMPETENZA ED ENCOMIABILE SPIRITO SACERDOTALE IN PARTICOLARE NELL´INSEGNAMENTO UNIVERSITARIO ARRICCHITO DA NUMEROSE PUBBLICAZIONI SCIENTIFICHE DI CARATTERE TEOLOGICO-MORALE CANONICO E AGIOGRAFICO COME PURE NEL LUNGO SERVIZIO ALLA SANTA SEDE PRIMA NELLA SEGNATURA APOSTOLICA E NELLA CONGREGAZIONE PER I RELIGIOSI POI COME SEGRETARIO DELLA CONGREGAZIONE PER IL CLERO ED INFINE COME PREFETTO DELLA CONGREGAZIONE DELLE CAUSE DEI SANTI (.) RICORDANDO CON GRATITUDINE AL SIGNORE L´AMPIA MESSE DI BENE RACCOLTA DAL COMPIANTO CARDINALE INVOCO PER LA SUA ANIMA ELETTA NELLA LUCE DELLA SPERANZA CRISTIANA IL PREMIO ETERNO PROMESSO AI GIUSTI ED IMPARTO CON AFFETTO A LEI ED ALLE PERSONE

CARE LA CONFORTATRICE BENEDIZIONE APOSTOLICA.

Año 2020. Hace 15 años que se murió el Papa Juan Pablo II, y hace 7 años que renunció al papado Joseph Ratzinger. Son otros tiempos, y para ellos el catolicismo debe comportarse de otra manera. Las legiones de demonios se han incrementado en vísperas de la batalla final, y la última trinchera de la fe debe recibir nuevos contingentes, con nuevos recursos, nuevas fuerzas y nuevos bríos. De eso está consciente el argentino Francisco, el Papa número 266 y el octavo jefe de Estado de la ciudad del Vaticano, y el primer americano pontífice en la historia del catolicismo. Los perros aúllan en un perdido callejón, y cualquiera piensa que están en celo. Se cierran las puertas. Se abren las ventanas. La luna es hasta musulmana con una estrella muy cercana de su forma de cuerno en un firmamento que acompaña el mucho movimiento de clérigos que salen de una reunión en la Congregación para la Causa de los Santos con el nuevo Papa que viene con el empuje de un huracán de cambios precisamente allí donde fabrican a los santos, y es que ha sumado otra causa que fundamentará las futuras beatificaciones, y es que con el básico afán del candidato o candidata a beato o beata de ejercer la caridad y la solidaridad con el prójimo, así sea a costa de su vida o presentado riesgo cierto de

muerte prematura, se abre con eso la beatificación, algo que antes en especial ameritaba milagro, vida heroica o martirio cruento. Pues ahora ese camino lo maneja Francisco con el término "Maiorem hac dilectionem", y ahí que la sesión plenaria con presencia de su santidad aprobó esa cuarta vía, ese *Motu proprio* que es el ofrecimiento de la vida para hacerle el bien al prójimo como acto de caridad, pero visto esto de manera ordinaria y sencilla, y es que la sencillez es la esencia que transmite o desea transmitir este Papá que por eso escogió para sí el nombre del santo más representativo de la humildad, San Francisco de Asís.

—¿Y ahora qué viene?—le preguntò el cardenal Angelo Beccio al papa Francisco.

—Vendrán los candidatos más diversos para ser beatos, y todo será más sencillo. Encárgate de eso presidiendo esta congregación.

El Papa ve directo a los ojos de su amigo personal y confidente. Quien diría que meses más tarde le exigiría a ese mismo Beccio su inmediata renuncia como prefecto de la congregación y de sus potestades cardenalicias por caer en uno de los más escandalosos hechos de corrupción en el Vaticano en su historia no muy santa.

Diecinueve de junio de 2020, el cardenal Ángelo Beccio informa a periodistas del Vaticano los resultados de su audiencia con el Papa Francisco.

Hay un anuncio para el catolicismo: el papa autorizó el decreto de la Congregación de la causa de los santos donde se le concede la beatificación al Dr. José Gregorio Hernández.

—¿Qué motivo dicha decisión que alegrará al pueblo venezolano? —preguntó un reportero de origen latinoamericano.

—Entre otras cosas está el hecho de que nuestra Congregación aprobó el milagro de curación en la niña Yaxauri Ortega. Ella recibió un disparo en la cabeza, y con todo y eso su intervención hospitalaria fue después de cincuenta horas y donde perdió masa encefálica. Veinte días después, le dieron de alta completamente en buen estado. Sus padres se encomendaron al doctor Hernández.

Las restricciones por el COVID 19 están en plena vigencia, y es por eso que en Caracas se realiza un acto solemne restringido a más de un centenar de personalidades del clero, con la Conferencia Episcopal en Pleno y con algunos representantes del poder político y económico. Ingresan a un gran salón en la sede de esa conferencia todos esos personajes bajo estricto control del virus; entre esos controles, su tapabocas de rigor. Se apagan las luces y aparece el Papa Francisco en video conferencia, y ahí exclama:

"Yo sé con cuánta ilusión esperaban, desde hace muchos años, el momento en que la Iglesia con-

firmase algo que ustedes creían firmemente: que el médico del pueblo está junto a Dios, y que junto a Nuestra Señora del Coromoto intercede por sus connacionales y por todos nosotros".
Todos los presentes se ponen de pie y aplauden como una victoria anhelada. Y sigue el Papa con su mensaje:
"Se nos ofrece a los cristianos y a todas las personas de buena voluntad, como ejemplo de creyente discípulo de Cristo, que hizo del Evangelio el criterio de su vida, buscó su vocación, observó los mandamientos, participó cotidianamente en la Eucaristía, dedicó tiempo a la oración y creyó en la vida eterna, como dechado de bonhomía personal y de virtudes cívicas y religiosas, de apertura, de sensibilidad ante el dolor, de modestia y humildad en su vida y ejercicio profesional, y también como un hombre amante de la sabiduría, de la investigación, de la ciencia, al servicio de la salud y de la docencia".

Mientras siguen los aplausos, en la plaza Bolívar de Caracas está un viejo alargado, vestido de negro y con un gran sombrero del mismo color, y que con sus manos decrépitas y huesudas trata de tirarles mendrugas de pan a las palomas.

CONTENIDO

PRÓLOGO 5
I: LA SANTIDAD SOBRE UN ESCRITORIO 9
II: ¡TE LO PROMETO, PAPÁ! 19
III: SALIENDO DEL PÁRAMO 31
IV: CARACAS LA MEGALÓMANA 37
V: CONOCIENDO A DOÑA PEPA 51
VI: CONOCIENDO A DON GUILLERMO 55
VII: LLEGÓ EL FERROCARRIL 63
VIII: EL BACHILLER 69
IX. VISITANDO A LOS DOMINICCI 81
X: LA FILOSOFÍA DE SER MÉDICO 91
XI: ENAMORADO PERO NO CORRESPONDIDO 99
XII. LA VISITA EN EL DÍA, LA VISITA EN LA NOCHE Y ALGUNAS IMAGINACIONES 105
XIII: EL GRADUADO 109
XIV: ¡ABAJO EL MANGANZÓN! 113
XV: EL RETORNO 121
XVI: RETANDO AL DIABLO EN EL VATICANO 127
XV. DE REGRESO A CASA 135
XVI: DE NUEVO HACIA OTROS HORIZONTES 147
XVII: EL TIEMPO QUE YA SE FUE 159
XVIII: FÁBRICA DE SANTOS 169
XIX: COMO CAMBIA UNA VIDA. 175
XX: CON LOS SABIOS 183
XXI. EL PAPA HACE LO QUE QUIERE 193
XXII: CONOCIENDO EL MUNDO MICRO Y PROFUNDO 197
XXIII: EL LARGO CAMINO DE LA SANTIDAD. 209
XXIV. LABORATORIO Y LUZ 217
XXV: BENJAMÍN 229
XXVI. FUNDANDO LA ACADEMIA 237
XXVII. EL VATICANO HIEDE 247
XXVIII: ENTRE DARWIN Y DIOS 255
XXIX: EL HERMANO MARCELO 267
XXX: AÑOS DESPUÉS, LA FARNETA ES SANGRE 281
XXXI: LA GRIPE ESPAÑOLA 291

XXXII: CAMINO HACIA LA ETERNIDAD 299
XXXIII: EL BEATO 309

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 27 días del mes de junio de 2024, conmemorando el Dia Nacional del Periodista.